BIBLIOTECA AMÉRICA
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
ESPAÑA

MISCELANEA

FONDO DOCUMENTAL IBERO AMERICANO
PROGRAMA DE LECTURA URUGUAY

MISCELÁNEA

POR

SANTIAGO ESTRADA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON UNA INTRODUCCIÓN

DEL

DR. D. MANUEL TOLOSA LATOUR

TOMO II



BARCELONA—1889

IMPRENTA DE HENRICH Y Cª EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.ª

Pasaje de Escudillers, 4

Es propiedad

INTRODUCCIÓN

CARTA Á LILÍ

El tren salió de la estación pausadamente y cada vez con más anhelos en la marcha, lanzaba esos silbidos prolongados que nos recuerdan durante el buen tiempo las alegrías y deleites del veranco, y que, escuchados en las noches lluviosas de invierno, nos parecen quejidos de los pobres viajeros bloqueados por la nieve en los puertos de la sierra. Si algún eco llegó á tus oídos te recordaría la obligada y penosa excursión que nos separaba. Iba sin otro compañero que un libro en las manos, pero llevando tu imagen en mi pensamiento. Y gracias á esto, durante el viaje mi espíritu se confortó, alejando ese cansancio más temible que el corporal que suele asaltarnos en la soledad, invadiendo poco á poco todos los sentidos y entregando el cerebro á una silenciosa y triste meditación.

Saboreaba los artículos de que estaba formado el libro, como se paladean exquisitos bombones que

refrescan suavemente la boca y endulzan los labios.

Las páginas, con tanto ambiente y perspectiva como los paisajes que se divisaban por las ventanillas, eran retazos arrancados á la Naturaleza, y me parecía tener delante un álbum variado, donde una hermosa fotografía emparejaba con el cuadrito pintado con mano segura y el boceto de impresión se unía al perfil finamente delineado por un hábil artista de los que, embelleciéndolo todo siempre, amplifican lo que considera microscópico el vulgo y reducen á las proporciones de una miniatura, lo que no parece posible encerrarlo en un pequeño espacio.

Por esta razón deseo conozcas mi compañero de viaje, y al propio tiempo te ofrezco gallardísima muestra de lo que es el ingenio americano. He dicho que me parecía esta MISCELÁNEA una caja de exquisitos dulces, en cuanto al sentido del gusto; respecto de los demás seméjase á un ramillete de preciosas flores recogidas en los hermosos parques americanos, cuyo ambiente rebosa perfume, y en esos campos cubiertos de gigantescos árboles regados por las abundosas aguas de fertilizadores ríos, bajo un cielo espléndido y azul, que dora los paisajes durante el día y platea durante la noche las siluetas de las monumentales ciudades bonaerenses.

Viajero que recorre el mundo de las ideas y los pueblos modernos en pos de impresiones que transmitir al público á la manera del naturalista que escudriña lo desconocido y recoge constantemente ejemplares curiosos para enriquecer colecciones de estudio; artista que halla siempre la nota afinada y vibrante que despierta en el corazón humano el latido de la ternura; filósofo que examina fríamente los hombres

y las cosas de todos los tiempos bajo el sacrosanto prisma del Cristianismo; historiador que fija los hechos pasados de la vida nacional, con los propios recuerdos del patriota, para enseñanza de los espíritus débiles que olvidan tan fácilmente las más señaladas fechas; biógrafo que busca en la vida del artista el soplo divino que circula por los nervios del hombre, examinando en creaciones inmortales la penosa gestación del genio, cuyos resplandores, como los primeros rayos de un sol naciente, pugnan por despejar nubes y tinieblas, quiébranse en haces brillantes, coloran las masas opacas con los tintes del zafiro, del ópalo y del granate, para reinar después brillantes y vigorosos en el cenit; escritor humorista de aquellos para quienes la sátira no es una desgreñada bacante que mueve el látigo, estimulada por el rencor ó á impulsos del halago, sino que la censura brota espontáneamente de la descripción y la burla nace en el espectador de aquella escena sin provocación por parte de quien la refiere; crítico que estudia las producciones artísticas en todas sus diferentes fases, desentrañando el oculto espíritu creador que las dió vida y analizando uno por uno sus detalles para hallar el buen gusto, la originalidad y el buen sentido en ellos; literato, en fin, para quien el estilo es una filigrana hermosa, como los trabajos plateresco tan renombrados de los artistas cordobeses, finos, aéreos, hechos sin esfuerzo como un encaje tejido por manos delicadas.....: tal es el autor del libro MISCELÁNEA, donde, como te decía, hallarás descripciones minuciosas, pero no por eso menos bellas que revelan exquisito espíritu de observación unido á nobles y humanitarios ideales.

¿Quieres convencerte de que no hay exageración ninguna en cuanto digo? Pues lee con detenimiento los artículos de viajes: *Pasando por Montevideo, La Plata* y *Exploración de la Tierra del Fuego.*

Recorriendo aquellas ciudades á la manera del activo *turista,* acompañado de un *cicerone* inteligente, visitarás distinguidas familias y llevarás al ánimo ese plácido sosiego que despierta una excursión instructiva y amenísima. Pasando por La Plata no podrás por menos de emocionarte ante el triste episodio que motivó la fundación del Hospital *Melchor Romero.* Aquella virtuosa señorita que ha guardado con amorosa fidelidad la promesa de matrimonio de su desgraciado amante que pereció víctima del cólera, abandonado por sus paisanos, te recordará el relato hecho por Coppee con la delicadeza de estilo propia del poeta francés, quien refiere en hermosos versos los cuidados fraternales prestados por una joven aristocrática á un oficial alemán, homicida de su primero y único amor. ¡Qué grandioso rasgo el de la ilustre enfermera! ¡Qué hermosa lección la que han dado á los egoístas los fundadores de ese hospital, abierto siempre á los desamparados que sufren! Además de esto, la contemplación de la vida en *La Plata*, rebosando actividad y labor engendradoras de riqueza y bienestar, constituyendo la característica de los países americanos, produce admiración creciente en el ánimo y estimula los nobles impulsos del ser humano que quiere ó debe querer crearse, por su solo esfuerzo, un nombre ilustre en el mundo de las ideas y una posición desahogada en la sociedad contemporánea.

Viaje cómodo y sosegado como aquel de Javier de

Maistre, *alrededor de su cuarto*, es el que se emprende junto al autor, amarrado al sillón del convaleciente, *explorando* un temperamento ardiente que había *explorado* la famosa *Tierra del Fuego*. Estudia psicológicamente bien y hondo al explorador Bartolomé Bossi, y en prueba de ello citaría los párrafos en que describe las naturalezas sensitivas y artísticas, en las cuales el amor es una necesidad y las mismas variaciones de carácter son facetas brillantes de un espíritu inquieto y apasionado.

Destácanse, además, impresiones personales en otros artículos con una nitidez que recuerda los grupos é interiores, sorprendidos por la fotografía que ha inmovilizado figuras llenas de vida, grabando cuadros acabados. *La casa de Guerrico* está perfectamente descrita, hasta tal punto que me parece que la tengo delante adornada con valiosos objetos de arte y que presencio el valeroso acto de su fundador al abrir sus puertas para rechazar personalmente la canalla que quiso asaltarla, y que asisto á las amenas reuniones de estos últimos años con las cuales sus herederos honran el talento y el saber, dándole el más estimable galardón.

¡Tiene razón mil veces al decir que el verdadero artista debe apreciar más un artículo sincero como el que reseña *Una velada artística*, á esas flores de trapo que el tiempo convierte en *basura de la gloria!* Sin embargo, los artistas, esos niños grandes, apetecen hojas doradas de laurel, pétalos olorosos y delicados, que, andando el tiempo, apenarán su ánimo al verlos ajados y marchitos como el rostro. Pero el corazón que no envejece, el alma que se infiltra por los pensamientos del escritor, estarán perpetuados

por las buenas acciones y vivirán tanto como las obras inmortales. Y respecto de esto, creo que rara vez acierta la humanidad en la clasificación de lo que está llamado á desaparecer y lo que no perecerá nunca. Por regla general, aquello que produjo espasmos de admiración en su tiempo, debidos á circunstancias de momento, cae más rápidamente en el abismo sin fondo del olvido, de donde surge, en cambio, glorioso un nombre desconocido ó mal apreciado por sus contemporáneos.

Algo de esto se adivina, más bien que se expresa, en dos biografías; la del músico *Luis M. Gottschallk* y la de *Rafael Calvo,* el actor. En la primera reseña las cualidades del compositor, reflejadas en sus obras, que han hecho y harán palpitar eternamente los corazones al eco de arrebatadoras armonías. La musa del célebre pianista estará dispuesta siempre á olvidar su duelo cuando un admirador del genio pulse el piano y evoque con los inspirados acordes, recuerdos de mejores días. En cambio, no pensamos que ocurrirá lo mismo cuando se acaba de leer el sentidísimo estudio dedicado al notable intérprete del teatro antiguo; al encarnador estudioso y apasionado de las figuras que viven en la Historia; ser dotado de fantasía bastante para caracterizar personajes á quienes la tradición atribuye alientos poderosos y esfuerzos giganteos; espíritu tan independiente que dominaba la ficción creadora en vez de envolverse en ella y desaparecer, surgiendo siempre su personalidad como gallarda palmera por entre un bosque de árboles seculares; malogrado trovador cuya voz no podía ser apagada por ninguna otra, pues ejercía tan misterioso imperio sobre los demás, que, por irremediables

é involuntarias atracciones, sus compañeros y hasta sus más insignificantes admiradores imitaban la acompasada gallardía de sus actitudes escénicas y el ritmo cadencioso y musical de su locución declamatoria.

Convencido de que tales creaciones desaparecen rápidamente, apodérase el biógrafo del hombre y hace resaltar su continente simpático, mostrando sus ingenuidades, sus sencilleces, sus nervosismos, seguro de que sobre la tumba de Calvo, flotan sí, las vagas reminiscencias de admiración de las gentes, á la manera de gloriosa aureola que el tiempo desvanece, pero que sólo se conservarán inmarcesibles y frescas las flores depositadas por la mano cariñosa de la amistad, los laureles cortados en el jardín de la Casa solariega, como para significar dónde nace el verdadero afecto y quiénes se encargan espontáneamente de perpetuar las cualidades personales del genio ante las generaciones del porvenir, imposibilitadas de apreciar ya los méritos del artista, ni estudiarle en sus creaciones que sólo existen disfuminadas en la frágil memoria del público contemporáneo.

Únense ambos sentimientos en la página donde refiere *El último amor de Beethoven*. En ella se comprueba la infelicidad á que somete el destino al artista de corazón, juguete de las circunstancias y esclavo de los egoístas indiferentes. La figura del gran maestro se engrandece, á ser posible, ante las pequeñas miserias de la vida, que en vez de abatirle elevaron su espíritu á las puras regiones del arte.

Para desvanecer las tristes impresiones que en tu ánimo hayan podido producir estas palabras, pasemos á ver *Los cuadros de Ballerini*, *Un retrato*

de Raimundo Madrazo y El primer sepulcro argentino.

Ballerini es el tipo acabado del pintor de nacimiento, que á los seis años revela en Buenos Aires su vocación, representada gráficamente más tarde en una acuarela, reflejo de los primeros albores del genio y en cierto modo de sus primeros pasos en la senda del arte pictórico.

Madrazo es el pintor de educación, adiestrado por una familia de artistas que puede decirse tuvo cierto monopolio oficial á principios de siglo y de la cual han salido personalidades famosas. Con ella enlazó el genial Fortuny, y el ilustre Raimundo ha sabido utilizar las tradiciones de los suyos y buscar inspiración en la franca y libre factura de su compañero y hermano.

Por lo que te voy diciendo, no creas que sólo hallarás elogios en estos artículos críticos. Censuras muy fundadas oirás ante *El primer sepulcro argentino,* las cuales no he de repetir.

Y ya que hablamos de sepulcro, fíjate en las impresiones que recibió el autor durante *La vigilia de los difuntos*. «La tarde está melancólica», dice. «El corazón nos conduce al cementerio», añade.

¿Te acuerdas de la tarde apacible, tranquila como nuestras conciencias, en la cual fuimos á visitar juntos, impulsados por idéntico sentimiento, el lugar donde descansan seres queridos?

El autor hubo de hallar una muchedumbre que se agolpaba á las puertas del *enterratorio* del Norte, en Buenos Aires, y describe de que modo el celo de las autoridades y el cariño de los deudos cercan de jardines el camposanto y cubren de flores las tumbas.

Al Norte de Madrid se halla también el panteón condenado á desaparecer en nombre de la Higiene y bloqueado por los vivos, ávidos de bienestar y salud, rincón donde se presenta la muerte, descarnada, repugnante, cruel!

Hace años que allá, en Tetuán, sentí profunda angustia al ver medio derruídos los sencillos monumentos que cubren los restos de nuestros heroicos soldados; pero la presencia de un fraile franciscano que me acompañaba y las recientes huellas de una fosa cegada, me recordaban que nunca les faltarían preces ni dejarían de cumplir con otros cristianos aquella obra de misericordia.

Aquí experimentamos tú y yo, angustia indefinible al ver crecer en el suelo jaramagos y zarzas que nos asían con agudas espinas, como si quisieran detenernos, mientras contemplábamos derruídas las paredes y abiertos y vacíos algunos nichos, por manos cuidadosas, que evitaban de este modo fueran mancillados amadísimos restos. Entretanto, por todas partes, silencio, olvido, miseria. La capilla cerrada, como significando que ya no acude nadie á rezar. Los patios y galerías abandonados, pregonando que están solitarios siempre. Las mismas lápidas medio levantadas; diríase que lo fueron por los muertos al estremecerse de pavor en sus tumbas sintiéndose tan solos, pugnando por salir al exterior, y atentos al vocerío regocijado de la nueva generación que derruirá el cementerio, como el sepulturero de Hamlet, cantando escépticamente.

A esa desatentada generación, ávida de placer, también la fustiga en sus pasiones al reseñar *Los toros*. Ni á ti, ni á mí nos agrada esa diversión, que

dicen es popular porque halaga los instintos bárbaros del populacho, pero en el fondo repugna al buen sentido por tratarse de una especie de embriaguez de efectos desastrosos. La censura es de las más fundamentales que he leído y se apoya en un sano criterio y en autoridades respetables.

En cambio, en los artículos *Plaza Euskara* y *El Chiquito de Eibar*, ensalza muy justamente, como juego atlético é higiénico, el ejercicio de los *pelotaris*, que han importado á Buenos Aires el carácter vascongado, emprendedor, activo y enérgico. El espectáculo pone además de relieve costumbres patriarcales, como lo son esos tribunales encargados de juzgar los partidos, cuyas decisiones son irrevocables y respetadas. La descripción del juego en que se presenta el famoso campeón, durante una tarde tormentosa en la que el viento de la pampa suspende el espectáculo y *El Chiquito* lucha con serenidad y triunfa sin soberbia, tiene un precioso *pendant* en el cuadro acabadísimo del Circo, hecho exclusivamente para presentar *Franck Brown*, notable clown popular en América, que esparcía la risa, siquiera en el fondo sintiera íntimas melancolías como las de aquel payaso inglés *Billy Hayden*, á quien tuve ocasión de estudiar, verdadero tipo del *Shakespeare-Jester*, cuyo rostro expresaba tan admirablemente la agudeza de la imbecilidad, siempre risible, que contribuyó con su ejemplo á desterrar las pelucas y los *tatuajes* clásicos, cambiando, por así decirlo, la fase del trabajo cómico en los circos madrileños. En el Circo, salvo los espectáculos brutalmente forzados, se encuentra agradable distracción, especialmente al observar el placer de los niños espectadores, que

nos recuerdan épocas ya pasadas y de siempre deleitosa memoria.

Contraste vivo del payaso del Circo es el payaso popular. Las muchedumbres, como los antiguos señores, gustan de los bufones. No me olvido de aquel desdichado albéitar de que me hablaste, que habitaba en Málaga y quizás viva aún (por cuya causa no le nombro), á quien hicieron creer todos que era un conspícuo autor dramático, llevando la crueldad y la burla hasta el extremo de poner en escena una obra suya disparatada y proporcionar al infeliz la ovación más espantosa que registran los anales del teatro. Según parece, hubieron de sacarle ocultamente del escenario algunas almas piadosas, pues el monstruo, tan temible en sus arrebatos como en sus alegrías, le habría despedazado á fuerza de estrujones y abrazos. Un tipo parecido es *Don Pepe el de la Cazuela*, graciosamente descrito por nuestro autor, que tiene palabras de amargura y protesta contra «los que gozan en el mal ajeno, burlándose de las aberraciones morales é intelectuales del prójimo descabalado». Es cierto, el inteligente debe compadecer al imbécil, el cuerdo debe amparar al loco.

Misión más grande aún que ésta, con ser redentora la que acabo de citar, es la que emprende un ser rodeado de comodidades, descendiendo voluntariamente á los tugurios miserables, en nombre de la Caridad y la Higiene, para estudiarlos á fondo. Parece un contrasentido que la pluma que ha escrito *Reverie* y *Remembranzas*, pequeños poemas idealistas, impregnados de amor y dulcísimo encanto, sea la misma que con vigorosas pinceladas y oscurísimas sombras represente los horrores del *Conventillo*,

protestando de ellos con voz poderosa en nombre de los hombres honrados que practican las máximas del Evangelio, y lanzando un grito de alarma ante esas modernas ergástulas, donde se incuban todas las enfermedades y donde anidan los gérmenes que corroen la parte moral de la sociedad contemporánea.

El contraste citado es más vivo, si cabe, al comparar los trabajos históricos: *El telégrafo trasandino, El 25 de Mayo antiguo* y *El Teatro Argentino*, repletos de erudición é inspirados en un grave sentido patriótico, con la chispeante crítica, que por lo gráfico de la sátira recuerda *Le Repas* de Boileau y *El Castellano Viejo* de Larra. Aquel *Convite de Barrientos*, y *El baile de máscara*, son dos deliciosas caricaturas que demuestran lo flexible del talento literario del autor, maestro en el difícil arte de pintar costumbres.

Y ahora reparo que, hojeando el libro MISCELÁNEA y mostrándote los capítulos que han cautivado mi atención, he hablado de todo él sin pronunciar una vez siquiera el nombre de Estrada.

Aquí tienes una de las ingratitudes del público, que embelesado por las emociones que despierta el Arte, sólo piensa en buscar la firma de un cuadro después de sentir en la pupila la vigorosa impresión de lo hermoso, preguntando quién sea el autor de un poema musical ó de una bella poesía, pasado el calofrío intenso que produce lo sublime.

Tú, no obstante, con esa delicada intuición que posees, estoy segurísimo de que conoces ya el alma del autor. Para acabar de comprenderla, lee *Nieblas, El primero y el último beso, La Reina de la noche* y *Dulce sueño*. Verás que en lo más hondo, junto al

literato, al crítico, al polemista, al satírico, al historiador, vive, como te dije antes, el poeta; pero no uno de esos poetas que necesitan desmelenarse, adoptar actitud teatral y golpear cadenciosamente los argentinos timbres de la rima, para que le califiquemos de tal, sino de los que hacen que aparezca poesía, allí donde los espíritus miopes sólo hallan prosa.

Alto y robusto, de fisonomía dulce y juvenil, en la cual los años agrisan el cabello sin dejar en el rostro las hondas huellas que las pasiones bastardas imprimen á los corazones gastados, vigoroso siempre, moral y corporalmente, á pesar de las molestias físicas que pueda experimentar, por muy dolorosas que sean, Santiago Estrada es el hombre *bueno* por excelencia, condescendiente con los débiles, benévolo con los humildes, altivo con los soberbios, caritativo con los pobres, implacable con los infames y amantísimo siempre de la virtud.

Su vida pública es un conjunto de trabajos útiles para su patria; su vida literaria es una gallarda muestra de un ingenio fecundo y poderoso; su vida privada, ejemplo vivo de lo que debe hacer el ciudadano leal á sus tradiciones, respetuoso con sus antepasados y pronto á esparcir donde puede el bien.

Descendiente de españoles, ama á nuestra Madre con la pasión del hijo ausente que suspira por el hogar donde nació. España le abrió desde el primer momento los brazos, y donde quiera haya ido y vaya Estrada no verá más que hermanos dispuestos á estrecharle afectuosamente sobre el corazón.

¡Y cómo no hacerlo, por impulso irresistible, cuando se le ve retratado de cuerpo entero en *La Ambulancia del Salvador,* como miembro de la Cruz Roja, soco-

rriendo á los heridos, restañando sangre y aliviando males, en lugar de encerrarse en su lujosa vivienda, ó envenenar como otros con la pluma, desde la prensa, los espíritus apoderados de pasiones malsanas que estimulan á luchas fratricidas! Quien sepa lo triste y penoso que es velar moribundos, comprenderá la grandeza de ese acto en un hombre independiente y rico, que lo hace por espontáneo y nobilísimo impulso, dando una elocuente lección á los que consideran cumplidos sus deberes en tan amargos trances, enviando un paquete de hilas ó una limosna al hospital.

Cuando realizó ese acto, dice, y dice muy bien, «que contempló el cielo á través de los crisoles del dolor y de la caridad».

¡Feliz mil veces quien siente de este modo!

¡Bendita el alma que cumple honradamente su misión en la tierra, consolando á los que sufren y deleitando á los que gozan!

De igual modo que al dirigirse á las preciosas figuras del cuadro *Dulce sueño*, pide á esos ángeles que parecen aletear, que alejen con su amor las penurias de la existencia, las agitaciones del alma y las disensiones del hogar, sumiendo en suave reposo el espíritu del pintor Renard, que les dió vida, así también, cuantos queremos á Santiago Estrada, imploramos al cielo para que su alma disfrute siempre de la dulce tranquilidad que merecen los hombres de bien.

Borre el Arte con su luz las negruras que puedan asaltarle y encuentre constantemente en su cultivo nuevos alientos para lanzar libros como éste, que te envío para que lo leas y después lo volvamos á leer juntos.

Si lo dicho despertó en ti deseos de recorrer sus páginas me daré por muy contento, como lo estoy después de haberlas saboreado yo.

Si pasada su lectura, te sientes, como yo me he sentido, más dispuesta á luchar por el bien con la virtud y la honradez por compañeros, habrás hecho el mejor elogio del libro y satisfecho, sin duda, una de las más legítimas aspiraciones del autor.

A mí sólo me resta pedirte perdón por esta carta, deshilvanada, escrita en la precipitación de un viaje penoso, obligado, y disculparme ante el autor, si estas líneas llegan á su poder, por haber barajado las páginas de su precioso libro al compás de mis impresiones.

Han sido tan dulces, tan tiernas y tan profundas, que al despertar en mi ser los afectos que traté de expresarte, he comprendido una vez más cuánto admiro y aprecio á Santiago Estrada y cuánto y qué bien te quiero.

El Doctor Fausto.

Madrid, Agosto, 1889.

EL TELÉGRAFO TRASANDINO

Desde que Gutemberg inventó la imprenta, dando *cuerpo á la voz y al pensamiento*, según la expresión de Quintana, hasta que Morse inventó el telégrafo, ¡qué inmenso espacio ha recorrido la inteligencia humana!

Leía días pasados, que el hombre, apoderándose de la fuerza con Arquímedes, del movimiento con Watt, de la electricidad con Franklin, y aplicando la palanca á la maquinaria, el vapor á los transportes, y la electricidad á la comunicación, está glorificando al autor de todas las fuerzas de la naturaleza.

Samuel Morse, aquel que en 1837 era desdeñado por América y Europa; aquel que en 1842 ensayaba el primer cable submarino al través de la bahía de Nueva York; aquel que en 1847

establecía el primer telégrafo; Samuel Morse escribía, por medio de la electricidad, en el día de su triunfo, estas palabras que fueron las primeras viajeras que atravesaron el espacio con alas de fuego: *¡Cuánto ha hecho Dios!*

Cada invento que se agrega al catálogo de las maravillas, importa un paso de la humanidad hacia el ideal de su destino. El hombre fué formado para dominar todo lo creado. Esa es su misión. Cuando los cielos bajen hasta él, y las montañas se abatan á su paso, y los mares no le sirvan de barrera, se enseñoreará de la tierra por completo.

En esta obra, verdaderamente gigantesca, está empeñado el hombre moderno. En todas partes se sondea el cielo, se transforma las espadas en instrumentos de trabajo, se derriba selvas, se estrecha el círculo inmenso del planeta, y se acercan las distancias de los tiempos. Nuevos estudios confirman las teorías de Galileo, nuevas exploraciones rectifican las latitudes, nuevos inventos mejoran las producciones fabriles. Aquí, la locomotora, monstruo hambriento de espacio, lo devora con sus fauces de fuego. Allá se trazan caminos al espíritu, y el pensamiento, convertido en chispa, atraviesa con la velocidad del rayo las encumbradas montañas. El hombre del siglo XIX mira con desdén, desde sus locomotoras, las pirámides egipcias, y contempla sin estupor, desde las estaciones del

telégrafo de los Andes, las cúpulas nevadas del Aconcagua y del Tupungato.

Los que vivimos en esta época, hemos sido testigos de grandes acontecimientos, de grandes actos de dominio ejercidos por el capital y por la ciencia, empeñados en esclavizar á su albedrío el ciego poder de la naturaleza.

En nuestra presencia se ha lanzado al fondo de los mares el cable trasatlántico, por medio del cual, dice un escritor, «se han dado la mano los dos mundos»: en presencia de nuestra generación se ha roto el istmo de Suez, se han confundido las aguas del mar Mediterráneo con las del Mar Rojo, abriendo á la navegación y al comercio la Arabia, la China, la Conchinchina, el Japón, las islas Filipinas, y la costa oriental del África, y se ha iniciado la colonización de millares de archipiélagos esparcidos en dos mil leguas del Océano Pacífico: en nuestra presencia se ha horadado el monte Cenis y se ha colocado sobre los Andes el hilo eléctrico, que completará *el telégrafo del porvenir,* aquel que «empezando en el cabo San Roque, en la costa del Brasil, se ligará por medio de una línea costera con Río Janeiro, mientras otra línea septentrional se dirigirá á la embocadura del Amazonas, y de allí hacia el Noroeste, á la isla de Trinidad».

Nosotros, que hemos contemplado tantas maravillas, tal vez veremos realizada esta gran-

diosa empresa, llamada á servir eficazmente los intereses de «las pequeñas y grandes Antillas, que se pondrán en relación con la América Central, con el gran Océano, con Méjico y los Estados Unidos, convirtiendo á la Habana en centro de operaciones. Por este medio el Portugal se comunicará con Madera, islas de Cabo Verde y Brasil; la España con las Canarias, Cuba y Puerto Rico; Dinamarca con San Thomas; Inglaterra con sus posesiones de América, y Francia, en fin, con el Senegal, la Guayana y las Antillas».

El espíritu se abisma al medir los esfuerzos que tan grandes obras han reclamado, y al meditar en los que requiere este colosal pensamiento, desarrollado brillantemente por Saint Mesmin.

Desde los cálculos algebraicos sobre la pesantez del cable trasatlántico, hasta envolverlo en el *monstruo de los mares,* como se llamó al *Great Eaestern*, y desde esta operación hasta los procedimientos de que los ingenieros se valieron para su inmersión, las ciencias de aplicación han hecho conquistas sorprendentes.

Mr. Lesseps ha consignado en su discurso del 10 de Abril de 1870, pronunciado en París, algunos de los adelantos que ha reportado á la canalización la apertura del istmo de Suez, y Mr. Lavallay ha pasado á la Sociedad de Ingenieros civiles de Francia, una detallada memo-

ria sobre los sorprendentes trabajos de los ingenieros de esa obra, cuya gloria debe repartirse entre el iniciador, aquéllos, y las Hermanas de la Caridad, según el sentir de Castro y Serrano.

La fe incontrastable del primero, la ciencia preclara de los segundos y la caridad inagotable de las terceras, que detuvo la emigración de operarios en Puerto Saïd, han sido los tres agentes principales de aquel trabajo. El capital casi ocupa un lugar secundario.

Mr. Lesseps ha consagrado á sus ingenieros palabras que les honran altamente. «Hagamos justicia, ha dicho, á los hombres de ciencia y de valor que, ejecutando ese inmenso trabajo, han merecido bien de la patria y de la civilización».

Al hablar de las dificultades que presentaba el trazado del canal, refiere que él trató de resolverlas por medio de la ciencia universal. Al efecto, se dirigió á las principales potencias europeas pidiéndoles ingenieros que las resolviesen de común acuerdo. El Austria le envió á Negrelli, Italia á Paléocapa, España á Montesino, Holanda á Conrad, Prusia á Lenze, Inglaterra á Rendel, Mac-Lean y Mamby, y Francia á Renaud y á Lieusson. Este congreso de sabios fué á Egipto, estudió el problema y formuló su veredicto. Su ciencia está á la altura de su desinterés: ninguno de ellos quiso percibir remu-

neración por su viaje y trabajos. Pero han sido harto recompensados con la victoria alcanzada, y con este hecho que demuestra que la justicia penetra en Egipto por el istmo de Suez. Cuando llegó el momento de su partida, el virrey los esperaba en la barra del Nilo para hacerles grandes honores. Lesseps agradeció al soberano que los recibiese como á testas coronadas.—«¿Pues qué, replicó el virrey, no son cabezas coronadas por la ciencia?»

Si de la roturación del istmo de Suez pasamos á la perforación del monte Cenis, volveremos á tropezar con otro trono elevado á la ciencia. Los inventos hechos durante ella, adelantaron en muchos años la realización del pensamiento de unir, por un túnel, la Italia á la Francia, salvando las nieves que se amontonan en la cadena de los Alpes.

El comercio, las relaciones de los hombres y la política, son deudores á la ciencia, en este siglo, de innumerables beneficios.

Un ejemplo citado por Marcoartu en su *Plan de telegrafía trasoceánica,* probará elocuentemente nuestro aserto en la parte que se refiere á las relaciones internacionales.

Inglaterra, en previsión de una guerra probable con los Estados Unidos, hizo inmensos preparativos. En el cambio de las notas diplomáticas, se pasaron veinticinco días. Durante ellos, Inglaterra sufrió una crisis espantosa, y

gastó, para estar pronta, más de veinticinco millones de libras esterlinas. Se recibe por fin la respuesta del presidente. ¿Contiene la paz ó la guerra? — La paz, pues ofrece una justa reparación. Un despacho telegráfico de quinientos francos, habría evitado una crisis y permitido economizar más de seiscientos millones. Esta crisis y este gasto se explican porque el año 1866 no había llegado. El cable trasatlántico habría impedido la primera y ahorrado el segundo.

Pasemos ahora al telégrafo trasandino que, relacionado por el esfuerzo y la ciencia con las grandes obras del siglo, está llamado á formar parte del aparato nervioso que va á envolver el globo, y á hacer comunes á todos los pueblos las sensaciones de los lugares más apartados de su centro.

Amarrado uno de sus polos á las orillas del mar Pacífico y el otro á la pampa argentina, dentro de poco tiempo se ligará con el hilo que se está tendiendo de Montevideo al Brasil, y con las líneas que se proyectan de los Andes á Panamá, y del Janeiro á Portugal.

Hace poco más de medio siglo que pasaba por los Andes un lazo que ligaba la América á la Europa: era el lazo de la servidumbre.

La obra fatal de los tiempos se consumó. El hijo llegó á la mayor edad, se hizo independiente, y comenzó á utilizar en su provecho los

inmensos dones con que la naturaleza favoreció á América.

El comercio adquirió incremento; los pueblos vecinos trocaron en grande escala sus productos, especialmente Chile y la República Argentina. Aquella larga y angosta faja de tierra, apta para la agricultura, produce más trigo del necesario para el consumo de sus pobladores. Esta llanura y estos valles, producen en abundancia los ganados de que carece su vecina. Chile manda trigo al oriente de los Andes, y la República Argentina manda carne al occidente de la cordillera.

Las relaciones económicas, y las que los vínculos de todo género han establecido entre los dos países, han producido una comunicación activa, por mar y tierra, por el Cabo, el Estrecho y la Cordillera.

Como necesidad reclamada por el desarrollo creciente del comercio, se habían mejorado los caminos, explorado los mares y nivelado los desfiladeros. — El Gobierno chileno había subvencionado líneas de vapores y ensanchado las laderas de sus montañas.

Pero esto no llenaba cumplidamente las necesidades del comercio. El siglo marcha en ferrocarril y conversa por medio del telégrafo.

La idea de construir un ferrocarril trasandino se lanzó al campo de ese debate que tiene por teatros las Bolsas y el gabinete de los políticos.

El ferrocarril está en estudio, y los mercados europeos preparan capitales para realizar tan colosal empresa.

El telégrafo era más hacedero y más necesario.

Durante ciertos meses del año, los Andes se niegan á dar paso al hombre. Cada ventisca que sopla ó cada gota de agua que cae, cubren de nieve las cumbres de aquellas montañas gigantescas. La incomunicación comienza entonces, y en esos momentos los Andes no pertenecen sino al huanaco, al condor y al correísta. El hombre de los Andes los atraviesa á pie, abriéndose paso con su bastón herrado y llevando sobre los hombros el fardo de la correspondencia. La sangre de su planta destrozada, enrojece la nieve. Al pie de la cordillera, en el valle oriental, lo espera el hombre del desierto, que coloca el fardo en la grupa de su caballo, y parte, á escape, á repartirla, tarde y mal. Mientras el uno escala la cordillera y el otro espera, ó vuela en su caballo, ¡cuánta expectativa! ¡cuánta demora! ¡cuánta contrariedad! Es necesario conocer el camino que recorren esos héroes anónimos, para comprender sus dificultades y medir el sacrificio que les impone su travesía en el invierno. Al meditar en ellos en las inmediaciones del Tupungato, cuya vista hiela la sangre, se concibe por el correísta una especie de veneración. El es quien vincula las almas y

los intereses de los dos pueblos, en los días en que se levantan istmos de nieve entre los valles chilenos y las pampas argentinas.

En hora feliz para nosotros, un caballero chileno, don Juan Clark, concibió la idea de atravesar los Andes por medio de un telégrafo de más de trescientas leguas de extensión. En un banquete de argentinos, en Quillota, el 25 de Mayo de 1869, anunció á los circunstantes su proyecto, que fué considerado por algunos como un sueño de su fantasía. La casa de don Mariano de Sarratea, tantas veces entristecida en día semejante por las quejas y el canto de los proscriptos, se estremeció en esa hora con los vítores y aplausos que arrancó aquella promesa del progreso y la libertad. Clark, con una actividad que le hace honor, empezó sus trabajos. Organizada la Empresa, ésta solicitó y obtuvo de los Gobiernos chileno y argentino la cooperación que necesitaba. La Comisión directiva, en su última memoria á los accionistas, ha hecho pública su gratitud al señor Clark, atrayendo sobre él las bien merecidas simpatías de todos los que son capaces de honrar el mérito verdadero.

El ingeniero de la Empresa, don Javier Villanueva García, discípulo de la Universidad de ingenieros civiles de Gante, debe recibir los honores que el siglo tributa á los hombres de ciencia. Su nombre será de los primeros entre

el de los ingenieros sudamericanos, porque es el que los precede en una obra trascendental, que importa la unión de los dos Océanos al través de las cordilleras más altas del mundo. Poco sería ofrecerle una medalla fundida con oro de las montañas de Chile y acuñada en molde argentino. Su nombre debe ser grabado, en piedra, al frente de la primera estación del telégrafo trasandino.

Haenke ha llamado á los Andes *un mundo superpuesto sobre otro mundo*. Villanueva ha atravesado con el cable eléctrico ese mundo de piedra. Ha vencido á los Andes. La ciencia ha encontrado en la barreta la maza de Hércules.

El pensamiento, viajero que no se hiela, discurrirá por la gran cordillera en toda estación, á toda hora y á cada momento. El alma del hombre pasará por las inmediaciones de los témpanos y de los ventisqueros, dejando el cuerpo al abrigo del hogar de los valles. La palabra va por ese alambre, que ahí toca la epidermis de la montaña, que más adelante atraviesa el río ó el torrente, más veloz que el águila. El beduino del desierto, sujetando con la brida su impaciente corcel, y el hombre de la montaña, apoyado en su báculo, contemplan tristemente el riel del pensamiento que cruza el espacio. Ya no serán esperados con ansiedad en la base de la cordillera, envuelta en su sudario de nieves. La nueva comercial, el mensaje polí-

tico, el brindis del banquete, y hasta el latido del corazón ó el suspiro del alma, atravesarán los nevados Andes, sin la ayuda de su fuerza ni de su brazo. Dios nos ha dado otro brazo y otra fuerza con el hierro y la electricidad.

Pero esta victoria no nos autoriza á creernos descendientes de Homero. Los afanes de la vida y del progreso son interminables. Cada conquista que el hombre hace, lo llama á un nuevo deber. No olvidemos que los rieles de los ferrocarriles deben marchar paralelos á las líneas telegráficas. No olvidemos que los alambres eléctricos no deben detenerse en su marcha, hasta que al principiar cada día todas las naciones no se saluden como buenas vecinas.

Chilenos y argentinos debemos alzar las palmas al cielo, para agradecerle que nos haya concedido lote de trabajo y palma de victoria, en el siglo que ha escuchado el golpe del martillo que ha clavado los rieles del ferrocarril de San Francisco; que ha visto arrojar al mar el cable trasatlántico; que ha asistido á la apertura del itsmo de Suez, y saludado desde la cubierta de los buques de vapor los sepulcros de los Faraones, y que va á celebrar alborozado el enlace de los mares Pacífico y Atlántico. «Prosigamos, decía un pensador francés, á propósito *del telégrafo del porvenir*, prosigamos la obra de la paz: preparemos á nuestros hijos una era de concordia, de trabajo y de prospe-

ridad. De manera que si algún día la ambición penetra en su corazón, podamos enseñarles con el ejemplo, que sólo hay una conquista legítima y santa:—la del mundo para la ciencia y la civilización.»

EL CONVENTILLO

El nombre que sirve de epígrafe á estas líneas, produce en quien lo escucha ó pronuncia algo parecido al calofrío premonitor del cólera del Asia y de la fiebre de la India.

El conventillo no es precisamente el conventículo, que supone una reunión de gentes de malas costumbres; no es el lugar en que, según el Diccionario de la Lengua Castellana, se acoplan mujeres perdidas; no es el falansterio de Fourier, económico, útil y magnífico, en el cual debía morar la comunidad de familias dedicadas á las tareas domésticas, agrícolas, industriales y científicas; no es la habitación desmantelada, revuelta, pobre, ocupada por el bohemio del barrio latino de París, con sus horas de alegría, con sus días de esplendor, con sus recuerdos

báquicos, artísticos y galantes; no es aquella guardilla, vecina al cielo, en que la obrera trabaja y vela á su madre enferma; sin cortinas bordadas, pero con flores en los balconcillos; sin plata labrada, pero con utensilios de estaño que brillan como de plata; sin cuadros de precio, pero adornada con algún grabado expresivo y simpático; no es tampoco la casa modesta y limpia, alegre y ventilada del obrero de París. No se puede llamar al conventillo de Buenos Aires el cielo ni tampoco el tabernáculo de la santa pobreza. Semejante á las pocilgas humanas de la ciudad de Londres, donde por un cobre duermen los que no tienen hogar,—mendigos, fugitivos y perdidos,—él es pudridero de la pobreza y mina de oro de la avaricia.

En todos los barrios de Buenos Aires, centrales ó lejanos, se encuentran aglomeraciones de gentes que viven procreando hijos para el sepulcro, haciendo ahorros para vivir mejor en los años venideros; ahorros que son la causa de que mueran de la manera más miserable. Tales gentes tienen por cubierta, por techo, por casa, por hogar el conventillo.

El terreno cuadrado ó cuadrilongo que él ocupa, pertenece generalmente á un rico que lo alquila á un empresario de viviendas para pobres. Algunas veces el mismo rico construye las habitaciones, de madera en la generalidad de los casos, de ladrillo y barro en las excepciones.

El número de las celdillas está en razón directa de la avaricia del dueño ó del arrendatario. Casi siempre las construyen en ambos lados del terreno, dejando en el centro una calleja que sirve á los inquilinos de entrada y de salida, de patio, cocina y lavadero; esta calleja es el intestino recto del conventillo.

En aquellas habitaciones no tiene, por de contado, cada uno de sus moradores los treinta y cinco metros cúbicos de aire respirable que necesita el hombre para vivir en buenas condiciones higiénicas; más aún, el escaso aire que contienen, no es renovable. Cuando está ocupada, la ratonera del conventillo recuerda las cajas de lata repletas de mariscos. Los hombres, las mujeres y los niños, los perros, los loros y las gallinas viven y duermen estibados. En algunos de esos cuartos hay anaqueles que desempeñan las veces de camarotes superpuestos ó de los tinglados de los gallineros. No falta negociante que haya ingeniado otros medios de alojamiento para los pobres é inmigrantes. Se dice que en ciertos conventillos se alquila por la noche el piso del patio, dividido en fracciones del tamaño de una sepultura. Algunos posaderos de la muerte arriendan lo que llaman *cama caliente*. En la cama caliente duermen sucesivamente tres y más personas, que esperan á que les llegue el turno sentadas en los umbrales del conventillo. Se refiere, también, que existen cuartos

atravesados á lo largo por una cuerda denominada *maroma*, en la que se apoyan por los sobacos algunos bárbaros que duermen de pie como los gansos y las grullas.

El sol, que es la fuerza motriz del universo, pues «calienta, vivifica, magnetiza, é ilumina todo lo creado», no penetra en aquellos caños maestros rellenos de inmundicias vivas y estancadas. El árbol, que absorbe el carbono y deja en libertad el oxígeno, no brota en la tierra podrida de semejante basural, porque le falta espacio allí donde la avaricia no pierde una pulgada de terreno. El agua impura que origina la fiebre palúdica, que engendra la fiebre amarilla donde brotan las orquídeas, que envenenaba con las emanaciones de las lagunas Pontinas á los habitantes de una parte de los Estados Pontificios, que producía la dispepsia en Liverpool y Glasgow, que es el mejor vehículo del cólera, es el agua que bebe el habitante del conventillo de Buenos Aires.

Decía Brillat-Savarin: «dime lo que comes y te diré quien eres». Averiguando lo que comen los moradores de esas casas, que son otros tantos ejemplares de la Morgue de París, pues en ellas puede encontrar la Policía á todos los desaparecidos sin nombre, á todos los muertos ignorados, se puede saber quiénes son los que las habitan.

Encienden carbón en la puerta de sus celdi-

llas los que comen puchero: esos son americanos. Algunos comen legumbres crudas, queso y pan: esos son los piamonteses y genoveses. Otros comen tocino y pan: esos son los asturianos y gallegos. El conventillo es el reino de la ensalada cruda.

La conservación de la salud exige que la alimentación sea mixta. Las substancias alimenticias se dividen en varias clases, cada una de las cuales desempeña en la economía del hombre una función diferente. Unas dan materia á la formación de los tejidos; otras son de esencia para la formación de los sistemas nervioso y muscular, y en virtud de su riqueza en hidrógeno y carbono son los agentes en las funciones que originan el calor; unas producen la fuerza mecánica, otras son indispensables para la digestión.

Si se tiene en cuenta que el aire impuro mata al minero de Inglaterra, que el cajista de imprenta se envenena con las emanaciones del plomo, que los pintores mueren víctimas del cólico producido por la inhalación de los efluvios de las tierras preparadas y convertidas en tintas; si á esto se agrega los efectos de una mala alimentación, y si al aire viciado y á la mala alimentación se añade los efectos morbosos de los vestidos inadecuados á las estaciones ó sucios, y la falta de abluciones que entorpece la transpiración, pues el desaseo ciega los poros del

cuerpo, se convendrá en que cada uno de los conventillos de Buenos Aires es un taller de epidemias; en que cada una de sus inmundas camas es el tálamo en el cual la fiebre amarilla y el cólera se recrean en interminable y fecunda cópula.

Acabamos de arrojar una ligera mirada sobre el conventillo de Buenos Aires, aduar del inmigrante avaro que muere en la miseria, revolcándose en la inmundicia y revolcando con su cuerpo la libreta del Banco, que representa sus ahorros, cosida á la espalda de su camisa, adherida por la mugre al cuerpo é instrumento de muerte como la túnica de Deyanira.

Fijémonos ahora en los detalles de esa monstruosidad, de ese cáncer que es necesario cauterizar con el hierro emblandecido por el fuego.

El conventillo tiene de común con los sepulcros el blanqueo exterior y la podredumbre interior; pero guarda en sus entrañas corrompidas algo que no se encuentra en las tumbas: la lepra moral.

Enjambres de moscas zumbadoras é hidrofóbicas, parecidas á las de Montfaucon, hormiguean en el zaguán del conventillo y pasan alternativamente de algún puchero puesto al fuego á la corriente tortuosa de agua podrida que surca el mal enladrillado patio. Allí, en el fondo, fermenta la basura, conjunto heterogéneo de huesos, papeles, recortes de lienzo, cáscaras

de frutas, coles descompuestas y hierba mate usada, esperando que le llegue la hora de atravesar la ciudad exhalando los últimos restos de sus miasmas. Las paredes de los calabozos llamados dormitorios contienen pegotes de sebo, tiznes de mechas de candil, humedad, verdín, vegetaciones de parásitos, costras de inmundicias difíciles de reconocer, exudaciones y manchas producidas quizás por los vómitos de algún colérico abandonado. En una palabra: penetrar en un conventillo es para la vista y el olfato como penetrar en un gran estómago de entorpecida digestión.

Habitan tales antros gentes de todas las profesiones, sexos y edades: lavanderas, cocineras, peones, obreros; viejos, jóvenes y niños desconocidos, porque en ningún empadronamiento figuran sus nombres. El conventillo es la olla podrida de las nacionalidades y las lenguas; es la guarida en que muchos inmigrantes ocultan los hijos nacidos aquí para librarlos de las cargas de la ciudadanía; es el teatro de amores, de dramas y de tragedias ignotos. Pero ¿qué extraño es que la Policía no conozca á los pobladores del conventillo si ellos mismos apenas se conocen entre sí? Para los que lo habitan parecen dichas aquellas palabras: «entran sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse». En ellos crecen, como la mala hierba, centenares de niños que no conocen á Dios, pero que den-

tro de poco tiempo harán pacto con el diablo. Carecen de la luz del sol, y se desarrollan raquíticos y enfermizos como las plantas colocadas en la sombra: carecen de la luz moral, y se desarrollan miserables, egoístas, sin fuerzas para el bien. Son, pues, una doble amenaza: amagan la salud pública y amagan la moral pública. Es imagen de la sociedad indiferente que los olvida la cierva helada por las nieves del Norte de Europa, cuyas tetas chupa el cervatillo sin sacar de ellas ni calor ni sustento.

No pedimos para el conventillo de Buenos Aires leyes higiénicas tan estrictas como las que Moisés dictó al pueblo judío y se registran en el Levítico; pero es racional exigir la vigilancia de ese foco perenne de muerte y de degradación. Se comprende que en la hora del peligro se reunan los hombres, como se reunen las ovejas durante el aguacero, para prestarse mutuamente amparo; pero no es comprensible que se tolere la reunión de hombres inmundos y avarientos para engendrar enfermedades y propagar entre ellos mismos los gérmenes de la descomposición y de la muerte.

Hace algún tiempo que el ruido sordo, hueco, que producían los terrones al caer sin intermisión sobre setecientos ataúdes rellenos en un solo día, desempeñaba las veces de una salva fúnebre, para anunciar la desgracia de un gran pueblo y la incuria de los que permitían á la

avaricia israelita de nuestros mercaderes el ilícito negocio de agrupar gentes en los almácigos y viveros del cólera y de la fiebre amarilla.

Ha llegado el momento ¡vive el cielo! de que se observe en los lazaretos á los que á nosotros vienen y nos traen el cólera, y de que fundemos los barrios de obreros destinados á salvar á los pobres inmigrantes y á los que aquí vivimos de las funestas consecuencias, materiales y morales, que entraña la aglomeración malsana de avarientos, advenedizos y mendigos. Mientras no se tomen medidas radicales serán estériles, aun cuando den benéficos resultados, los nunca bien agradecidos y varoniles esfuerzos de las comisiones de salubridad.

El paliativo alivia pero no cura.

Las habitaciones son órganos del cuerpo de las ciudades, que llevan á los del cuerpo humano la inmensa ventaja de que pueden rehacerse.

Fabriquemos pulmones y entrañas á la ciudad de Buenos Aires, porque los gérmenes de las enfermedades envuelven, cual tubérculos malignos, su actual organismo.

Las semillas que se acopian ó almacenan en lugares húmedos ó en graneros inadecuados, se vician, se corrompen, se inutilizan.

¡Tengamos cuidado de que la inmigración, semilla del engrandecimiento nacional, no se pudra como el trigo arrojado al basurero!

LOS CUADROS DE BALLERINI

Tenía seis años este alentado joven, cuando una noche, en el taller de Bártoli, en presencia de su padre, le fué propuesto que copiara la Aurora de Guido Reni. El rapazuelo, tan seguro entonces de lo que hacía, porque ignoraba, como dijo el maestro, que entre el mundo de la idea y el mundo de la forma hay un abismo, cogió el lápiz y trazó con mano firme los lineamientos del cuadro. Los circunstantes vieron claro desde ese momento el camino que debía recorrer el niño, quien, diez y seis años después, al concebir y componer la preciosa acuarela que llamó *La Vocación,* y cuyo sujeto principal es un muchacho que dibuja con carbón, en el atrio de un templo, el perfil de una *Madonna* que acaba de ver, debió recordar esa velada, tan

llena de promesas para un padre cariñoso, como de ilusiones para un hijo digno de tan confiado amor. Recién había cumplido siete años Augusto, cuando llegó á Buenos Aires el pintor peruano Montero. Venía peregrinando con su cuadro *Los funerales de Atahualpa*, hoy prisionero de guerra del Gobierno de Chile, y se ganaba el pan diario, en cada una de las etapas de su trabajosa jornada, exhibiéndolo á trueque de una mezquina compensación. El niño artista fué á admirar el lienzo, como todos los que en Buenos Aires amaban las obras del ingenio humano. Informado Montero sobre aquella inteligente criatura, preguntóle cuál de las figuras le gustaba más. Ballerini se decidió por la de Valverde, en cuyo estudio había invertido tres años el maestro peruano. Sorprendido de la precocidad de Augusto, presentóle un lápiz y un pedazo de cartulina. El niño diseñó á grandes rasgos la hermosa figura del capellán de Pizarro, y se la entregó á Montero, quien guardándola en la faltriquera de la blusa, cubrió de besos la frente pensadora del muchacho. Así se conocieron y así se despidieron Montero y Ballerini. Pocos años después el uno nacía para el arte á orillas del Tíber y el otro moría en los brazos del arte á orillas del Rimac.

Ballerini empezó á estudiar con Panunzi, y continuó su aprendizaje con Romero, el cual, comprendiendo que su discípulo estaba llamado

á ocupar un alto puesto entre las celebridades pictóricas contemporáneas, puso todo el empeño de que es capaz un hombre inteligente y de buena voluntad, para conseguirle una pensión oficial y enviarlo á la Academia de Roma. La esperanza del profesor, apoyada en algunos rasgos de los primeros cuadros de Ballerini, que clasificamos de palotes artísticos, comparándolos, en la Exposición de Bossi y Botet, con los últimos trabajos del copista de la Aurora de Guido Reni, no fué defraudada. Ballerini partió, y al poco tiempo de empezar los estudios en Italia, su corazón casi se paralizó al sentirse estrujado por la garra del dolor. La muerte le había arrebatado á aquel cariñoso padre, que, con los ojos húmedos y la respiración anhelosa, de pie, detrás de la silla del imberbe dibujante, seguía los movimientos del lápiz de su hijo en el taller de Bártoli. En tan amargo trance, el doliente soñador sintióse solicitado por dos fuerzas poderosas: el amor de su madre y hermanos lo atraía hacia el enlutado hogar, el deber de serles útil lo detenía en el anfiteatro de la Academia. Predominó al fin la razón, y se quedó en Roma á estudiar, á trabajar, á luchar, á triunfar de las contrariedades y del amor, adquiriendo su fisonomía ese sello sentimental y reflexivo que acentúa los caracteres viriles en la prueba, y que persiste sobre el rostro, pasado el combate, como

un reflejo del alma que convalece resignada.

Augusto ha pasado seis años en el medio artístico italiano, estimulado por el deseo de dar renombre á su país, por los adelantos de sus condiscípulos, la presencia de los viajeros que se detenían ante sus cuadros, y el aplauso de los maestros que admiran lo bueno y lo bello donde quiera que lo encuentran, y hasta por la crítica necia de los ignorantes y la censura pedante de los envidiosos. Soñando con la gloria y la fortuna, sintiendo bullir en la imaginación los gérmenes de sus obras, pensando en la patria, tanto más bella, tanto más amada cuanto más lejana, penetrando mentalmente en la morada paterna al terminar un viaje inesperado, Ballerini ha pasado muchas noches desvelado, sin darse cuenta de que la luna que plateaba la cúpula de San Pedro y las ruinas del Coliseo, estaba á punto de ser sustituída por el sol, que comenzaba á teñir de rosa la cima de las siete colinas en que reposa la ciudad que embelleció Augusto, que incendió Nerón, y que los Pontífices engrandecieron con el soplo creador de una religión que, para ser grande en todo, es también madre y nodriza del arte italiano.

Ballerini pertenece á la escuela que se inspira en la naturaleza, sin contemplar la vida por un albañal limpio como Daudet, ó por un caño maestro sucio como Zolá. Entre las cosas ver-

daderas, él prefiere aquellas que no repugnan á la moral, á la vista y al olfato, porque entiende que el arte debe ennoblecer á quien lo cultiva y elevar el espíritu de quien admira sus creaciones. Como lógica consecuencia de su escuela, las prendas características de los cuadros de nuestro compatriota, consisten en la sencillez de la composición, en la naturalidad de las figuras, en la propiedad de la perspectiva, en la franqueza del lápiz, en la armonía y frescura del colorido. Alguno podría notar que un solo modelo le ha servido para varias figuras, que el niño de la acuarela *Las dos familias* ha sido pintado de memoria, que la florista veneciana revela que el autor debe consagrarse al estudio del tamaño natural, que los indios del boceto *Civilización y barbarie,* hablando en lengua pampeana, *cinchan* del lado izquierdo y llevan la brida con la mano derecha, que la cola del caballo encabritado en el segundo término del mismo, pertenece más bien á un corcel de estatua ecuestre, que á un potro de carne y hueso, que no están suficientemente separadas las piernas del soldado que visita la tumba del Condestable, que la manga izquierda del alabardero que levanta la cortina para que pase el monarca, tiene un defecto que simula una articulación sobre la muñeca del brazo, que adolece de cierta dureza el fondo del oratorio del Cardenal, y que el monje que, en el cuadro llamado

Siervo de Dios y siervo del Príncipe, contempla la escena por uno de los intercolumnios del claustro, distrae la atención del concepto principal. Estas tachas, si bien no alteran de ningún modo el mérito estético, y apenas levemente el material de los cuadros de Ballerini, dejando en pie todas las cualidades enumeradas, prueban que el joven artista se permite dormitar algunas veces. Antes que arrullar su sueño con el aplauso que brota espontáneo de la pluma, hemos querido despertarlo.

La facultad más apreciable del pintor es aquella en virtud de la cual el que contempla sus lienzos, se identifica con los asuntos tratados y traba amistad con algunos, y concibe antipatías por otros de los personajes mudos, pero elocuentes, de esas composiciones. Ballerini posee en alto grado un don del cielo, que no se adquiere con el amor al arte, ni con el mismo talento. Él, como el verdadero maestro, siente y hace sentir á los demás.

Acabamos de detenernos ante *Las dos familias*, que es un cuadro del hogar pétreo, con mobiliario de encina, de un mosquetero del siglo XVI. Supónesele absorto considerando estas dos escenas familiares: su esposa mece á un niño, la gata come con su cría los desperdicios de una mesa modesta. ¡Qué simpática joven es aquella madre romana! ¡Qué adusto semblante el de aquel soldado, en cuyo pintoresco vestido

se distinguen perfectamente la seda de las calzas, el terciopelo de lana del jubón, el cuero del peto, el raso de las mangas, y el fieltro del sombrero! Á primera vista se comprende que hay disparidad de edades y de gustos, y que el vínculo que mantiene unidas aquellas existencias, es el amor de ese niño que salta obedeciendo al impulso de los brazos de la joven esposa. El mosquetero fuma distraído, y la nubecilla de humo que deja escapar de la boca, se eleva sin fundirse con el ambiente. Una jarra inválida colocada sobre la mesa, debe haber perdido el asa en alguna reyerta doméstica. Cuando dentro de algún tiempo el padre alce el diapasón de su voz habitual, el niño ha de ocultarse detrás de la pesada cortina que sirve de fondo al cuadro. Si esa bella muchacha no ha conseguido entonces domar la fiereza del mosquetero, no es cierto aquello de que «lágrima de mujer conmueve al bronce».

Pasemos... El claustro bizantino de San Pablo... Sentado en un banco reza las Horas un monje joven, demacrado por el ayuno, macerado por la penitencia. Acaba de interrumpir su plegaria un juglar de la corte, cuyos cascabeles producen el efecto de una disonancia en la casa de oración. ¡He ahí uno que no piensa sino en el cielo, he ahí otro que no piensa sino en la tierra; un sér que no se cree feliz, y que lo es realmente, una criatura que se reputa dichosa,

y que no lo es en verdad; un alma purificada que está en presencia de su Creador, un alma degradada que se humilla ante su amo; un siervo de Dios, en fin, y un siervo del Príncipe!

¡Cuánta gratitud, cuánta nobleza, cuánta piedad revela la actitud del soldado que se inclina ante la piedra del sepulcro del Condestable! Así se acerca, en la partitura del maestro italiano, Carlos V á la tumba de Carlo Magno, antes de pedir á su memoria y hazañas que le inspiren el perdón de sus enemigos conjurados!

Al separarse del guerrero que ha derramado generosa sangre en los campos de batalla, los ojos tropiezan con un alabardero que se ha endurecido levantando todos los días la cortina de una puerta para que pase el Príncipe. Apoyado con la mano derecha en la alabarda é inclinado hacia ella, su espina dorsal debe haber sufrido una desviación hacia ese lado, como también el ojo izquierdo, que apenas se ha atrevido á mirar con el rabo á su señor y dueño, de cuyos pormenores no se ha dado cuenta todavía, á pesar del tiempo corrido desde que empezó á levantarle la cortina. La sonrisa estereotipada en la fisonomía del soldado, revela al portero de carrera.

Un paso más y nos hallamos en la ciudad de las lagunas, de las islas, de los puentes, de los canales, de las góndolas, de los mosaicos, de las columnas, de la señora de los mares,

de Venecia, la amada de la luna, de la poética reina del Adriático. Ahí, á la derecha, está el ángulo del Palacio Ducal, que mira al puente de la Paglia. Allá, en lontananza, asoman las columnas de San Marcos y de San Isidoro, y en el último plano se eleva la Librería. En el primer término aparece una góndola: un caballero en el fondo y una dama con antifaz que se embarca en ella, dan á entender que se trata de algún misterioso paseo. El agua del canal tiene el color verdoso y la pesadez de la corriente de las lagunas venecianas, y el cielo, el azul acentuado y poético de esa región de los terribles y dulces sueños. En este cuadro todo es verdadero, todo es bello: el agua se mueve, las nubes caminan, la luz chispea. El artista ha pintado y ha esculpido. El cielo y el agua son obra de pincel; pero la ornamentación de los palacios, los labrados de la góndola, la escultura de las estatuas, parecen obra de cincel. Que los profesores enumeren las dificultades que la decoración presenta al pintor de acuarelas, que se deleiten con la seguridad de esos toques maestros, que admiren la transparencia de las tintas. Nosotros, dados al estudio de la historia y á la lectura del romance de Venecia, tenemos que contentarnos con asegurar que ese pequeño cuadro ha renovado ante nuestros ojos la grandeza y la decadencia, los crímenes y los placeres de la célebre República, caídos en

el abismo del tiempo como el anillo nupcial que el viejo Dux arrojaba al fondo del mar, en el día de sus desposorios con las aguas del Adriático.

Continuemos en Venecia... La vendedora de frutas, graciosísima criatura de esas que sólo Italia concibe en sus maternas entrañas, tiene establecido su mercado en un patio antiguo. En el momento en que pasa la escena, ha puesto en la balanza un puñado de manzanas, que se supone va á comprarle una muchacha, que examina atentamente la fidelidad del peso. No hay un personaje de más ni de menos en el cuadro, siendo de notarse aquí que es una peculiaridad de Ballerini, el criterio y economía con que distribuye las figuras en sus composiciones. La vendedora de frutas pertenece, indudablemente, á la aristocracia de ese pequeño comercio, para el cual no existe día ni noche, porque á la luz brillante del sol, ó á la mortecina del farol que la suple, despacha melones y naranjas. El cuadro que contemplamos, es una muestra excelente de la versatilidad del talento de su autor. Parece imposible que un pincel ejercitado en la aguada, maneje con la misma franqueza las tintas al óleo. El contiene, también, la mayor parte de los géneros en que puede descollar un artista: la figura, la naturaleza muerta y la arquitectura. La seguridad del lápiz, la propiedad de los colores, la exactitud

de la perspectiva, la armonía de los detalles, han coronado el esfuerzo de quien en tan reducido espacio ha superado tantos escollos.

Permanezcamos todavía un momento en las calles de Venecia. *El patio de la Abadía Vieja*, bañado por la luz meridiana, es un sitio en el cual existe un pozo del año 400 de nuestra era. Algunas mujeres van á ese pozo á llenar de agua sus cántaros de arcilla. El edificio antiguo, ocupado por gentes de esta época, consta de dos pisos. Varias de las ventanas del superior, defendidas de los rayos solares por toldos de lona, contienen plantas cuidadas con esmero. De una cuerda sujeta por los extremos á dos de las columnas del piso inferior, penden algunas piezas de ropa blanca, de hilo unas, de algodón otras, siendo perceptible la diferencia del material de cada tejido, por la peculiaridad de su color. Dos mujeres *conversan*, así como suena, y otra de pie ante la fuente, ha sumergido el cántaro en el agua. La cabeza de ésta tiene por fondo un lienzo albo como la nieve, y, sin embargo, se destaca hasta producir la ilusión de que circula el aire entre ella y la tela que se orea. Si algún día penetráramos en la Abadía Vieja de Venecia, y viéramos representada al natural esa graciosa escena, mitad bíblica, por las mujeres que van á la fuente, mitad monástica, por el edificio en que se desarrolla, parécenos que en vez de creerla mo-

delo, la consideraríamos copia del cuadro de Ballerini.

Después de cruzar la pampa y de escalar los Andes, debilítase el amor por la salvaje grandeza del desierto y la agreste majestad de las montañas, y poco á poco cede el puesto al interés que inspiran los sitios en que la civilización imprimiera sus huellas. La soledad que rodea la ruina antigua, y la yedra que sujeta sus escombros próximos á derrumbarse, inspiran reflexiones más provechosas que el despoblado y la naturaleza abrupta. Ballerini va á conducirnos á Roma, dos veces señora del mundo, por la fuerza bruta, cuando los Emperadores ataban á su carro los pueblos conquistados, por la fuerza moral, cuando los mártires congregaban las naciones redimidas al pie de la cruz que había derribado el Coliseo. Ahí está aquella que vió á la loba huraña alimentar á Rómulo y Remo, en cuyo seno gimieron las mujeres arrebatadas á los Sabinos, que contempló admirada la crucifixión del pescador de Galilea, con sus ruinas alumbradas por las antorchas de Nerón, con sus monumentos circundados por la aureola de Miguel Ángel, repitiendo sus ecos las estancias varoniles de Torcuato Tasso. Ahí, en esos cuadros apenas esbozados, están los templos de las divinidades paganas, las cúpulas de los santuarios cristianos, los arcos triunfales, las columnas conmemorativas, las fuentes derri-

badas, los acueductos injuriados por el tiempo, los sepulcros de la vía Apia, las colinas abrumadas por el peso de graves estructuras, las aguas del Tíber, las navecillas que las surcan, los rojos ladrillos de las villas, el ciprés del Cementerio, el muro ruinoso del jardín, las auroras y las puestas de sol de la ciudad eterna.

Abandonemos los lugares históricos y busquemos los sitios en que la naturaleza palpita engalanada... La crónica del desierto no refiere sino la barbarie de sus aborígenes, y el sacrificio de los que empuñaron la espada para domeñarlos. ¡Ni una cabaña, ni un árbol, ni una cruz! Arriba y abajo el infinito, el azul profundo del firmamento y el verde oleaje de las gramíneas y cortaderas mecidas por el pampero. Ballerini ha llamado á ese boceto *Civilización y barbarie*. Los rieles y el hilo eléctrico cortan la sábana, y un grupo de indios, desprendido de la tribu que se aleja, envuelta en el polvo que levantan sus corceles, destruye la vía férrea y el telégrafo. Un salvaje echado en el suelo aplica la oreja á una de las paralelas, sobre las cuales se desliza la locomotora, para escuchar lo que dicen y hacen los cristianos. Vense en el marco flechas y joyas indígenas, y un rosario que simboliza la conquista espiritual de los bárbaros... La civilización que ha penetrado en sus aduares, no ha manejado esas armas. Puramente material, conquista la tierra, pero

no las almas... Todavía no hemos envainado el sable de la hueste de Pizarro... Un pintor norteamericano ha tratado también el asunto bosquejado por Ballerini. Los Pieles Rojas arrojados de las praderas situadas al norte del Arkansas, en la depresión que se extiende á lo largo de la cadena formada por las montañas de las Brumas, movidos por la venganza, esperan la locomotora del Pacífico, cuyo penacho flamea á la distancia, para descarrilarla y festejar la agonía de los usurpadores del desierto.

Las hermosas copias de las composiciones de Tiépolo, ricas de vitalidad y colorido, el boceto inspirado en la primera estrofa del Himno Nacional Argentino, y la evocación del general San Martín sobre las ruinas de las ciudades del Perú, demuestran que Ballerini podrá afrontar también trabajos de largo aliento, una vez que se consagre al estudio del género histórico, de la alegoría y de la figura de tamaño natural.

Triste es confesarlo: el culto de las Bellas Artes no puede vivir ni progresar en América. Ni la gloria da el pan, ni el pan da la gloria. Italia brinda á Ballerini honra y provecho. Cuando él regrese á las Academias que lo esperan, ha de recordar que su patria se enorgullece de su inteligencia. Por eso el primer lienzo á que aplique los estudios del Tiépolo, dando forma á una gran concepción, debe reflejar algún episodio memorable de la historia

argentina. Los héroes medioevales están bien en cualquier galería, pero los héroes de la revolución de Mayo sólo pueden disfrutar de veneración en los Museos de América.

Acabamos de ver el último cuadro de la exposición de Ballerini. ¡Cómo han corrido las horas! El sol estaba en mitad de su carrera cuando penetramos en el local, y ahora casi toca la línea divisoria del horizonte y el ocaso. Salgamos sabiendo que Dios ha dado á la República Argentina un artista de genio, y gratos al cielo por habernos concedido un buen día para conocer su excelencia. Augurándole triunfos y honores merecidos, hemos abierto este nuevo paréntesis en la prosa de la vida diaria, con el objeto de decir á Augusto Ballerini que quien posee el tesoro del talento, debe hacerle producir el ciento por uno con el estudio fecundo de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello. De esta manera, el autor de *La Vocación* verá coronada la suya con los laureles de dos mundos, que simbolizan el pasado con sus tradiciones y el porvenir con sus esperanzas artísticas.

LA AMBULANCIA DEL SALVADOR

Casi al arrojarse unas sobre otras las fuerzas acuarteladas en la ciudad y las tropas acampadas en la Chacarita, se comenzó á organizar la Asociación de la Cruz Roja. Sus fundadores llamaron á la tarea á las personas hábiles de todas las carreras y condiciones, que desearan atender á los heridos de los infecundos pero esforzados combates que iban á librarse. Entre los benefactores de estos desgraciados, contóse el Rector del Colegio del Salvador, quien puso á la orden del Supremo Consejo, el local del Establecimiento, los servicios personales de los Profesores que en él dictan el Curso de Humanidades, y los muebles, ropa y alimentos de que podía disponer. Aceptado el ofrecimiento, se preparó lo necesario para alojar los pri-

meros heridos en el salón de actos literarios, sin perjuicio de habilitar después, si lo requerían las necesidades, el resto de la casa.

En la tarde del 20 de Junio la sangre de los hermanos tiñó por primera vez los suburbios del Sud. La noche sobrevino antes de que se recogieran todos los heridos desparramados en el campo de batalla. Alumbrado por la pálida luz de la luna en creciente, el ejército de línea marchó sobre el campamento contrario, encontrándose con las milicias provinciales al alborear trabajosamente el 21 de Junio, como si el sol, que permaneció velado todo el día, se negara á contemplar de frente la espantosa tragedia. Las sombras de la noche tornaron á embozar la tierra, quedando abandonados nuevamente muchos heridos. Colmó la medida del sufrimiento, una lluvia torrencial, que los ánimos predispuestos á tristes reflexiones, tomaron como llanto de la madre naturaleza. Desde que se disparó el primer tiro, los Hospitales de Sangre improvisados, abrieron las puertas para esperar el lote de heridos que les tocara en la distribución. Entre los que enarbolaron en el frontispicio el pabellón de la Cruz Roja, se hallaba el Colegio del Salvador, incendiado por el fanatismo más brutal el 28 de Febrero de 1875.

Al que estas líneas escribe cúpole en suerte el encargo de representar la piadosa Asociación de Ginebra en la Ambulancia del Salvador.

Apenas recibió el nombramiento y el brazal, se dirigió á la calle del Callao, á la sazón cubierta de lodo, y ocupada, desde la esquina de Corrientes hasta la puerta del templo inmediato, por quinientos milicianos de caballería, reclutados en el campo por el coronel Arias, mal vestidos, y armados con lanzas y chuzos improvisados. Algunos de esos reclutas, parecían poco dispuestos á bajarse del caballo, pues permanecían montados, mientras sus compañeros chapoteaban el lodo de aquel pacífico arrabal, convertido en campamento militar. La debilidad de los caballos que vagaban sueltos, se manifestaba por la inmovilidad de unos, la agitación de otros, el brillo famélico de los ojos de aquéllos, y la demacración de todos. Los mejor parados, atacaban, con el valor que infunde la desesperación, las cortezas de los cinamomos que guarnecen la acera del Colegio; y los que habían conseguido desprenderse del grupo, recorrían las calles que cortan la del Callao, con lastimoso aspecto é irregular paso, implorando de la caridad de los hombres, un poco de agua y un puñado de hierba. Desgraciadamente para los cuadrúpedos mendigos, las gentes debían preocuparse con preferencia de sus semejantes, y nadie, si se exceptúa los muchachos callejeros, que se les encaramaban como podían, acertaba á fijarse en los desgraciados irracionales, víctimas á su manera de la guerra civil.

En el pretil del Colegio encontré listas las parihuelas. El salón principal presentaba el aspecto de una magnífica enfermería, con dos filas de camas, apoyada la una en el muro que da al gimnasio de los alumnos, y la otra en la pared que mira al jardín, desde cuyas grandes ventanas se descubren las plantas cultivadas por los Padres. Discurren á su sombra, muchas avecitas domesticadas, que á la hora de la quiete reproducen algunas de esas íntimas escenas claustrales narradas por Ozanan, acudiendo solícitas al reclamo de los religiosos, y posándose en sus hombros, para picar el grano que les presentan en la palma de la mano.

Comenzaba el crepúsculo anticipadamente, por razón de las nubes que entoldaban el cielo, cuando empezaron á llegar los heridos, conducidos en tranvías hasta cierta distancia de la Ambulancia, y desde allí en parihuelas, ó en los mismos colchones en que venían echados. Cada vez que se hacía alto para descansar, las señoras salían de las casas inmediatas, les daban limosna y les ofrecían licores espirituosos, que á más de uno trastornaron el cerebro. Colocados por fin en las camas, los médicos dieron principio á los deberes de su ministerio, distinguiéndose los doctores del Castillo y Solveira, y el practicante Coelho, quienes, encargados de la Ambulancia, le consagraron después la más asidua asistencia.

No es fácil describir la impresión que causan á las personas que no estén familiarizadas con la sangre y el dolor, las heridas descuidadas y el gemido de las víctimas del acero y del plomo. Entre ellas se contaba, en el momento á que se refieren estos apuntes, el capitán Rodríguez, del Cuerpo de Policía. Había recibido un balazo en la parte superior del muslo derecho, y tenía el hueso destrozado. La pierna, por causa de la inflamación, presentaba doble volumen del natural, y el infeliz sufría horriblemente. Los heridos que le seguían en gravedad, eran un argentino con el vientre atravesado por una bala de rifle, un alemán, á quien el proyectil había penetrado la espalda, interesándole el pulmón, un francés con un balazo en el muslo, y un paisano al cual el plomo le abriera un trayecto, que comunicaba la base del ojo izquierdo, con la oreja del mismo costado. Estos desgraciados soportaron valerosamente la inspección de los cirujanos, sin conseguir transmitir su energía á un napolitano, contuso en un brazo, que vociferó y gesticuló como un niño mimado, y á un parisiense, músico de un batallón de línea, con otra contusión superficial en un pie, que enseñaba una bala de hierro de más de tres onzas de peso, diciendo á gritos que él mismo se la había sacado con el cuchillo. ¡Parece fábula que haya individuos que marchen voluntariamente á los campos de

batalla, careciendo, no obstante, de la fibra necesaria para soportar el dolor con entereza de ánimo! Abundaban los asistentes voluntarios, y como cada pedido de los médicos era atendido por muchos á la vez, dejábanse sentir las consecuencias de la buena voluntad indisciplinada. Practicada la primera curación, algunas señoras benéficas repartieron caldo á los heridos que podían soportarlo, y distribuído el cloral recetado á los que lo necesitaban para descansar, se desalojó la sala, ya saturada con las emanaciones del ácido fénico y del cloroformo, quedando constituída una guardia, formada por dos Padres del Colegio. No obstante el dolor natural de las heridas, reagravado por el transporte, desde el campo de batalla hasta la Ambulancia, todos aquellos desgraciados, apenas se encontraron en una cama cómoda, durmiéronse profundamente, demostrando una vez más que el sueño es más poderoso que el sufrimiento físico y las preocupaciones morales.

Dejémosles un momento, y vamos á presenciar otra interesante escena. No satisfechos los Padres con albergar á los heridos en su casa, dieron de comer á los paisanos acampados en los alrededores. El Procurador y los Hermanos de la Comunidad, se instalaron en el pretil del Colegio. Un caldero, colmado de caldo y carne, que se renovó muchas veces, grandes canastos de pan, y un montón de tazas y platos rodea-

ban á aquellas personas caritativas, que no habrían podido llevar bocado á la boca, sabiendo que circundaban su albergue quinientos infelices que hacía venticuatro horas que no comían. Fué admirable el orden que reinó durante la distribución. Entraban de cuatro en cuatro, y salían después de haber remediado su necesidad, sin que se produjera el atropello con que, hasta individuos que se tienen en la cuenta de cultos, suelen ocupar puesto en los banquetes á que son convidados. Algunos pedían medallas á los Padres que ayudaban á los Hermanos. Casi al terminar el reparto, uno de los paisanos, mirando al compañero, exclamó: «¡Qué olla tan grande!» El aludido contestó en el acto: «Es la olla de los Padres, que no se acaba nunca para los pobres». Tenía razón el replicante, porque ninguno de los que, por excepción ó diariamente, llamaron á la puerta del Colegio del Salvador pidiendo de comer, se retiró sin probar el pan de la mesa frugal de esos virtuosos varones, consagrados al bien de sus semejantes. Terminada la cena, los paisanos extendieron los recados en el pretil, en las aceras y hasta en la calle misma, tratando de apoyar la cabeza en el cordón de la vereda. Uno de ellos, después que acomodó el suyo sobre el lodo, se cambió la camisa. Parecía encontrarse rodeado de las comodidades de su modesto albergue, y

acostumbrado á dormir con camisa limpia hasta en medio del arroyo. Al asomar las primeras luces del alba, el campamento de la calle del Callao fué levantado como por encanto, pues desapareció apenas el clarín dió la señal de marcha, sin dejar más rastros materiales de su existencia, que las huellas de los cuerpos impresas en el barro, y la desnudez de los troncos de los árboles, al parecer roídos por la langosta.

Había amanecido, y los heridos todavía dormían. El primero que despertó fué un soldado puntano, que de crimen en crimen, había pasado la mayor parte de su vida de cárcel en cárcel, y que, rodando por montañas, despeñaderos y desiertos, llegó á la frontera de Buenos Aires, desde donde, sin entrar en ciudad que valiera la pena, había venido á parar á la Capital. Su fisonomía tenía algo de la ferocidad y de la desconfianza de las bestias carnívoras. Apenas abrió los ojos, clavólos en un cuadro de la Virgen, suspendido en la testera del salón. Parece que no había visto imágenes de esa forma, y sólo un lienzo parecido en Barracas al Sud, que le dijeron representaba á una señora. Aguijoneado por la curiosidad, preguntó á uno de los presentes, con tono huraño y señalando al cuadro: «¿Esa es la dueña de casa?»...

Anticipáronse al movimiento diario de la ciudad, las ofrendas de la caridad. La Sociedad

«Damas de San José», tomó bajo su protección la Ambulancia del Salvador. De todas partes llovían hilas, vendas, compresas, ropa blanca, frazadas, naranjas y limones, sin que este caritativo entusiasmo disminuyera hasta el fin de la dolorosa campaña. La Asociación nombrada, donó muchos utensilios, y algunas de las señoras que la componen, regalaron frecuentemente á los heridos dulces y vinos generosos. Si á esto se añade los servicios individuales de personas verdaderamente generosas, puede asegurarse, porque lo mismo pasaba en los demás Hospitales de Sangre, que jamás la caridad de Buenos Aires se mostró tan espléndida.

Para regularizar el trabajo femenino en nuestra Ambulancia, aceptamos únicamente los servicios de seis señoras, que se turnaban desde las ocho de la mañana hasta la oración. Durante el día y la noche, los Padres, según el orden establecido por el Rector del Colegio, atendían á los heridos en todo cuanto necesitaban. Los más ancianos, á la par de los más jóvenes, los más eminentes en ciencias y letras, como los que empezaban su carrera, recordando á su santo fundador, tantas veces huésped benéfico de los hospitales que encontraba al paso, aceptaron gustosos el caritativo encargo. Maravillábame ver dedicadas á las tareas hospitalarias, con ánimo dulce y ademán ligero, á personas consagradas la mayor parte del día á trabajos que

abaten todas las fuerzas del hombre, y que, después de cierto tiempo, reclaman imperiosamente algunos momentos de reposo. Tal es la santa y voluntaria obediencia de la Compañía de Jesús, que en el caso de injusta y tenaz resistencia al que la encamina, tiene por castigo la libertad que el mundo se afana en conceder á quienes no se la piden. ¡Compáresela con la obediencia del soldado, cuyas insubordinaciones son reprimidas con prisión, deshonra ó muerte! Á aquel rebelde se le abren las puertas de la casa que libremente escogiera: á este sublevado se le cierran del todo las puertas del cuartel á que lo condujeron forzado. De cómo cumplieron su misión los Padres del Salvador, da testimonio este episodio que se me viene á la memoria. Una noche que estaba de guardia, leía en la especie de antecámara que se había formado al salón, para evitar la vista inmediata de los heridos. De pronto entra el Sacerdote que asistía espiritualmente á un soldado, víctima de la infección purulenta, y que, agravado durante la noche, estaba próximo á expirar. Antes que él me hablara, percibí el hedor característico de la necrosia, pero en una dosis tal, que me obligó á decirle: «Señor, sus ropas están impregnadas de gangrena». El aludido no se había dado cuenta de ello, y á pesar de que se trataba de un individuo perfectamente dispuesto, regresó á su lado y lo acompañó hasta que fué sustituído por el compañero.

que recogió el último suspiro del moribundo.

Desde el primer momento, la Ambulancia del Salvador fué organizada de acuerdo con las bases constitutivas de la Asociación de la Cruz Roja. Prohibimos conversar con los heridos sobre los hechos de armas en que tomaron parte, la entrada de personas armadas, y el paso á las azoteas del Colegio á observar el campo de operaciones. Habiendo negado la entrada á algunos oficiales, que atraídos por el estampido del cañón, querían ver lo que pasaba, uno de ellos dijo enfadado: «Soy defensor de las instituciones». Inmediatamente le repliqué: «Y yo de los compromisos de la Asociación de la Cruz Roja». Otro oficial que deseaba visitar la Ambulancia, no quiso entrar desarmado, «porque jamás había dejado la espada frente al enemigo». «La desgracia, le observé, no es enemiga del valor, y bien podemos departir con ella desarmados, en este campo en que las naciones civilizadas han convenido que la espada no tiene misión que desempeñar». Las disposiciones que requirieron mayores esfuerzos para su cumplimiento por parte de los heridos, fueron la prohibición del mate y la policía personal. Los dueños de algunas cabelleras, que semejaban densos abrojales, debían creer que, como en la de Sansón, residía en ellas la fuerza viril que los animaba.

La gente reunida por casualidad en la Ambulancia del Salvador era de varias categorías.

Había entre ella asesinos condenados al servicio de las armas; provincianos enganchados como celadores de Policía, y convertidos después en soldados de línea; jóvenes ardorosos que corrieron á la batalla, llamados por el Gobierno de la Provincia de su nacimiento, y paisanos arreados de sus pagos á la ciudad, que ignoraban la razón de la contienda. Recuerdo que el practicante de servicio dijo á uno de éstos: «Hoy va á venir á visitarlos el Gobernador Tejedor». El paisano le contestó sonriendo: «¡Qué niño! ¡si ese es jefe de *pajuera!*» «¿Por qué, ó por quién ha peleado V.? interrogaba otro al mismo individuo. «Y yo *diaonde* sé por qué he peleado, replicó. Lo que sí puedo asegurarle, señor, es que mañana volvería á tomar el *jusil,* porque hace muchos años que ando peleando por la patria». A la mayor parte de los soldados de línea, se les adeudaba muchos meses de sueldo, lo que sea dicho en honor de su fidelidad, no les impulsó á abandonar las filas del Gobierno Nacional. Los penados hablaban del crimen que los había conducido al servicio de las armas, con cierta naturalidad, fundada en la convicción de que un hado fatal los guiara, que excluía la sospecha de alevosía y hasta de malicia. Un gaucho cimarrón perteneciente á la Caballería de línea, creía que matar indios era lo mismo que cazar palomas. Refirió que en la frontera, hallándose ausente el jefe inmediato, se entretuvo una vez

en ejercitar el brazo, teniendo como blanco de su lanza un indio amarrado á un árbol. Creo haber dicho que entre los heridos graves de la Ambulancia, había un provinciano con un balazo en el ojo izquierdo. Pues bien, este individuo estuvo á punto de ser *despenado* por uno de sus compañeros, quien, merced á la precipitación con que se traía el ataque, no pudo acertar á abrirle bien las venas del brazo derecho. Participándoseme secretamente que un soldado de los que asistíamos, había asesinado dos heridos de la Plaza, traté de averiguar el hecho, que resultó incierto, recogiendo del mismo acusado esta ingenua confesión: «No, señor, yo no he *despenado* á nadie, ni el 20 ni el 21; en la batalla de Santa Rosa sí, *despené* á dos». Los Padres oían con el corazón traspasado tales relaciones, y trataban de rectificar las ideas de esos desgraciados, combatiéndoles la creencia en la fatalidad, enseñándoles que no es lícito matar á los vencidos, ni á los indios, y que Dios no puede recompensar el extraviado sentimiento que los induce á *despenar* á los heridos de gravedad. Cuando la mayor parte estuvo en convalecencia, se organizó un triduo, que tuvo por objeto prepararlos para recibir los Sacramentos, é instruirlos en los deberes del militar. Con este motivo quedó definitivamente establecida en la Ambulancia la oración matinal y vespertina. Predicaron durante el triduo las pláticas doctri-

nales los Padres Freixes y Aguilar, y puso fin al ejercicio la Misa, celebrada en la sala, la distribución del pan eucarístico, y un hermoso discurso del Padre Jordán sobre el soldado caído en los campos de batalla.

El Capitán Rodríguez, mencionado al principio, fué herido en la campaña del Paraguay, en la misma pierna que trajo despedazada á la Ambulancia del Salvador. La cirugía conservadora aconsejaba salvarle ese miembro, pero al fin fué necesario amputárselo, á pesar de que la muerte de ese bravo era casi inminente, por razón del estado general en que se encontraba. Resuelta la operación, el gallardo Capitán preparóse para afrontar cristianamente el peligroso trance por que tenía que pasar. No se me despinta de la memoria la noche en que la Comunidad, acompañando con velas encendidas el Viático, rodeó la cama de Rodríguez, y escuchó conmovida la protestación de la fe y el perdón de las ofensas, que de buen grado formuló con unción y entereza. Los cirujanos, que, como las demás personas que le rodeaban, distinguían entre todos á aquel valiente sin ostentación, prudente y resignado como pocos hombres, hicieron esfuerzos inauditos por salvarlo. Pero todo fué inútil: el día siguiente de la operación, sintióse morir el desdichado. Llamada su esposa, que agitada por la esperanza, pasaba diariamente muchas horas en la sala de recibo

del Colegio, él la exhortó á la resignación, le recomendó sus hijos, la estrechó entre los brazos, é hizo seña de que la alejaran. La pobre mujer, presa de un síncope, volvió en su acuerdo algunas horas después, cuando Rodríguez ya estaba en la eternidad.

Esta narración, me incita á referir una escena ocurrida en los mismos días, aun cuando no pasara en nuestra Ambulancia. Hallábase en situación parecida á la del Capitán Rodríguez, un infeliz de esos á quien el pueblo, con su enérgico y expresivo lenguaje, califica de *carne de cañón*. Cuando le participaron que era necesario cortarle la pierna herida, se mostró sumamente complacido, y como quien se prepara para una fiesta, se dejó aplicar el cloroformo. Al recuperar el uso de sus facultades, preguntó por la pierna que le habían cortado, y dijo que deseaba verla. Negándose á aceptar las razones que se le dieron para disuadirlo del empeño, fué necesario traerle el miembro amputado. Incorporándose entonces el herido, exclamó dominado de irónico júbilo: «¡Gracias á Dios, ya no soy soldado!» La parte desheredada de la familia argentina, condenó con sangrienta y dolorosa elocuencia, por los labios de ese soldado, sus largos sufrimientos, su incesante peregrinaje, su perenne ruina, la sentencia implacable que la condena á vivir de campamento en campamento, batallando siempre, y siempre sacrificada en

aras de las ambiciones personales de los caudillos políticos!

Si alguna novela de Víctor Hugo contuviera lo que voy á contar, lo achacaríamos á uno de esos sueños calenturientos, propios de la imaginación poderosa y hasta delirante del poeta de los grandes vuelos y de las grandes caídas.

El sargento francés, mentado en otro lugar de esta crónica, se puso malo. Parece que las heridas de bala de Remington en la parte superior del muslo, fueran más peligrosas que las que comprometen el pulmón. En nuestra Ambulancia sucumbieron todos los heridos de gravedad en el muslo, mientras que todos los heridos en el pulmón, aunque con dificultad, salvaron. El peligro mayor de esas lesiones consiste en la absorción purulenta, que se hace con suma facilidad, y que afectando el vientre tan inmediato, produce casi instantáneamente la peritonitis. Nuestro soldado, de elevada talla, era enjuto de cara, y recordaba á primera vista el zuavo francés, tal cual lo idealiza la pintura. Resistiendo su cerebro con insistencia la acción narcótica del cloroformo, esta circunstancia obligóle á sufrir en plena razón tres cruentas operaciones. De la intensidad de los dolores no dió el menor testimonio la lengua, sino la espantosa expresión de su varonil fisonomía. Invitado á cumplir los deberes de cristiano, en previsión de un fin próximo, aceptó la indicación y recibió los últi-

mos Sacramentos. Para practicar una exploración en la herida y extraerle algunas esquirlas, hiciéronle una incisión en la pierna izquierda, á la altura del bolsillo de la bombacha militar. Esta operación no dió el resultado que se buscaba, y algunas horas después las heridas empezaron á presentar los síntomas precursores de la gangrena. Durante la noche apoderóse del sargento un delirio intermitente, y pedía de comer y de beber á cada momento. Al aproximarse el día, empezó á liar la ropa de la cama, y á mostrar el deseo de marcharse al campamento de la Chacarita, para cuyo objeto solicitaba la chaqueta y el pantalón. Como no era posible contenerlo, desgarró la venda que le cubría la incisión, todavía abierta pero seca, púsose sobre los hombros el cobertor, sacó de debajo la almohada el dinero que le habían dado de limosna, y buscando la faltriquera, se lo introdujo en la herida, cayendo exánime al articular con acento imperativo esta palabra: *¡Vamos!*

La Ambulancia del Salvador hospedó otros heridos después del 22 de Junio. Entre estos había uno, á quien reconociéndole la lesión que tenía en la parte posterior del muslo derecho, el médico le había cortado una vena, colocándole después, en vez de un tubo de drenage, un pedazo de caño de goma; y también otro infeliz que cayera bajo las garras de cierto verdugo, empeñado en matarlo á toda costa, pues vino

á perseguirlo hasta en el asilo que le ofreció nuestra Ambulancia. En tiempos de epidemia y de guerra, aprovechándose de la confusión general, se lanzan á la calle todos los malhechores titulados, y en el acto se asocian á la muerte, que ve en ellos su brazo derecho. Con los otros heridos trasladados del Instituto Frenopático, vino el doctor Segura, médico aprovechado de nuestra Facultad, que hace tiempo abandonó la carrera, y que, dominado por una melancolía cuya causa nadie acierta á adivinar, ahora se consagra únicamente á servir á los desgraciados. Durante varios días, comió apenas, porque el tiempo le faltaba para asistir á los enfermos, llevando su humildad hasta practicar los más humildes oficios, y su amor al trabajo hasta barrer y lavar los pisos, cuando los heridos no requerían su ayuda.

Habíase hecho apreciar generalmente un soldado santiagueño, que, á la flema característica, unía cierta gracia inesperada, que provocaba con frecuencia la hilaridad de sus compañeros. En una de las últimas reyertas de la población natal, perdió la oreja derecha, rebanada por el sable del forzudo adversario con quien se medía. Herido en la pierna izquierda el 21 de Junio, empezó á debilitarse por la falta de alimento, y el médico lo amenazó con la amputación, si no hacía algo de su parte por salvar aquel miembro. «Antes de que me *impu-*

ten, dijo, comeré piedras; yo no tengo más porvenir que el caballo, y no he de casarme con señora rica». Al poco tiempo el enfermo empezó á prosperar, y un día que oyó decir que el vino que le daban era de Madera, se alarmó mucho y llamó á uno de los Padres para preguntárselo. Entendiendo el interpelado que el curioso se refería á la isla de Madera, le respondió afirmativamente. Entonces, agregó el doliente cariacontecido, «ya no lo beberé, porque en mi país sólo se estila el vino de uva». Usaba una camiseta roja, y en los tobillos dos fajas de lana del mismo color, todo lo cual no pecaba de aseado. El practicante trató de hacerle dejar esos trapos, y aun cuando él accedió, díjole que iba á experimentar una gran desgracia, pues esas lanas rojas le daban la vida. La superstición fué confirmada, en el sentir de algunos, porque la misma noche murió, víctima de una aneurisma del corazón, en momentos en que departía alegremente con el vecino. Otro de los heridos, que decía conocerlo, aseguró que su compañero contrajo esa enfermedad á consecuencia de la infidelidad de su esposa, que lo abandonó al poco tiempo de casado, «porque la mujer de este tiempo, opinaba en su pintoresco lenguaje, es como el relámpago, que apenas *foguea* se hace humo!» El cadáver del buen santiagueño fué transportado á la capilla privada del Colegio, y como se mantuviera tibio después de

algunas horas, se le colocó en una cama caliente y aplicáronsele muchos revulsivos. Todas las pruebas que el caso requería, dieron el mismo resultado que si se hubiese operado en un pedazo de mármol.

Mientras estas cosas ocurrían, la Ambulancia presentaba el aspecto más consolador. Los soldados se mostraban atentos y agradecidos; sus caras afeitadas y sus cabezas peinadas, habían perdido el aspecto selvático con que vinieron; pedían todos los días pañuelo limpio; ya no se hablaba de asesinatos perpetrados sin quererlo, obedeciendo al impulso de la fatalidad, ni se refería con admiración las maldades de los hombres que han atemorizado la Pampa con sus crímenes; ninguno pretendía tomar mate en la cama, y casi todos, para privarse de tentaciones, habían depositado su dinero en la caja del Colegio. Un domingo, después de Misa, presenciamos una escena muy conmovedora. Había entre los heridos un hijo, que, como el Pródigo del Evangelio, hacía años que vivía alejado de la casa de su padre. Sabedora del caso una de las señoras hospitalarias, condujo al anciano, abrumado por los años y las aflicciones, hasta la cama del ingrato. Los dos permanecieron abrazados largo rato, y borraron con sus lágrimas la memoria del pasado, reconciliados por la caridad á la sombra piadosa de aquella santa casa. Cuando

los cirujanos daban de alta á algún herido, y venía á buscarlo el Subinspector de la Cruz Roja, era la oportunidad de conocer el influjo de la enseñanza que había recogido y del ejemplo que había presenciado. El más cerril, aquel que rodara de cárcel en cárcel, enemigo de los hombres, al parecer inaccesible á la virtud, también expresó zurdamente su reconocimiento á los médicos y á las señoras que lo habían favorecido, demostrando con las primeras lágrimas que tal vez vertía, que era más que un malvado sanguinario, un miserable ignorante. Todos los soldados que salían de la Ambulancia, á no ser los que, conducidos á su batallón, no podían regresar á la ciudad, tornaban á visitar á los Padres, y á repetirles á sangre fría las palabras de ternura que pronunciaron al partir y que pudieron creerse inspiradas por una gratitud pasajera.

Por regla general, el pobre está convencido de que sólo puede inspirar asco y fastidio á los que no se hallan en condición igual á la suya. La perspectiva de los crueles dolores que le aguardan lejos de las personas amadas, lo impulsa á preferir la muerte en su miserable hogar ó bajo el cielo sañudo que cubre el campo de batalla. Él confunde el verdadero asilo de la desgracia, donde, sin desatenderse las heridas del cuerpo, se curan las llagas del alma, con la oficina de veterinaria para la bestia humana,

donde la idea y la imagen de Dios han sido expulsadas de la conciencia y del altar. Por eso es grande y fecundo su desengaño, cuando encuentra grabada en las paredes del hospital y en el corazón de los que le sirven, el nombre de Jesucristo. Desde ese momento, el hombre endurecido empieza á ablandarse, porque raras veces se encuentra un pecho que resista la germinación de la virtud, si la mano que distribuye la simiente, comienza la tarea enjugando las lágrimas y la sangre de quien se creía despreciado de sus hermanos y abandonado de Dios.

Durante esos tristes días de Junio, en que la naturaleza se mostró, cual las almas, melancólica y llorosa, mucho aprendí en materias de infortunio y de sacrificio personal, adquiriendo la convicción de que sólo los corazones en que la religión domina como reina absoluta, pueden arrostrar ciertas tareas perennemente, sin intimidarse ni retroceder al principiar la jornada.

Al dejar el Colegio del Salvador, llamado por otros deberes, un mes después de la instalación de la Ambulancia, experimenté un verdadero pesar, pues me había acostumbrado al espectáculo edificante de la vida regular y piadosa de los que por vocación toman la cruz y siguen los pasos del Señor. El trato de los infelices que yacían allí, víctimas expiatorias del patriotismo, del deber y de las pasiones políticas, era

grato á mi corazón, porque le proporcionaba la oportunidad de emplear bien algunas horas de la existencia. Por eso al encontrarme después con algún amigo que ignoraba si había estado ausente, decíale: «Vengo de contemplar el cielo á través de los crisoles del dolor y de la caridad!»

PASANDO POR MONTEVIDEO [1]

Recién en 1869, después de haber acariciado muchos años la ilusión de conocer la ciudad de Montevideo, renombrada por su sorprendente actividad comercial, por el denuedo de sus varones y la donosura de sus mujeres, nos fué dado visitar la que, con sobrada razón, ha sido denominada Cádiz americana. Ni otras bellezas naturales, ni otras poblaciones suntuosas, ni otra franca hospitalidad, han conseguido borrar la impresión que entonces nos causaron aquel terreno ondulado, aquel mosaico de edificios, aquel mar rumoroso, aquel río plateado, aquellos jardines herederos de la vegetación inmarcesible de las campiñas griegas.

[1] A la señora doña María A. de Requena.

Cada vez que hemos vuelto á Montevideo buscando el camino del Pacífico ó regresado salpicados con las espumas de las olas agitadas del mar de Balboa, ó que hemos ido á encontrar en tierra extraña el reposo que momentáneamente nos negaba la nativa, nos hemos adelantado al sol para contemplar la simpática ciudad, medio alumbrada por la luz del alba y medio obscurecida por las sombras de la noche.

Estremecido el aire por las vibraciones de las campanas que llaman á Misa de prima á los que no han dormido atribulados, á los jornaleros que entrado el día carecerán de media hora que consagrar al espíritu, y á los que tienen la buena costumbre de madrugar, hasta la voz de la Religión añade su místico acento á los rumores poéticos de la naturaleza, que canta para despertar la somnolienta ciudad.

Poco después las vagas siluetas se acentúan, y las torres y los miradores, y los edificios empiezan á destacarse, albos y elegantes, como si acabaran de darles la última mano los artífices.

Montevideo, por las condiciones geológicas y topográficas de su suelo, en que escasean la humedad y el polvo y abundan el aire y la luz, parece siempre una ciudad nueva.

Pasando del muelle al Hotel Oriental, el visitante ó el viajero encuentra la mejor casa de su género en Sud-América. Consultó el arquitecto

la sencillez, la comodidad y la higiene, y al penetrar en el patio no se respira el ambiente de cuarto cerrado que predomina en la generalidad de las posadas.

La República Oriental debe pasar hoy por un período fatal para su comercio, que por su extensión ha poco excedía las proporciones naturales. El movimiento aduanero de Montevideo, casi correspondía con el de una población europea de doble número que la repartida en toda la República del Uruguay. Da testimonio de esta crisis el reloj del Banco Comercial, parado en las tres, y, según dicen los vecinos, recordando la duración de su inmovilidad, sin esperanza de volver á andar.

Pero esta situación que todos lamentan, no impide que la calle del «25 de Mayo» sea una gran vidriera parisiense, dividida en tantos compartimientos como tiendas hay en ella, donde la moda, ó mejor dicho el capricho, exhibe todo cuanto necesitan el lujo, la elegancia y el buen gusto para satisfacer sus exigencias.

La nueva plaza, que sirve de punto de arranque á la gran avenida del «18 de Julio», cortada por el monumento erigido en el recinto consagrado á perpetuar la memoria de la batalla de «Cagancha», por sus proporciones y la elevación de los edificios que la rodean, no desmerece comparada con otras grandes plazas

europeas. Cuando en las primeras horas de la mañana las gentes van de la ciudad nueva á sus quehaceres en la ciudad vieja, y cuando de la vieja, al sonar las cinco en el reloj de la Matriz, empiezan á regresar buscando sus hogares en la nueva, ofrece el aspecto más pintoresco y animado. La amplitud de muro á muro, la comodidad de las aceras, la prodigalidad de mármoles de Italia y de azulejos de Sevilla, la arboleda que se extiende de un extremo á otro de la vía, presentan á la vista, de golpe, y reducida en relieve, la planta de las ciudades modernas. París y Londres viven envanecidos de la comodidad de sus calles y avenidas. La capacidad de las vías y los acueductos, debe estar en relación con la masa de hombres y de agua á que discurran por ellos.

Pero desandando el camino que acabamos de recorrer, volvamos á la ciudad vieja, que nos obliga un encargo. Para cumplirlo vamos al Colegio de las Hijas de San Vicente de Paul. Es la hora consagrada al recreo, y las niñas ejecutan en el patio una ronda dirigida por la Hermana que las cuida, y que también, preocupada de la tarea de prolongar moralmente á sus alumnas la época de la infancia, toma parte en el juego. Dos palomas blancas, colocadas en el centro del círculo, siguen los movimientos de

las niñas, sin que ninguna las persiga, y disfrutando de una familiaridad encantadora. Parece que allí las palomas se hubieran vuelto niñas y las niñas palomas.

Del Colegio pasemos á la iglesia que construyen los Padres Capuchinos, llevados por la fama artística de un altar de mármol y pórfido, de estilo «barroco», que en este momento acaba de ser colocado. Es una pieza admirable del siglo XVI, comprada en la almoneda de un monasterio disuelto por la revolución italiana y labrada á expensas de un hijo, intérprete de la voluntad de su padre. La revolución remueve desde las ofrendas del amor filial hasta las piedras. El cataclismo que arrancó esos mármoles primorosos, los ha arrojado á Montevideo, á través del Océano, y Montevideo ha vuelto á reunirlos á la sombra de una bóveda, restableciendo el ara del Sacrificio en el Altar. Cuando salíamos del templo, no terminado todavía, un menesteroso que temblaba de frío, recibía en la puerta del vecino convento, el pan que le presentaba un franciscano de luenga barba. La campana llamaba á Vísperas, y ya se aproximaban á la capilla algunos fieles, cuya religiosidad desafiaba la ventisca y la llovizna de aquella brumosa tarde de invierno. Hasta la perspectiva lejana de la ciudad prestaba á la escena el colorido local de un antiguo cuadro monástico,

viejo por la edad, pero nuevo siempre por la eterna hermosura de la Religión.

Dispuestos á recibir impresiones melancólicas, iremos á visitar el Cementerio del Buceo. Podríamos ir al antiguo, magnífico jardín en que la fe ha plantado cruces, la memoria erigido monumentos, y el arte labrado estatuas que á cada paso hablan con muda y fría elocuencia de una historia guerrera, sembrada de muertos como de espigas un campo batido por el vendaval!... Pero ya lo hemos visitado muchas veces, ya hemos meditado en la vida que pasa viendo perderse en el horizonte las velas de los buques, y en la eternidad, contemplando el mar, sin aparentes orillas, que murmura á lo lejos. Vamos á la Necrópolis del Buceo. Amplia, muy amplia, rodeada también por las aguas del Plata mezcladas con las aguas del Océano, más que un jardín es un parque donde la muerte convida á recrearse en las plácidas perspectivas de regiones elevadas, en que las flores y las palmas jamás se marchitan. Las violetas y los jacintos, las rosas y los jazmines perfuman las avenidas de aquella ciudad compendiada, que contiene tal vez una familia en el recinto en que vivo apenas encontraría aire respirable un hombre. Sobre el muro de la derecha, nos detiene el nombre de un artista. *Reig*, hemos leído. Allí descansan las cenizas

de la compañera de su vida, marchita, mustia, muerta como una flor, en el espacio que separa una mañana de una noche. Se lee el nombre de la extinta, y entre admiraciones la despedida del esposo que se queda en el mundo, á la esposa que se ha marchado de la tierra, repetida incesantemente, como prenda de afecto y testimonio de cristiana esperanza en la inmortalidad del alma: *¡Hasta mañana!*... Salgamos de aquí, que el sol traspasa el horizonte, que las sombras empiezan á ennegrecer los cipreses, los pinos y la hiedra, que la noche viene, y ya comienza á helarnos el frío glacial escapado de los sepulcros abandonados, cuyas abiertas bocas parecen aguardar, como fieras famélicas, la presa de la vida.

Ni alumbrado por los primeros rayos de un sol brillante, nos pareció risueño el Manicomio, ese otro Cementerio de la razón y de la inteligencia. ¡Qué espléndida la mansión del mayor de los infortunios! ¡Qué honor para esta ciudad el poder enseñar al que la visita, como el mejor de sus palacios, el albergue de los que viven muertos! La labrada verja que cierra el anchuroso jardín que precede á la Capilla, borra el recuerdo pavoroso de las jaulas de hierro, semejantes á las de las fieras, en que antes gemía la carne maltratada del infeliz demente, porque demuestra que allí existe la seguridad

sin la tortura. El incesante hablar, el perenne movimiento de los asilados, el desentono de las voces, el timbre infantil de algunas, el acento exasperado de otras, aquella confusión de extraños ruidos y de murmullos apagados, dominada de tiempo en tiempo por desapacible alarido, reproducen fielmente el caos de la humana razón. De trecho en trecho, por las aberturas practicadas en los muros, penetra francamente la luz, que parece sobrar en los frescos paisajes del exterior, formados por huertos, jardines, granjas, campanarios, torres, chimeneas y molinos de viento. ¡Pero ella, en vez de alegrar, entristece, por el contraste que forman la claridad de la naturaleza física y las tinieblas de la naturaleza moral!

Busquemos en otra casa de caridad lenitivo para la amargura que nos ha dejado el Manicomio. Camino de la Plaza de Toros, en la Villa de la Unión, existe, convertido en Hospicio, el palacio que ocuparon, durante el sitio grande de Montevideo, las Oficinas del general don Manuel Oribe. Al abarcar con una mirada el interior, no se ve sino ancianos diseminados en los patios, buscando el rayo de sol que necesitan para recalentar la sangre, que les enfría el tiempo. Fijándose en los detalles del edificio, los diversos letreros escritos sobre las puertas laterales, dan indicio de algo que se comprueba preguntando. Existe allí una especie

de Escuela de Artes y Oficios, dirigida por una Hermana mejicana, en la cual los que pueden trabajar y no saben un arte manual, la aprenden, y donde los que estando en la misma condición la saben, la practican, con utilidad de los hospedados y economía de la casa, porque todos esos talleres no se ocupan de otra cosa que de atender á las necesidades del establecimiento. Como es domingo, todo el mundo, vestido de fiesta, pasea y espera la hora de Vísperas que va á llegar. Abierta la Capilla, y ocupados los bancos por los ancianos y algunos vecinos de la localidad, un coro formado por diez Hermanas, acompañadas por el órgano, empieza el Oficio, dejando escapar, más que de los labios, del corazón, sin pretensión de ser artistas, ni esfuerzo por ser escuchadas de los circunstantes, las alabanzas al Señor que las conforta, que las conduce, que inflama su caridad. Las voces armoniosas de mujeres en tierna edad sacrificadas á los pobres, hablando al alma con el acento de inalterable convicción, fortalecen en el cristiano la fe en una religión, que no concede á sus adeptos otra recompensa en la vida que la esperanza. Escuchámoslas abstraídos momentáneamente de los humanos afanes, volvimos á encontrarnos incontaminados, como en el tiempo fugitivo en que alboreaba la juventud, y de la fuente oculta ya por los brezales, brotó, en ofrenda á la fe que pro-

fesamos, una lágrima que nada en el mundo nos ha arrancado todavía.

En las primeras horas de la mañana inmediata á la tarde de esta visita, tomamos el camino de Villa Colón, sueño hermoso, no realizado, de los señores Lezica, Fink y Lanús, empresarios de las «Aguas Corrientes». En este sitio pintoresco, cubierto de millares de eucaliptus y de acacias, han establecido el «Colegio Pío» los Padres Salesianos. Situado en la confluencia de avenidas frondosas, domínase desde el pórtico de la Capilla, y desde las azoteas de la casa, un paisaje extensísimo, del cual no es posible admirar en detalle las lomas, las plantaciones, los edificios, las lejanas poblaciones, la variedad de matices de la vegetación, pues el conjunto encanta al espectador. El establecimiento no deja que desear, porque la Capilla en que se rinde culto á Dios, el programa de estudios, el observatorio astronómico, en que se encuentran los instrumentos de Secchi y Denza, el teatro en que se cultivan la poesía y la música, el comedor en que se sirven alimentos frugales y nutritivos, el gimnasio en que se desarrollan las fuerzas físicas, el aire puro que se respira en los jardines, la cortesía atrayente del Director, garantizan que de sus aulas saldrán mentes sanas en cuerpos sanos. Pasamos un día, que no se borrará fácilmente de nuestra memoria, en el seno de la familia del

Padre Bosco, y le prometimos volver en las vacaciones á participar de su techo, de su mesa, de su ciencia y de su ejemplo moralizador.

Había llegado al meridiano el sol próximo, cuando, después de siete años, volvimos á ver, convertidos en árboles, las magnolias, los coníferos, los eucaliptus, y los frutales del Paso del Molino. Las construcciones de variados estilos, góticas, arábigas, dóricas, asiáticas y europeas, apenas se descubren entre el follaje. Olvidábamos que habíamos envejecido, mientras la arboleda de esa suntuosa avenida ha echado ramas y copas. A su sombra buscan alivio de los ardores del sol estival, jóvenes que conocimos niños, niñas que se han convertido en mujeres, hombres que van para viejos.

No nos dimos cuenta de cómo pasando por el «Puente de las Duranas», fuimos á dar á «Atahualpa», conjunto precioso de jardines, por cuyas cercas se asomaban, cual curiosas, en una primavera ya remota, tantas rosas como hojas verdes acertábamos á ver en las plantas que las sustentaban. Buscábamos ahora la gótica Capilla de la piadosa familia de Jackson, que dentro de poco contará entre sus benéficas obras, tres templos y tres colegios más de los que hoy sostiene, después de haberlos fundado

á sus expensas. Esta Capilla, modelo de su género en Sud América, es el sepulcro de los Jackson. Ya reposan en ella la madre y Elena, eclipsada como un astro por una nube, ó, mejor dicho, arrebatada por una tromba que nadie viera formarse en la atmósfera transparente que la envolvía. En los funerales de la virgen cristiana que había distruibuído su fortuna, ora fundando el Asilo de Huérfanas adyacente á la Capilla, ora aliviando las miserias ajenas, los pobres prodigáronle lágrimas y flores, al desfilar junto á su féretro, honrado por la palabra del Sacerdote, bendecido por la Religión. Colocada la casa de oración que visitamos, verdadero relicario labrado por el arte, en medio de un jardín, sombreado por árboles añosos, la gótica arquitectura, imitada de la selva, que fué el primer templo de la Divinidad, adquiere un carácter poético admirable. Cuando el sol no la alumbra verticalmente, y la hojarasca de la arboleda vela sus rayos transversales, la luz que se filtra dulcificada por los claros de las imágenes grabadas en las vidrieras de colores, recorta y acentúa las escenas de la humana redención, reproducidas en los cristales, y las presenta ante los ojos como visiones de la imaginación, dibujadas y pintadas en el ambiente. El vino que se consagra en el sacrificio incruento de la Misa, la cera que se consume ante el tabernáculo, el aceite de la lámpara del

altar, y la seda de los ornamentos sagrados, son productos de las vides, las colmenas, los olivos y los gusanos de la heredad que es á la vez hogar y sepulcro de los Jackson. Ante el altar de alabastro y pórfido, ante las imágenes talladas por primorosos escultores, uniendo nuestra oración á la plegaria de las huérfanas del Asilo, pedimos á Dios que concediera el ciento por uno á quienes, con la modestia y el temblor de la viuda del Evangelio, dan lo más á los pobres y se quedan con lo menos. ¡Felices los ricos que en vez de confiar sus caudales á los Bancos de la tierra, depositan sus dineros en el arca del templo, asegurándose ganancias imperecederas en el cielo!

Durá, Bauzá y Zorrilla de San Martín descuellan en las filas contrarias á Carlos María Ramírez y Daniel Muñoz, dos brillantes inteligencias de diversa inclinación, en cuyas obras, maestramente cinceladas, se echa de menos el ideal de la fe cristiana, que faltando á los griegos parece que hubiera endurecido y enfriado el mármol de sus estatuas. Pero ahora no nos proponemos ocuparnos del periodista ingenioso é incisivo, ni del orador elevado y correcto, sino de aquel de los tres correligionarios nombrados que pulsa la lira y repite sus versos entre aplausos. Se nos ha llevado á escuchar al autor de *La Leyenda Patria*, recitada

por primera vez en la plaza de la Florida, al inaugurarse el monumento de los «Treinta y Tres» fundadores de la independencia uruguaya. Acaba de darnos á conocer la introducción del poema nacional *Tabaré*. Aquí, donde sin saber por qué, escasean los cultores del arte de la declamación, Zorrilla de San Martín es una especie de excepción á la regla. Si la inclinación ó la necesidad le hubiera conducido al teatro, él habría sido un actor famoso. La intención de su mente y la sensibilidad de su corazón, tienen en las facultades físicas del poeta, siervas sumisas á su voluntad. Cuando él, pronunciadas las primeras palabras, empalidece, su talla y su voz crecen, y llega momento en que la inspiración agita su cuerpo, estimula su cerebro, brilla en su mirada. Zorrilla pertenece al número de aquellos que, como Legouvé, repitiendo lo mismo que otros dijeron sin conmover una fibra del auditorio, le arrancan después lágrimas y aplausos, quiera ó no quiera llorar, quiera ó no quiera rendirle justicia. ¡El cielo le conserve el entusiasmo que lo mueve y la voz que lo transmite, lo que importa pedirle que le guarde su fe de cristiano y sus facultades de artista!

Las largas pruebas políticas por que ha pasado Montevideo, otrora asilo de la mayor parte de los hombres de letras argentinos, han propen-

dido en esa ciudad al cultivo de las artes en familia. Coincide con el alejamiento de la vida civil de muchos ciudadanos, el alejamiento de los espectáculos públicos de numerosas familias. Concentradas las gentes en el hogar, se han ingeniado la manera de pasar el tiempo agradablemente, y de aquí la abundancia de excelentes aficionados al canto y á la música instrumental que hay en Montevideo. Asignamos entre ellos puesto de primera fila á la señora Solana Reyes de González, discípula de Gottschalk, al dar los primeros pasos en el arte, y después, últimamente, del Director del Conservatorio de París. Nos condujo á escucharla el doctor don Joaquín Requena, que comparte las horas de su fecunda vida entre el estudio de la ciencia, el servicio público en los trabajos de codificación, la práctica de la caridad y el cultivo del gusto artístico. Parécenos dificultoso hallar entre los discípulos del pianista americano, otro que se haya identificado con su estilo como la señora de González. Acabamos de escucharle la *Tarantela* de Gottschalk, el *Vals Brillante* de Rubinstein, la *Velada del Castillo* de Beethoven, y la *Mazurca* de Chopin, y hemos pasado sucesivamente del pie del Vesubio, donde se vive y se sueña agitadamente, esperando y temiendo, á la regia cámara de la corte ceremoniosa entregada á la danza, de la explanada de la gótica estructura, alumbrada por la luna, á la

fiesta de la despedida, en que los movimientos automáticos del baile, precipitan las lágrimas de los ojos. La seguridad y la elegancia de esta... ¿por qué no decir la palabra?... de esta artista, se advierten apenas, sentada al piano, recorre el teclado y ejecuta la escala para desentumecerse los dedos. Muchos concertistas se darían por bien servidos si dispusieran de la pulsación y del colorido de la admirable pianista oriental, pues sólo se puede sobresalir en el instrumento de su elección, habiendo recibido, por añadidura de la facultad musical, la inspiración del acento, y adquirido el arte del claroscuro.

Otra noche consagrada al arte. El mismo ilustre cicerone de lo bello, llevónos ayer á casa del doctor don Domingo González, abogado y juez, á quien los códigos y los expedientes no han podido sacarle de los caminos del arte, que cultiva con esmero y admira á la manera de Chorón, pues él ve en la música una emanación del cielo, ni distraerle del empeño de formar con sus hijas María, Adelina, Basilia y Carmen un interesante cuarteto. La primera toca el piano, la segunda el armonium, y las otras dos el violín. María descuella por la fuerza, Adelina por la expresión, Basilia por la facilidad con que vence las dificultades, Carmen por la arcada de su violín, y todas reunidas por el gusto y concierto de sus facultades, á cada momento

puestas á prueba por la crítica y á servicio de la caridad. Cuando en las horas de descanso se encuentra reunida esta buena é inteligente familia, y dejando de lado fútiles conversaciones de paseos y saraos, se la ve del todo entregada al cultivo de un arte útil y bella, no es posible dejar de tributar entusiasta aplauso al más meritorio de sus miembros, cuyo esfuerzo no se descubre aparentemente, pero se adivina sin dificultad. Las más renombradas composiciones clásicas, como las mejores románticas, forman el selecto repertorio de las señoritas González. Si Rossini imaginó su música como escrita en el aire, tan vaporosa é ideal es, jamás se le antojó que sus grandes pensamientos fueran interpretados por ángeles. La sinfonía de *Guillermo Tell*, en que á la vez que se perciben las vagas armonías de las montañas, se deja oir el mugido del vendaval que sacude las cadenas forjadas por Gessler, ejecutada por las señoritas González, si no gana solemnidad, gana poesía, porque al oírselas, parécenos escuchar el poema de la patria, reproducido por los genios tutelares de la Suiza.

Al retirarnos de la morada del doctor González, embellecida por el arte, repetíamos mentalmente uno de los andantes de Beethoven, y flotaban, por decirlo así, ante nuestra imaginación, como en una nube perfumada por las

flores de los jardines aéreos de la célebre reina caldea, las melodías babilónicas de *Semiramis* que habíamos escuchado. Sacónos de ese embeleso del espíritu, la voz de un vendedor de diarios que anunciaba *El Ferrocarril*, y caímos al mundo real, que en ese momento era para nosotros una ciudad entregada al sueño. En las calles que se extendían á lo largo, circulaban algunos vecinos ó pasajeros retardados, que apresuraban el paso para llegar pronto á sus alojamientos, y los serenos que se preparaban para cantar la hora que iba á dar el reloj de la Matriz, después de abandonar con disgusto el amor de la lumbre que encienden para calentarse en los puntos de parada.

El cariño filial y la amistad reunidos celebraron el cumpleaños del doctor don Joaquín Requena, en torno de cuya mesa cuarenta y cuatro personas, entre hijos, nietos, sobrinos y relacionados, levantaron la copa llena de vino generoso, como el corazón de buenos augurios, saludando la fecunda ancianidad del anfitrión. Raras veces he asistido á fiesta de familia más cordial é interesante, pues nos sentimos transportados á la época de los Patriarcas. El doctor Requena, indiscutido é indiscutible, es uno de aquellos seres favorecidos por las más preciosas mercedes del cielo. No ha sido él egoísta, y ha correspondido al beneficio del cielo con los

dones de su inteligencia y de su caridad, consagrados á sus paisanos y á los desventurados. Sus amigos le llaman con razón amigo-maestro y amigo-padre. Él sabe enseñar y amar.

..... Como mañana debemos marcharnos y volver á la vida ordinaria, momentáneamente interrumpida, no queremos despedirnos de Montevideo sin presenciar la puesta del sol desde la torre de la iglesia del Reducto, edificada sobre una loma pintoresca de las inmediaciones de la ciudad oriental del Plata. Fatigosa es la ascensión de la escalera, cuyo estrecho recinto parece saturado del incienso quemado en el templo durante el sacrificio de la mañana. Cuando se llega al último peldaño, con la frente humedecida por el sudor, el aire fresco que se recibe de improviso y el cuadro que de pronto se extiende ante los ojos, compensa el bochorno y la fatiga. Casi al frente, la ciudad en forma de anfiteatro, á los pies el puerto, las embarcaciones, el caudaloso río, y más allá los horizontes del mar obscurecidos por el velo de la tarde, formando contraste con los remates de los blancos edificios situados al poniente, y alumbrados por los postreros y desmayados rayos del sol. Si se vuelve el rostro á la espalda, á derecha é izquierda, encantan la vista los accidentes del terreno tapizado de verde y aterciopelada hierba, las copas ondulantes de los árboles de

las huertas y de los jardines, cubiertos de eucaliptus, acacias y coníferos, los caprichosos palacios del Paso del Molino y de Atahualpa, las agujas góticas de alguna capilla, los diversos matices que la tarde distribuye en la vegetación y las plantas salpicadas de flores, en aquella tierra donde la primavera reina de fijo, á pesar de los ardores estivales y de los hielos del invierno. Hasta el elevado sitio que pisamos parecen llegar los vagos rumores de la ciudad, que empieza á entregarse paulatinamente al descanso de las tareas diarias. Ya comienzan á brillar aquí y allá en la rada las luces de los buques, y á flamear, de trecho en trecho, en las calles las llamas de los faroles públicos. El pulmón, dilatado por la brisa marina, aspira con deleite las emanaciones de los arbustos y de los tréboles del campo. Alzamos los ojos hacia el cielo fuertemente azulado, y vimos temblar primero la luz de una estrella, y fijarse después, y brillar por fin como esperanza evocada en el infinito espacio del pensamiento. ¡Descendamos, que la noche llega, y antes de dejar nuestra atalaya, saludemos los hogares en que encontramos hospitalidad, los paisajes en que hallamos deleite, los horizontes en que divagaron los ojos y la fantasía, durante pasajeros pero inolvidables momentos!

EL BAILE DE MÁSCARA

Tengo para mí que la palabra *corso* aplicada al desfile de coches en opuestos rumbos, ocupados por personas que se arrojan flores ó perfumes durante el Carnaval, disputándose brazo á brazo la palma de la victoria, tiene por origen la navegación en busca y persecución de piratas y embarcaciones enemigas, apresándolas cuando es posible. Merced al buen humor artificial que acaba de reinar, hemos tenido corso, de la misma manera que, gracias á las malas intenciones de algunos vecinos porteños, hemos tenido corsarios. Apenas apareció el primer aviso de baile de máscaras, el más feliz de los Alderete se echó á la calle á corsear, é inmediatamente que se vendió el primer pomo, el más aprovechado de los Tenderete se armó en corso.

Así que el elemento *doméstico* prevaleció en las plateas de los teatros, empezó á navegar al corso el más gordo de los flacos consabidos, y se armó en corso y mercancía el más flaco de los gordos de marras, á quien vimos en el Politeama anclado entre dos pontones averiados.

Te aseguro, lector amigo, que me he quedado con la boca abierta, más de una ocasión, admirando la flema de los corsarios de charco, con más juanetes que un tronco de parra. Parece que esos cuerpos, almacenes por mayor de liviandades, debieran inclinarse preferentemente al reposo, que á la actividad delirante de las cuadrillas diabólicas. Pero es el caso que la tentación, cuando encuentra deshabitado el departamento del buen sentido, se aloja en él y no sale con dos docenas de cancanes: y helos ahí en la platea, en los palcos, en las galerías, en la sala de descanso, respirando afanosamente el triple extracto de las telas reteñidas de los vestidos viejos y del cuero embetunado de los zapatos nuevos, mezclado con emanaciones, con agua florida y frangipani.

Caído Rosas, los bailes de máscaras públicos empezaron en el teatro de la Victoria, con una que otra mujer disfrazada con careta de cartón ó de alambre. Construído el teatro de Colón, adquirieron mayor interés, debido al local y á la presencia en ellos de personas de diversas condiciones sociales, salvo que la gente de

trueno bailaba en la platea, y la que no lo era recorría los salones. Los bufos franceses, introduciendo los caprichos parisienses en el disfraz y el cancán en las danzas, convirtieron después el vetusto teatro Argentino en la pocilga carnavalesca. En los bailes buenos de carácter popular, predominaban los trajes de la época de Luis XIV, que daban el apodo de *condes* á los que los llevaban, y las faldas cortas de las pastoras. No quedaba genovés que respondiera al nombre de Giacomino, ni genovesa que se diera por aludida oyendo el de Serafina, que no concurrieran á esos saraos, que tenían lugar con el teatro custodiado por la fuerza de línea. Posteriormente, la inmigración de todos pelajes que afluía al país y la construcción del teatro de la Opera, que se puso de moda, mejoraron momentáneamente el aspecto del espectáculo, que en realidad lo formaba la variedad y elegancia especiales de los trajes. Las comparsas convertidas hoy, por lo general, en asociaciones más ó menos musicales, siempre dejaron que desear, porque si representaban tipos ultrajaban el decoro con torpezas cantadas y habladas que rebajaban hasta los mismos bípedos que se pretendían chistosos contra la expresa voluntad del que inventó la gracia, ó si imitaban animales lo hacían con desdoro de los modelos que, ladrando ó rebuznando, no ofenden á nadie, como los tontos que regularmente los parodian

en Carnaval. En los bailes de antaño nunca faltaban estúpidos disfrazados con la armadura y el yelmo de Manrique, con el albornoz y el turbante de Otelo ó con los atavíos de Fausto rejuvenecido por Mefistófeles. Asomaban las narices en el salón, penetraban quebrándose y volvían á salir dando bostezos que parecían rebuznos. Conviene recordar que siempre en las sillas colocadas alrededor del salón, se encontraba la autoridad materna, representada por alguna vecina criolla, madura y dormida, con un pedazo de trapo negro á guisa de careta en el rostro.

Corridos los tiempos, el entusiasmo por el Carnaval, ó mejor dicho por las máscaras, ha crecido entre las gentes de buen humor. No me sé explicar de una manera satisfactoria, digo repitiendo á Larra, la razón en que se fundan para creer ellas mismas que se divierten, un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quién embromar ni quién las embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas las echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado.

Pero mucho menos se comprende tratándose de esos frecuentadores habituales que se conocen hasta el punto de haberse deletreado, y que sin embargo de poder verse y departir cómoda-

mente, se cubren el rostro y van al baile á sudar y fastidiarse, danzando por danzar, fatigando inútilmente sus miembros, para retirarse luego á casa estrujados y exprimidos como pomo de muchacho callejero. Entre esa gente que no piensa en otra cosa que en el Carnaval, quizás por ser hija suya, hay individuos que inmolan á sus dudosos placeres salud y tiempo, sacrificando el pan y la vida á la pereza y á las malas noches. Maltrechos mañana, despedidos pasado por el principal, no importa, ellos han de ir al baile y han de morir mártires. ¡Bailemos, dicen, aun cuando no comamos, porque tal vez mañana moriremos!

Pero volvamos á los personajes que empezamos á diseñar. Ahí están. Cada uno de ellos se cree un sultán en medio de aquel serrallo del público, saturado del tufo ecléctico propio de las reuniones de la gente de pelo en pecho. Alderete es el decano de esa sociedad: enamorado por inclinación, se ha vuelto pródigo por razón de la edad; encuéntranle áspera la mano sus conquistas, si no se la cubre un billete de Banco, que, al decir de ellas, se la suaviza como pomada de Guerlain. El que le sigue, Tenderete, le aventaja en honores y le es inferior en longanimidad; el primero cree que no hay mujer que resista al amor, si el tratante llama á su corazón con el canto de una onza de oro; el segundo reprueba el medio por indecoroso y

se dedica á atraer hacia sí al sexo contrario como el zapo los animalejos que engulle. Por eso Alderete desciende por el plano inclinado del derroche las escaleras del teatro del brazo de una máscara, y por eso también Tenderete, aspirando aire condensado, asciende solo hacia el piso principal, y se retira de la misma manera á su casa, meditando en la insuficiencia del magnetismo y en el mal gusto de la compañera del hombre. Aparece el tercero de nuestros tipos. Ostenta una sonrisa inextinguible, que tiene por marco un par de patillas andaluzas, apoyadas en dos nalgas, que, confundidas con las espaldas, como las olas endurecidas de dos ríos, se le prolongan hasta el hueso occipital, balanceándose merced al movimiento de dos piececitos inverosímiles, que forman la envidia de la pastora criolla, vestida de seda roja, que sigue á aquel rodillo de aplanar caminos. El buen galán cree que el público toma por moneda de oro la peseta de cobre que se encontró en la calle. Lo que cree el público es que en aquella pareja no hay seductor sino seducido.

Pero, si mal no recuerdo, al penetrar en el improvisado salón empezamos á describir las impresiones del olfato. Prosigamos con las de la vista. En el fondo está la orquesta, entre acordada y desafinada, cuyas notas apenas pueden atravesar la densa atmósfera del sitio, entenebrecida por el polvo del edificio, puesto

en actividad por los pies de los bailarines, adunado á la pelusa de la alfombra, cuya frisa, tamizada por el ir y venir de las parejas, se eleva como sutilísimo vapor matinal. La concurrencia, salvo raras excepciones, parece vestida en casas de prendas ó en la ropería de algún hospital. Por los acompañantes se puede saber quiénes son las acompañadas. Una buena parte de ellos lleva pañuelo blanco en el pescuezo y en la cabeza sombrero gacho, si duro, echado hacia atrás, si blando, abollado y sobre los ojos. Los guantes de hilo de las máscaras, entumecidos por las mojaduras, ostentan las señales que les dejan el manejo del abanico ó pantalla y el pomo perfumado. Ésta se cubre con una colcha de crochet, la otra con una sábana usada, aquélla con una bandera nacional desteñida, la de más allá con un pedazo de bramante nuevo, que le da el aspecto de una chuleta, la de más adelante con un manto que fué de colores y que ahora puede confundirse con el envoltorio de una momia peruana. Fulanita huele un ramo de flores naturales; Menganita ostenta un tocado de plumas de gallina apestada; Zutanita luce un adorno de flores de trapo descoloridas y marchitas, que debieron pertenecer á su señora. Todos los pañuelos parecen nuevos y sin dobladillar; todos los vestidos tienen algo deshilachado; de los ruedos de todas las polleras pende algún pedazo de trapo pisado. Cuando

aquella reunión heterogénea, en que los hombres llevan el sombrero puesto, empieza á moverse y á heder simultáneamente, presenta, mirada de arriba, el aspecto de una masa informe de recortes de modista, hojas de árbol y plumas de papagallo, teñida por el arco iris en su desvanecimiento ó el agua rastrera de la tintorería que va camino de la cloaca. Parece que la locura hubiera desatado desde el techo una lluvia de andrajos de bufones y de guiñapos de bailarinas, y que revueltos andrajos y guiñapos formasen con la confusión de los colores algo como la descomposición del espectro solar, tal cual la conciben en sus delirios los astrónomos del Manicomio.

Basta, un momento de reposo... Baten marcha los timbales del cancán... ¿Qué es eso?... Un patán que lo baila... Vuelvo el rostro, porque prefiero oirlo discurrir á verle bailar cancán. ¿Qué es aquello que se mueve, que se contonea, que resuella, que sopla como una ballena arponada? Parece, visto de lejos, dos árganas acollaradas, y de más cerca, dos grandes nalgas encuadernadas á la rústica. Esa avalancha humana, esa especie de tronco de árbol de comedia de magia, que merced á encantamientos danza como un condenado á morir bailando, ese conjunto extraordinario de líneas curvas, colocado, como Sancho entre dos arneses, entre una espalda como un colchón y un

vientre como un fardo, es un famoso almacenero que mide vinos toda la semana y piensa en picardías todo el año, hasta que se escapa de la obligación y de la tentación por el canal del cancán. Ha terminado y deja á la compañera como fruta apedreada por el granizo. El bailarín destila sudor; en su rostro, arrebolado por el agolpamiento de la sangre, apenas asoman las narices, sepultadas entre los pómulos congestionados; el ruido del corazón y los pulmones simula el de un fuelle de fragua; los pantalones quieren bajársele á los pies; no puede articular palabra; camina á gatas, hace un esfuerzo y cae á plomo sobre una silla. Apenas suelta la compañera, la condenada le hace pito y lo deja tartamudeando su nombre con la desesperación del apoplético que, trabada la lengua, no puede hacerse entender de los que le rodean. Desaparece por fin la indina, y el galán se queda rezongando, pero prometiéndose referir al tendero vecino que ha encontrado en el Politeama á la mismísima mujer que en las cajetillas de los cigarrillos de Posse y C.ª, representa la Margarita de Goëthe.

Ya es tiempo de que concluya esta baraúnda y de que ese buen vecino se levante los pantalones y tome el camino de su honrado almacén, donde le espera un buen colchón relleno de hojas de choclo. Muchos de los que se sentían pletóricos de entusiasmo, empiezan á experimentar

la languidez de la decepción. Trataron imaginariamente de prolongar la noche ó de detener la marcha del tiempo, y la obscuridad del teatro les recuerda que ciertos días son como momentáneas treguas concedidas á los que pelean, para reposar un instante y volver después á la batalla.

Ha terminado, en efecto, el Carnaval, aun cuando quedan algunos rezagados. En aquel salón, una matrona empavonada con noche y hollín, invitada á *matar el bicho*, pues ya se aproximaba el día, ha muerto tantos que toma el cancán francés por tango africano y lo baila desesperadamente; en el café de enfrente un parisiense ordinario ha convidado á cenar á tres personas, á quienes atosiga diciéndoles que él paga, y dando vivas á Gambetta; los pomos del vendedor que pasa se parecen á los frascos de medicinas que quedan mediados en el cuarto vacío del enfermo desahuciado á quien se ha mandado á viajar ó tomar baños. La corneta del primer tranvía del miércoles de ceniza anuncia, por último, que han terminado definitivamente las fiestas del Carnaval.

Pero no, todo no ha terminado. Ahora va á comenzar la reparación de los estragos del Carnaval. Careciendo de la experiencia del tiempo, ignorando las mañas de los hombres, impulsadas por la complicidad, que en el sentir de algunos disimula el escándalo, extrañas á todo

sentimiento poético ó interesado, atraídas solamente por la curiosidad y la luz, como otras tantas mariposas, ¡cuántas niñas al separarse furtivamente por primera vez del dintel de la casa de sus padres ó patrones, cayeron en la llama y se quemaron las alas! La autoridad paterna, si se trata de hijas con padres, y la autoridad pública, si se trata de huérfanas, van á recoger de la calle á las que salen solas del baile á que entraron acompañadas. El ministerio de menores, como lo comprueba la estadística, empieza recién su tarea el miércoles de ceniza. Si los que nos gobiernan no limitan y reglamentan en lo posible la fiesta pagana que concluye, dentro de poco tiempo tendrán que ensanchar la casa de expósitos, porque ya está casi llena con los hijos del Carnaval.

LOS TOROS

Los sacrificios cruentos é incruentos han existido en todo tiempo. Ofreciéronlos al Señor Caín y Abel, Noé y Moisés. Los griegos desollaban las víctimas y cubrían con sus pieles las estatuas de los dioses, los romanos principiaron por ofrecer los frutos de la tierra, y acabaron por sacrificar animales, y hasta los habitantes del Imperio de los Incas inmolaban llamas en la fiesta del Raimy, para que los sacerdotes leyeran en sus entrañas los arcanos del porvenir. Pero los etruscos aventajaron á todos arrojando esclavos en las piras funerarias. Adjudícanse á esta costumbre los juegos de los gladiadores, introducidos en Roma por Marco y Décimo Bruto en las exequias de su padre. Desde entonces, ejecutados por prisioneros ó

esclavos, tuvieron cabida en todos los funerales públicos. Los juegos circenses penetraron en Italia con la colonia de arcadios de Evandro, y fueron restablecidos por Rómulo en honor de Neptuno, en virtud de cuyo consejo se consumó el rapto de las Sabinas. A las luchas de espadas y palos, á las carreras á pie, á las carreras en carros, á los juegos del disco, á los combates de los gladiadores á pie y con fieras, se agregaron después las naumaquias, que consistían en grandes combates navales figurados dentro del Circo. Llamábase *bestiari* á los que peleaban con las fieras y estaban condenados á morir entre sus garras. Tanto éstos, como los que luchaban por dinero, eran conceptuados infames por las leyes. Algunos jóvenes se entregaban á tales ejercicios, para ejercitarse en el manejo de las armas. Eliogábalo presenciaba desde la mesa las luchas, y Cómodo conquistó en ellas el calificativo de «Hércules romano».

De la degeneración de los primeros sacrificios ofrecidos al verdadero Dios, resultó esa mezcla de prácticas y espectáculos bárbaros, que han dado origen á las sangrientas lidias de toros, existentes en nuestros días, sin que les sirviera de disculpa siquiera la superstición. Los germanos, por ejemplo, hacían combatir á un prisionero enemigo con alguno de sus guerreros, para saber á ciencia cierta cuál de las dos naciones quedaría vencedora; y en los casos dudosos,

según refiere Schelegel, se decidía la duda por el combate privado ó la prueba del agua y el fuego.

No es fácil determinar la época en que fueron introducidos los toros en España, pues, en efecto, como lo afirma Jovellanos, esta diversión no es nacional. Algunos afirman que los trajeron los romanos, apoyándose en las observaciones arqueológicas que les suministran las ruinas de circos que se encuentran en muchas ciudades de la Península. Data este juego de la época de Tarquino el Soberbio ó del reinado de Julio César, que lo tomó de los griegos, quienes, en el sentir de algún historiador, parece positivo dejaron á los pueblos de nuestra raza la semilla de ese bárbaro deleite. «Hasta el reinado de Alfonso VI ú VIII, escribe Montes en el *Arte de Torear*, que tenemos á la vista, no se menciona que los toros fuesen diversión de la nobleza. El Cid Campeador fué el primero que alanceó estos animales». La nobleza de Cáceres fundó en 1343 una Cofradía de hidalgos, en la cual nadie podía entrar *si non fuere caballero de lidiar toros;* y la Villa de Roa, afligida por la peste en 1394, hizo voto de correr cuatro para aplacar la cólera divina. Viólos alguna vez doña Isabel la Católica, y trató de prohibirlos; pero los cortesanos hicieron que el tiempo corriera sin que ella trajera á la memoria tal promesa, y se entregaron completamente á esa

diversión. Carlos III prohibió las fiestas de toros, salvo en aquellos lugares en que tuvieren objeto piadoso. Un publicista español contemporáneo exclama: «¡Mal parece la política de exaltar la beneficencia á costa de la moralidad!» Así como el culto de la fuerza y la galantería mantuvo los torneos en la edad media, presentando ocasión á los caballeros para probar su destreza y su valor, el apego á la barbarie, disimulada con las tocas de la civilización, mantiene en pie las plazas de toros, pagándose por este medio tributo á la memoria de los antiguos conquistadores.

«Por su costumbre y su espíritu, dice un reputado argentino, el pueblo español es el pueblo más romano de nuestros días. Guerrero, heroico, tenaz, sobrio, apasionado de los espectáculos, todavía, para vivir feliz, pide *panem et circenses*». «Si el Circo de Roma, escribe un conocido español, produjo tanta delicadeza en los espectadores, que notaban si un gladiador herido caía con decoro y exhalaba su espíritu con gestos agradables, el Circo de Madrid hace se note si vuela un lidiador airosamente sobre las astas y si arroja con decoro las tripas. Si Roma vivía contenta con pan y armas, Madrid vive contento con pan y toros». Sarmiento y Jovellanos se han dado la mano al apreciar la influencia social de la lucha romana.

«La generalidad de los españoles, en el sentir

de Caballero, hombres enérgicos y poco sentimentales, que se han acostumbrado á las lidias desde la niñez, ansian una emoción, como el agua que se hiela un sacudimiento. Muchos, por otra parte, concurren por hábito, y otros, sobre todo las mujeres, para ver y ser vistas: algunos no se divierten, padecen, pero se quedan, merced á la parte carneril de que fué liberalmente dotada nuestra naturaleza». La verdad es que este espectáculo tiene un atractivo irresistible. Si Galloway, autor del célebre Bill protector de los animales en Inglaterra, hubiera penetrado alguna vez en una plaza de España, habría encontrado las gradas cubiertas de compatriotas, pertenecientes á la benéfica asociación que lo reconoce como promotor de sus civilizadoras tareas. «Cuando la arena está cubierta de caballos destripados, dice Sarmiento en su magnífica descripción, cuando la sangre forma fango, entonces el pueblo de todas las clases y sexos no puede contener su entusiasmo; se pone de pie para aplaudir á los vencedores, ya sean toros ú hombres, para ver hundir la espada del matador en el corazón de la bestia furiosa, para sorprender el último gemido de la víctima y deleitarse en su agonía. La noche halla á los espectadores agitándose sobre sus bancos y pidiendo á voces nuevas carnicerías y nuevos combates».

Ni el interés, ni la curiosidad, ni la costum-

bre pueden, sin embargo, inclinarnos á aceptar esas lidias sangrientas, nocivas también á la fibra viril de los pueblos, como lo cantaba magistralmente Lord Byron en las *Peregrinaciones de Childe-Harold*.

Constituído el hombre en dueño y señor de la creación, no le concedió el Hacedor la inteligencia y la fuerza para que abusara de ellas en el gobierno de la naturaleza. Dióle el dominio de los animales, con el fin de que los utilizara en favor de sus necesidades, sin maltratarlos, sin destruirlos, sin privar á la industria común de sus servicios. Cuando el racional aguza su ingenio y lo ejercita en contra de esa ley, baja de su pedestal de monarca del universo y se convierte en verdugo de los seres inferiores, con el menospreciable objeto de lucrar con la agonía y el dolor de las víctimas, empequeñeciéndose más y más á medida que escoge para sus sangrientas diversiones los animales inofensivos que menos pueden dañarle. Un reñidero de gallos nos parece más indigno que una plaza de toros. Del hijo de cierto ejecutor de sentencias, cuenta Víctor Hugo que pelaba los pollos vivos, preparándose por este medio para hacer frente después á las tareas de la guillotina. La vista y el vapor de la sangre despiertan los malos instintos. Si se quiere la prueba de que los aficionados á las corridas de toros no proceden guiados solamente por el espectáculo, no hay

sino recordar que los domina una pasión enfermiza, que no se satisface sino cuando ha corrido mucha sangre, y el toro y el lidiador han hecho lo posible, el uno en contra del otro, llegando en su frenesí hasta insultarlos si domina un momento el instinto de la conservación al hombre ó á la bestia.

Tales sentimientos encallecen los corazones vulgares y los preparan para las luchas personales, en que la navaja ó el puñal remedan la estocada certera del acero que derriba al toro de un solo golpe.

La tauromaquia priva del tiempo á sus adeptos, arrebatando á la sociedad la contribución de su trabajo, porque los clubs del ventorrillo y la taberna los reunen á discutir antes sobre lo que va á suceder en la próxima lidia, y á comentar después los incidentes de la corrida pasada. Mientras tanto, los talleres echan de menos esos brazos que se mueven en el vacío ó levantando las copas en la orgía de la pereza, presidida por chulos y picadores convertidos en oráculos, y la familia abandonada ve vagar cerca de sus umbrales el fantasma del hambre, que por fin penetra con el amo de casa, ahito de sueño, de emociones y de espíritus. Para alejar al huésped importuno, es menester acudir al Monte de Piedad.

La industria también padece con la inmolación del toro y del caballo, los dos animales más

utilizables en la diaria labor. ¡Cuántos bueyes menos para el yugo del vehículo ó del arado, representa la muerte de cada toro! y ¡qué manera de recompensar los buenos servicios del caballo, mandándolo á la arena, con los ojos vendados, á morir destripado por la fiera! Cuando el noble bruto sale de la plaza pisándose los intestinos, el autor de la naturaleza debe protestar contra el dominador que le diera, convertido en tirano y verdugo de una de sus mejores criaturas.

«La policía de los espectáculos, enseña Colmeiro, se divide en dos partes: una pertenece al orden público y otra á las costumbres». Jovellanos entendía que los pueblos necesitaban de diversiones, pero que así como sería absurdo negárselas, sería una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa, prescindir de la influencia que pueden tener en las ideas y las costumbres. El tratadista nombrado dice en otra parte, «que socorrer á los volatineros y titiriteros es un deber de humanidad; alejarlos en seguida, agrega, es una ley de la administración». Aplicando estas doctrinas á los toros, el mismo entiende que sería dar un paso hacia la civilización, el prohibir absolutamente las corridas, «porque disminuyen la riqueza y el trabajo, atormentan á los animales útiles y endurecen el corazón de los espectadores». Después de ellas, afirma, todo arrebato de cólera es una riña, y

cada riña produce una herida ó un asesinato. La reflexión del jurisconsulto español, parece inspirada de estos versos de Lord Byron, desfigurados al dejar la vestidura inglesa para tomar la castellana, y que se refieren á los fanáticos de las corridas: «¡Acostumbrados tempranamente á ver derramar sangre, deleitándose sus corazones en la venganza, contemplan sin conmoverse los dolores de sus semejantes!»

Ya hemos dicho que nos explicamos el prestigio que ejerce este espectáculo, desde que el peligro de la vida por un lado, y el valor por otra parte intervienen en él. Más: comprendemos con un adversario de las corridas, que los toreros, colocados entre la muerte y la existencia, desafíen todo, con calma y gracia pocas veces desmentidas, desde que á la firmeza y la temeridad se agrega un cierto grado de exaltación, que sólo pueden excitar millares de ojos que miran y millares de manos que aplauden. Pero, y esta consideración pesa más que los perjuicios puramente materiales, es verdaderamente bárbaro que, atendiéndose á la seguridad personal, se prevea los daños probables que pueden causar un edificio inseguro, un camino de hierro, el agua, el fuego y hasta los juegos gimnásticos, y se descuide y abandone un espectáculo apoyado en el peligro, efectivo é inmediato de la vida de muchos hombres, espectáculo concurrido á esta condición, pues careciendo de

ella pierde el interés que lo hace atractivo, como lo acredita la exclusión de los toros mansos que no aciertan á herir ni matar, pues no atienden sino á defenderse. La responsabilidad de la muerte de un torero, que es un hombre como los demás, está repartida entre la autoridad que consiente el ejercicio de su arte, y la sociedad que lo estimula y paga. Ambas partes cometen el mismo delito de los ministros del orden público que no se inmutan presenciando una riña armada entre dos hombres enfurecidos, y los circunstantes callejeros que los azuzan hasta que la sangre, como un rocío refrescante, calma la fiebre de matar en unos y el placer de ver herir en otros. La ambición de conquistar una gloria bárbara, y el gusto de contemplar un hecho bárbaro, va más adelante aún cuando se ponen frente á frente un hombre y una fiera. Ni el odio, pasión indigna, ni la defensa propia, instinto natural y conservador, están de por medio. En esta lucha provocada é infecunda, el hombre, que abusa de su superioridad, carece de razón, mientras que el ser irracional la tiene completa de su lado, defendiéndose de quien lo ofende sin piedad, por darse y dar el placer de matarlo con gracia. Si el toro pudiese reflexionar, ¡con cuánto desprecio miraría al hombre, considerándose en aquella arena, él, bruto, la excepción á la regla de la barbarie! ¡Aquellos que irreflexivamente conceden la razón á las

mayorías, deben meditar que en un momento en que predomina una opinión unánime, puede residir esa razón, tan adulada como desconocida, en la minoría representada por un desgraciado animal!

Las inclinaciones y los gustos extraviados, rebajan la dignidad humana, hasta revolcarla en el polvo y el lodo sangriento de las plazas de toros. ¡Parece increíble que se presencien anomalías de esta clase, en tiempos en que el hombre tiene ante sí una vasta esfera de acción para ejercitar su arrojo y su fuerza! Conforme las máquinas van supliendo en las manufacturas el trabajo personal, va extendiéndose por la tierra la actividad humana. El obrero desalojado del taller, que no veía sino la miseria ante sus ojos, olvidaba que las necesidades crecen con el progreso material, y se satisfacen con el producto creciente de las riquezas naturales y los esfuerzos constantes del comercio. De esto se deriva la urgencia de derribar selvas, formar puertos, roturar istmos, horadar montañas, trazar vías, de dominar, en una palabra, la naturaleza, acercando los extremos del espacio, abatiendo los obstáculos, labrando la madera, fundiendo el metal, cosechando trigo donde sólo había espinas. Tales son las tareas que tienen por arena el mundo, sembrado de escollos y de peligros, que el trabajo del hombre debe abatir y suprimir con imponderable esfuerzo.

Vencer esos escollos y desafiar esos peligros, es mil y mil veces más digno que vencer al toro en los circos que nos legara la barbarie romana, despojándonos, ante la moral, del derecho de llamarnos cultos. Aplaudir los triunfos aislados ó comunes de los obreros de la ciencia, del arte y de la industria, es misión más digna que batir las palmas á quien renuncia al deber y hasta á la prerrogativa de ser mejor que las fieras, porque es necesario no olvidar que cuando el torero hiere por placer y el toro se defiende por instinto, fáltale justicia al primero y sóbrale derecho al segundo, y entonces á la vez que desciende el nivel del hombre se eleva el de la bestia!

LA CASA DE GUERRICO

Hay en Buenos Aires dos Guerrico y Maza, tan amables el uno como el otro; pero cuando se habla de la casa Guerrico, todo el mundo sabe que se alude á la casa paterna, señalada en la calle de Corrientes con el número 123. Hemos conocido á don Manuel José de Guerrico, padre de ambos, y conservamos, entre los recuerdos de la infancia, una referencia del hogar que le honra sobremanera. Guerrico, hijo político de Maza, el Presidente de la Cámara de Diputados bárbaramente asesinado por orden de don Juan Manuel de Rosas, recibió una noche, en la casa que ocupaba, la poco agradable visita de los sicarios del tirano. Su actitud en este trance fué digna y valerosa; abrió la puerta que trataban de forzar, desvió el arma

de fuego que uno de los asesinos le asestaba, é impuso respeto á la canalla. Este asalto nocturno determinó á don Manuel J. de Guerrico á emprender viaje á Europa. Hombre de sociedad, cultivó él en España y Francia la amistad de las personas más ilustres de la época, y se dedicó á formar el monetario y colección de pinturas que actualmente posee su hijo José Prudencio.

El señor Guerrico compró en remate y ventas particulares hasta cien lienzos de mérito, estimulado por su pasión por el arte, como también por el propósito noble de que sirvieran de modelos á los jóvenes de Buenos Aires que se dedicaran al estudio de la pintura.

Apenas hace un año que fuimos invitados á oir leer á Rafael Calvo en la casa de Guerrico, algunas de las más celebradas composiciones de Campoamor y Núñez de Arce. Aplaudimos entonces de todo corazón la manera verdaderamente artística de abrir, por primera vez, á la mejor sociedad de Buenos Aires, aquella mansión, recientemente restaurada y modificada, y cuya arquitectura pertenecía á la época de la colonia española. El ingeniero Dormal ha transformado el hogar paterno de Guerrico, en una morada semejante á las de Pompeya.

Era una de esas noches de Octubre en que la primavera próxima envía como emisarios de sus encantos algunas flores anticipadas. El reflejo

de las luces de los salones se amortiguaba en el patio sobre las hojas de las cicas, de las dracenas, de las latanias y de los helechos. Durante los intermedios, cuando se perdía el eco de la voz del lector ó se disipaba la última vibración de las cuerdas del piano y de las arpas, cuando la mayor parte de los presentes rodeaba al protagonista de la fiesta, recordábamos y buscábamos cien objetos de arte esparcidos en esa mansión feliz, en que el buen tono y la cortesía disfrutan de una interminable luna de miel.

Penetramos en la galería de pinturas, que ocupa el mismo lugar del antiguo salón en que el señor Guerrico recibía á sus tertulios, dispuesta con luces que vienen del techo durante el día, y con lámparas especiales que suplen en lo posible la del sol durante la noche. Ocupa la testera del salón, en el sitio predilecto del extinto dueño de casa, un magnífico hogar, encerrado en un marco monumental. En el centro de las columnas ha sido colocado el busto, esculpido en mármol, de don Manuel José de Guerrico, notable por la semejanza y la expresión del rostro. Sírvele de fondo uno de los mejores originales de Villamil, y corona esta especie de retablo, otro busto del General don José de San Martín, que fué en vida amigo particular de la amable familia que nos inspira estos renglones. La imagen marmórea del señor Guerrico, muda y fría, acentuó fuertemente en nuestra memoria

el recuerdo del anciano de palabra fácil y ardorosa; y la imaginación, con el mágico poder de sus ojos, volvió á verle sentado, en medio de personas de ideas opuestas, manteniendo constantemente la armonía, merced á la serenidad y elevación de su ánimo. José Prudencio, ha heredado de su padre esta apreciable cualidad.

Americano estudioso, familiarizado con los hábitos de la Europa culta, pocas cosas ignora del todo, y en las que conoce á fondo, se expide con ese hermoso sentido llamado común, que es tal vez la mejor prenda de las inteligencias bien equilibradas. Los recuerdos de viaje y la lectura frecuente de las mejores revistas extranjeras, que reflejan el movimiento científico y literario del mundo, le permiten amenizar é ilustrar la conversación general. José Prudencio parecería á muchos uno de los hombres más útiles de este país, si pudiera agregar á su cultura el título de abogado, que obtiene cualesquier individuo dotado de fuerza de voluntad.

Continuador de la obra de su digno progenitor, él ha enriquecido la «Galería Guerrico» con muchos cuadros del día, y ha donado al Museo veinte lienzos, originales unos y copias otros, destinados á facilitar el estudio de la pintura de los jóvenes argentinos, que no pueden ir á Europa á cultivar su inclinación artística.

Antes de admirar uno por uno los cuadros del salón principal de Guerrico, mencionaremos

otras de las riquezas que contiene, comenzando por los objetos históricos.

Cuéntanse entre éstos una relojera de Rivadavia, otra de Pueyrredón, y el mate, yesquero, brasero y caja de compases que usó el General don José de San Martín en la campaña de los Andes.

Figuran en la colección de autógrafos del álbum de don Manuel José de Guerrico, los nombres de Quintana, Bretón, Vega, Coronado, Rubí, Marqués de Valdegamas, Gallegos, Lafuente, Zorrilla, Ochoa, Hartzenbusch, Madoz, Girardin, Thiers, Sand, San Martín, Belgrano, Varela, Domínguez, Figueroa, Frías, Mitre y Sarmiento.

Don Manuel Ricardo Trelles formó en 1856 el catálogo del monetario de Guerrico. Consta de tan erudito trabajo que está compuesto de monedas antiguas de España, del As romano, de monedas imperiales romanas y de familias de la misma nacionalidad, de monedas y medallas pontificias, de monedas de la República, de los Reyes de Sicilia y Nápoles, de monedas de Italia, Portugal, Inglaterra, Alemania, Austria, Prusia, Bélgica, Dinamarca, Holanda, Grecia, Rusia, Estados Unidos y Repúblicas Sud-americanas.

Las telas de Luis XVI que tapizan los muebles del salón de las señoras; el biombo japonés del mismo, bordado de oro; el reloj de María Anto-

nieta de la cámara destinada á la música; el grupo de biscuit de Sevres representando la Vendimia; la cómoda de Luis XV, con aplicaciones de bronce y el reloj de Boule de la galería de pinturas; las miniaturas de la Magdalena del Correggio y de la presentación del niño Jesús al templo de Rembrant; los marfiles de la China; la Quimera, ídolo de la India, trabajado en porcelana azul turquesa, y los mármoles de Carrier-Belouze, Lombardi, Calvi, Costa y Correa Morales, que reproducen realmente las cabezas de San Martín, Belgrano y Guerrico, é imaginariamente la esposa de Faraón, la Mignón, la Virgen América, la Ondina del Plata, Aida y Otelo; los bronces la Venus de Milo, el Mercurio de Juan de Bologna, el Halconero de Mene, el Ulises, de fundición florentina, Sansón, y Juan que ríe y Juan que llora; las tierras cocidas de Vallmitjana, Fígaro, la Manola y el Torero; todos estos objetos, recientemente reunidos, primorosamente conservados, no son sino accesorios en la casa verdaderamente lujosa de Buenos Aires, pues ostenta objetos que no desmerecen con el tiempo, que no están sujetos á la veleidad de la moda, y que responden á las exigencias de la estética, que no es ciencia que cultiven los muebleros y tapiceros del día, tan caprichosos y absurdos como los sastres y modistas contemporáneos.

La escuela española está representada en la

galería de pinturas por Zurbarán, Villamil, Madrazo, Esquivel, Mejía, Sanz, Domínguez y Galoffre; la flamenca por Van Dick y Verhoesen; la francesa por Charpentier, Greuze, Mignard, Bamhier, Debedeux, Dupré, Alouge, Ford y Gudin; la italiana por el Tintoreto, Tívoli, Signorini, Randamini, Cervi, Massoni, Fragiamore; la inglesa por Reinolds y Cook; la belga por Cossmann, y la naciente nacional por Puigredón, Giudice y Ballerini. Muchas y muy hermosas copias, que alternan con esos lienzos, contribuyen, en más modesta esfera, á dar á conocer la figura, la marina y el paisaje de las grandes escuelas antiguas y modernas.

Un corresponsal de la exposición de Turín escribe á uno de los diarios de Buenos Aires, que al ver en ese torneo del arte y de la industria la magnífica marina de Galoffre, recordó con satisfacción que Guerrico poseía otra del mismo autor, que merece figurar al lado de la que con tan merecida justicia cautiva las miradas de los inteligentes en Italia. Si este solo cuadro arranca semejante reflexión, es racional que nos envanezcamos de algo que todavía merece mayor interés que el que puede despertar aisladamente la playa melancólica de Nápoles pintada por Galoffre. Guerrico posee diez y seis originales de Villamil, el más correcto y completo de los paisajistas españoles. Pueden consultarse los catálogos artísticos del mundo

entero: en ningún Museo, ni en poder de particular alguno, existen reunidos tantos lienzos de Villamil.

La cabeza de aldeana de Greuze, llena de candor, y las vendedoras de pescado de Charpentier, sucesor y heredero de las preciosas condiciones del primero, son dos cuadros de mérito incontestable, que pueden figurar dignamente en el primer Museo de Europa. El cuadro que representa al Delfín de Francia entregando en la Santa Capilla las reliquias obtenidas en Tierra Santa por San Luis, presentado á un concurso para la galería de Versalles, tiene la particularidad de que el artista ha retratado á todos los contemporáneos ilustres, haciéndoles formar parte del acompañamiento del heredero de la corona de Francia. Convida á la meditación el monje de Zurbarán, que arrastra penosamente por la tierra el peso de sus pecados y de sus penitencias, como arrebata el alma la actitud terrible del San Pedro de Tintoreto, crucificado con la cabeza hacia abajo en el monte Aventino. La penitencia de María Magdalena y San Jerónimo nos acercan al abismo del amor divino, que inflamara á esos dos héroes en los combates del hombre contra sí mismo. La Virgen del Racimo, atribuída á Mignard, y el San Sebastián de Guido, cuyo original puede verse en el Museo Capitolino de Roma, merecen también contemplarse, porque la una expresa

el concepto de la divina maternidad y el otro la fruición mística del mártir de la fe cristiana.

Pasemos, admirándolos, delante de los africanos de Debedeux, la Sorrentina de Galoffre, el zapatero flamenco, el retrato de Van Dick, los paisajes de Víctor Dupré, las copias de las Venus del Ticiano, conservadas en Florencia, el lago de Guardia y la selva del Tirol de Cook, que pertenecieron á Napoleón III, las marinas de Gudin, el bosque de Alonge, la lección de música y el descanso de los pajes de Fragiamore, con su tapiz de Esmirna y sus vasos de Sevres, que parecen reducciones de los originales, fabricadas con las mismas materias. Un cuadro genérico de Mejía, representando la Manola en el ventorrillo, abundante en detalles y rico en colorido, un paisaje de Holanda de Bamhier en que el sol poniente desaparece entre nubes grises, un bosque cubierto de verde follaje de Alonge, la entrada inesperada de una cabalgata al jardín de un Cardenal, que recorre su propiedad en silla de manos, pintada por Signorini, la escalera por la cual desciende un bufón, guardada por un alabardero endurecido por el oficio, el poético lago de la Villa de Este, con sus aguas apenas alteradas por los remos de los cisnes, y los bordes engalanados con una vegetación acuática de hojas aterciopeladas y esmaltadas de oro por el sol, y el ramo de las Crisantemas sagradas de la China, debido al

pincel de Madame Coul, vuelven á pasar á su vez por delante de nuestros ojos, renovando la memoria de las horas de placer intelectual, rápidamente deslizadas en el seno de la familia que posee y admira tantas riquezas artísticas.

Para cautivar la atención de los moradores de la casa de Guerrico, basta mencionarles las maravillas de Sajonia y Sevres, la loza de Gubbio, los esmaltes de Limoges, los abanicos de Watteau, las cajas de oro de Ghirlandajo, los ramos de flores de Baptiste ó los cofres del Renacimiento.

Desde el escritorio en que se trata de la hacienda, que bien manejada produce la poesía de los coleccionistas, con sus paredes adornadas con hermosos cuadros, representando animales de raza famosos, hasta la galería de estilo del Renacimiento, que apenas hemos descrito, y desde el pequeño salón de las acuarelas hasta la cámara de la música, todo revela en la casa de Guerrico un gusto artístico tradicional.

El piano de concierto, el arpa del bardo antiguo, el violín del cuarteto, la cítara de la castellana, y la guitarra española, que parece encerrar en su seno los aires inimitables del *Barbero de Sevilla*, graciosamente distribuídos en ese salón, demuestran que la familia Guerrico no sólo admira las artes, sino que también practica la más espiritual y poética de todas ellas.

Reflexionando de esta manera no pudimos dejar de volver á pensar en quien personalmente nos había hecho disfrutar de los encantos de esa noche, y antes de salir de aquella casa, engalanada con las prendas de lujo de calidad, estrechamos efusivamente la mano del artista entusiasta y del amigo amable, que acababa de sacar del camino de la trivialidad las fiestas de nuestros salones suntuosos, incorporando el deleite útil y duradero que produce en los espíritus cultivados el elemento civilizador del arte, á la diversión fútil y pasajera que deja el alma vacía.

La música, la poesía, la pintura y la escultura nos habían arrancado del mundo de las realidades, elevándonos á la esfera de las dulces visiones. ¡Quién que ame lo bello no ha pasado por uno de esos momentos de fervor! Las hechuras del arte grande nos aproximan á la naturaleza, y la gran naturaleza, que es la hechura de Dios, al autor de la belleza, que en el cielo y en la tierra, en el aire y en el mar inspira el acento al músico, la forma al escultor, el color al pintor, y la imagen al poeta!

EXPLORACIÓN DE LA TIERRA DEL FUEGO

Enfermedades de esas que convierten al hombre en barómetro, condenándole á anunciar las variaciones atmosféricas, y ocupaciones de aquellas que á ciertos individuos transforman en máquinas, más ó menos adaptadas á las operaciones que deben desempeñar, nos han privado, hasta este momento, de ocuparnos de la última publicación de nuestro antiguo amigo el Comandante don Bartolomé Bossi, que actualmente prepara su viaje de regreso á la madre patria, después de haber pasado cerca de medio siglo en América. Bossi es un lobo marino, familiarizado con los peligros del Océano, curtido por las intemperies, revestido de la corteza del roble, nutrido con la savia generosa del sándalo, que aulla en presen-

cia de las injusticias, y que se sacrifica por servir á sus mismos adversarios. Liberal de tomo y lomo, ha escrito panfletos contra los clérigos, y tiene muchos clérigos amigos, y se queja de la educación moderna, cuyos defectos emanan de la emancipación de aquella autoridad que enseña á respetar todo poder natural ó legal, y ha hablado de la inmortalidad de Magallanes, después de haber publicado páginas saturadas de escepticismo y de desconfianza sobre el recto juicio de la posteridad. Hay vasos que no han sido hechos para contener venenos. Ni el odio ni la duda pueden labrar la existencia de Bossi, porque su espíritu es más creyente de lo que él se imagina. Las naturalezas sensitivas y artísticas, susceptibles, irascibles muchas veces, aman por necesidad. Dios ha compensado á estas criaturas las amarguras que experimentan, con los placeres que les proporcionan el trabajo y el estudio, llenos de encantos, de aspiraciones momentáneas y de esperanzas duraderas. El trabajo que hace sudar el cuerpo, y el estudio que irrita los ojos, aligeran el peso de los afanes de la vida y duplican la fuerza visual de la inteligencia, produciendo una especie de anestesia moral, que hace llevaderos los dolores ocasionados por la injusticia y la calumnia.

Bartolomé Bossi vino á América á los diez y nueve años de edad, por motivos de salud,

habiendo terminado apenas los estudios preparatorios de marino. Su vocación lo inclinaba al mar, y despertaba en él la justificable aspiración de conocer el mundo. Habiendo completado sus estudios con un navegante experimentado, fué muchos años piloto y capitán de algunos de los paquetes á vela que hacían la carrera entre Buenos Aires y Montevideo. En 1849 contrajo matrimonio con una hija del general don Casto Cáceres, y al siguiente se embarcaba para el Pacífico, buscando fortuna en la entonces opulenta California. Visitó, en efecto, aquella comarca, y navegó cuatro años en buque de vela, el mar que la baña y el de la India. De regreso en Buenos Aires (1854), tomó parte activa en la política local, sin dejar otra huella que la de los beneficios. Si durante la tiranía de Rosas salvó, con peligro personal, muchas cabezas, no es de extrañarse que en tiempos benignos, fuera, más que contrario de algunos, amigo de todos.

Bossi emprendió en 1860 el primer viaje de exploración á Mato-Grosso. Sus interesantes observaciones han quedado consignadas en un libro, cuya edición agotó el fuego que devoró al vapor *América*. Cuatro años después, nombrado Bossi Director de la Compañía de Minas y Lavaderos de Diamantes, y encargado por el Gobierno del Brasil de estudiar la manera de colonizar esas regiones, emprendió otro viaje á

Mato-Grosso. Sorprendido por la guerra del Paraguay, y despojado de la escolta que lo acompañaba, regresó por tierra á Río Janeiro, empleando tres meses y medio, en los cuales pasó todo género de peligros, ya por las privaciones del desierto, ya por las amenazas de los indios *coronados*. Todavía no ha publicado la descripción de esa arriesgada travesía.

Con la salud debilitada por el clima del Brasil y las penurias de su grave empresa, el audaz explorador pasó á Europa, y del antiguo continente al nuevo mundo. Una vez en los Estados Unidos, dedicóse á la construcción del vapor *América*, origen de su posición actual, sumamente dolorosa para un hombre de corazón. El incendio del *América* se produjo, como tantos otros, merced á algún descuido inevitable. Durante la catástrofe, su Comandante hizo cuanto pudo por salvar las personas que navegaban en él, como consta en el fallo del juicio, provocado por Bossi, ante un tribunal de Marina *ad hoc*, reunido en Montevideo. No hay desgracia á la cual no se le busque y encuentre causa verdadera ó falsa. El dolor es iluso, injusto y vengativo. Bossi fué la víctima escogida por la aflicción sañuda de los deudos de los náufragos del *América*, y como tan poco cuesta aceptar irreflexivamente lo malo que de alguien se dice ó escribe, y como también era buena oportunidad para algunos, que habían con-

traído con él deudas de agradecimiento, el poder saldarlas so pretexto de indignación, desencadenóse sobre la cabeza del hombre desgraciado, que acababa de perder toda su fortuna, una tempestad que habría abatido á quien no hubiera tenido tranquila la conciencia.

Apenas obtenida la vindicación que buscaba, Bossi emprendió una nueva peregrinación al Pacífico, la cual dió como sazonados frutos el *Viaje descriptivo de Montevideo á Valparaíso*, el *Viaje del Charrúa á las Regiones Magallánicas, Chile, Bolivia, Perú y Ecuador*, la *Exploración del Desierto de Atacama*, el *Viaje á la Tierra del Fuego*, las *Exploraciones á la Patagonia Occidental y Austral, y á las Cordilleras de Coquimbo, Caracoles y Megillones*, las *Exploraciones á las Cordilleras del Perú y Ecuador*, el *Estudio geológico de la isla de Juan Fernández*, y el descubrimiento de las corrientes submarinas que hicieron naufragar los vapores *Eten* y *Atacama* en la costa de Chile. Algunos de los descubrimientos de Bossi en el Estrecho de Magallanes, que llevan su nombre, han sido consignados en las cartas de la marina inglesa.

Bossi conoce como pocos el interior y los ríos de la República Argentina, ó por mejor decir, la América toda, pues ha recorrido el Brasil, Perú, Chile, Paraguay, Ecuador y Uruguay, los Estados Unidos del Norte y las Antillas. Europa, Asia y Africa tampoco le son

desconocidas. El estudio de la última, corona sus viajes en las cuatro grandes divisiones de la tierra, que tiene la intención de publicar, empleando en ello, como en sus exploraciones, el fruto de otros trabajos, emprendidos para ganar el pan de la familia y dar lustre á la ciencia.

La Exploración á la Tierra del Fuego, que ha dado lugar á esta expansión, amistosa pero justiciera, es sumamente importante. Bossi, exponiéndose á cada instante á tropezar con los escollos, ha prestado un remarcable servicio á la geografía y á la hidrografía, rectificando las longitudes y latitudes, y, sobre todo, señalando los puertos y caletas en que pueden fondear buques. Él ha sido el primero que ha entrado en ciertos detalles sobre los laberintos de islas y canales, la historia natural y la floresta submarina de tan desconocida región. El nuevo trabajo de Bossi puede reputarse como un verdadero obsequio, no sólo á Chile y á la República Argentina, sino también á esa parte de la humanidad viajera, que suele aproximarse á las montañas nevadas de la parte austral del continente sud-americano, que los marinos antiguos denominaban *acabamiento de tierra.* Del plano adjunto á la incorrecta publicación tipográfica del viaje de Bossi, se deduce que hay trece entradas libres de peligro, que dan á tres canales que conducen al Estrecho

de Magallanes, al Oeste de Punta Arenas. Estos tres canales son el *Magdalena*, el *Bárbara* y el que divide la isla de Santa Inés de la Bahía de la Desolación. La estrategia argentina, en el caso de una guerra con Chile (que Dios no permita), tiene vías en que escoger, si no le conviene tomar la conocida, cuya embocadura señala el Cabo de las Vírgenes. Creemos que nadie ha agradecido á Bossi todavía el remarcable beneficio que acaba de dispensar á nuestro país, tan amado del viejo marino, que en el mismo momento de levantar su tienda, ha caído herido por una enfermedad que afecta á la vez su cuerpo y su alma. No es posible romper impunemente los vínculos formados y robustecidos durante cuarenta y nueve años, en los que se han compartido con la tierra de adopción dolores y desengaños, decepciones y esperanzas. Sólo la piedra de formas humanas, tallada por los salvajes, se desprende insensible de la montaña.

Creemos necesario declarar que no compartimos con Bossi sus hipótesis sobre la Creación, desenvueltas en presencia del pedazo de floresta submarina, llamado *sargaso*, recogido por el explorador en uno de los canales de la Tierra del Fuego. La melancolía induce á Bossi á encontrar todo en la nada, y la nada en todo. Sin exponer las doctrinas de nuestra escuela filosófica, diremos que á proporción que obser-

vamos al hombre física ó moralmente, tanto lo tangente como lo impalpable de su existencia, nos atraen hacia Dios. El espacio que separa la inteligencia del Dante del instinto del caballo, excluye la suposición de que esa inteligencia y ese instinto, sean el resultado fatal de orígenes semejantes y de combinaciones casuales de las fuerzas ciegas de la naturaleza. Comprendemos que los desengaños inclinen al hombre á desconfiar de sus semejantes; pero, merced á convicciones arraigadas, cuando esta clase de escepticismo se apodera de nuestro corazón, atribulado por la perversidad de los malvados y la bellaquería de los necios, abandonando las aguas revueltas por el tráfago humano, remontamos la corriente, en dirección al manantial purísimo del cual emanan, de la misma manera que el explorador abandona el río convertido en charco cenagoso, para buscar las fuentes claras de la montaña.

Cuando el viajero de la Tierra del Fuego se dirige á la desembocadura del Estrecho de Magallanes, por el Canal Magdalena, hemos sentido renovarse gratísimas impresiones personales. «Ese canal, dice, poco más ó menos, es el más bello de la comarca. Nada más sereno, nada más pintoresco, nada más extraño que su tétrica decoración. Si á esas montañas obscuras, con bosques al pie y nieves en las cumbres, no las alumbrara el sol de tiempo en tiempo,

podría decirse que, vestidas de luto, anuncian que en el Sur empieza la región de la muerte. ¡Qué contrastes! En las aguas del canal, como en veneciano espejo, refléjanse los cerros, tan dulcificados los perfiles agrestes, que la vista se aparta de los originales para extasiarse en la reproducción. El Monte Sarmiento, que ostenta en el fondo su plateada cabeza, contempla el inmenso cuadro, con la impasible majestad del verdadero monarca de las regiones australes». Esta pintoresca página nos ha conducido en espíritu hasta las soledades fantásticas de Magallanes, amortajadas por la nieve y al parecer alumbradas por la luz espectral del Polo. Varias veces las hemos cruzado, pasando por debajo de innumerables arcos iris; que tenían por estribos las montañas de una y otra orilla, revestidas de líquenes, recibiendo sobre la frente, de minuto en minuto, la caricia de un sol mortecino, el salpique de las olas agitadas y el beso helado del copo de nieve desprendido de las nubes cercanas, mientras seguíamos con los ojos la estela del vapor, el vaivén de la canoa del fueguino, el volido del albatros fatigado, la marcha invisible de la ballena, revelada por la espiral de agua formada por la respiración del cetáceo, y los diáfanos velos de la bruma esparcidos entre los bosques de coleguayes, cual si por ellos pasaran, durante la noche, las muertas vírgenes de la leyenda inglesa, dejando

despedazadas en las ramas sus blancas vestiduras.

Muchas decepciones ha capitalizado en su larga y laboriosa vida el explorador Bossi; pero cuando forme el triste balance del desengaño, esperamos que recordará á cierto viajero que, abandonando la patria, iba una tarde, en el vapor *América*, de Buenos Aires á Montevideo, á tomar el paquete del Pacífico. El dolor de la despedida lo había arrojado á su camarote, de donde vino á sacarlo la voz desconocida de un hombre práctico en achaques de sentimiento. Le traía una palabra de aliento y le auguraba viaje próspero y feliz regreso. Al menos ese pasajero del *América*, amagado por la nostalgia, no ha olvidado al viejo navegante, avezado á las tempestades del Océano, que tan bisoño se muestra cuando se trata de las tormentas del alma. El escepticismo es la hiedra que, nutriéndose con los jugos vitales, nos envuelve y oprime el corazón. Aconsejamos á nuestro amigo que arranque del suyo tan dañina vegetación, y que no le consagre, si quiere convalecer de su mal, las detenidas observaciones que dedicara al *sargaso* de la Tierra del Fuego.

UN RETRATO DE RAIMUNDO MADRAZO

Todos saben, porque los diarios lo han repetido en variedad de tonos, que cuando partió para Europa el doctor don Manuel Quintana, la Comisión Directiva del Club del Progreso le encargó un retrato del doctor don Juan Carlos Gómez, que hacía poco tiempo había pagado el inevitable tributo de la vida á la muerte implacable.

El doctor Quintana ha regresado trayendo consigo el retrato del doctor Gómez, que acabamos de ver en uno de los salones de la asociación nombrada. De pie, los brazos cruzados sobre el pecho, la faz rugosa, los ojos desiguales, de expresión dura, atenuada después de observados por el reflejo de una intensa melancolía; asimismo, en esa actitud, mirando

de esa manera, le contemplábamos todos los días en la puerta del Club del Progreso. Parécenos que van á abrirse esos labios, y que volveremos á escuchar su voz grave y cadenciosa, pronunciando aquellas frases de poco aliento si se quiere, pero brillantes y conceptuosas, que le eran peculiares.

Sí, éste es el doctor don Juan Carlos Gómez, uruguayo de tipo puro, líneas severas, largos cabellos, tez morena, ojos del color que toman las aguas del río al juntarse en la otra orilla con las del mar, romántico de principios del siglo, con las ideas de los enciclopedistas en la cabeza, y las palabras más ardorosas de Antony y de Ernani en los labios, rebelde consuetudinario, provocando á duelo á todos los despotismos reales ó imaginarios, llamando constantemente con el trapo rojo de la federación, como el lidiador al toro, á nuestros tiranuelos, para partirles el corazón con el acero fulgurante de la libertad.

Aun cuando el doctor don Manuel Quintana no ha seguido al pie de la letra la opinión de Edmundo About, que pretende que para poseer un buen retrato, parecido y digno de figurar en una galería, es necesario encomendárselo á un pintor de historia, ha escogido un artista cuyas obras pueden disfrutar de esa admiración doble que provoca la semejanza con el modelo y la ejecución de la imagen reproducida en el lienzo.

El retrato, para Sully Prudhomme, es lo que el arte pictórico tiene de más subjetivo. Para nosotros el retrato es lo que el arte tiene de más afectuoso. Inventólo una joven griega, en vísperas de una larga ausencia, trazando con pulso seguro el perfil de su amado, que la luz arrojaba sobre el muro blanco de la cámara en que departían todas las noches. El individuo, la familia, la sociedad apenas se les separa un amigo, un pariente, un ciudadano amado, á lo primero que atienden, es á adquirir, conservar y perpetuar su imagen. El retrato recuerda con elocuencia el afecto, las virtudes ó las hazañas de los que nos dejaron por poco tiempo, y el cariño, los méritos y las proezas de los que nos dejaron por toda la eternidad.

El retrato único ha sido vulgarizado por el retrato por docenas. Apenas apareció el daguerreotipo, bajó para el corazón, que parecía presentir la fotografía, el valor moral de aquella imagen sin par, pintada sobre marfil, que se entregaba á escondidas ó á sabiendas de los padres al novio feliz. La exactitud de la imagen reproducida, sería lo único que podría inclinarnos á preferir la fotografía á la pintura en el retrato; pero ella, en realidad, no existe, pues la luz, tomada como emblema de la verdad, suele mentir en la cámara obscura, afeando la belleza y embelleciendo la fealdad. Jamás una fuerza ciega, y, por añadidura

esclavizada, igualará al espíritu independiente y libre del hombre. Entre un retrato impreso por el sol, criatura secundaria en la naturaleza, y un retrato pintado por Madrazo, criatura privilegiada en la creación, los que entiendan algo de belleza han de decidirse en favor de la obra del artista inteligente.

Expone Boutelot en su obra *La pintura en el siglo XIX*, que de la exhibición de retratos en las últimas exposiciones, puede deducirse que el arte se inclina, en este género, hacia el realismo, tendencia á la cual deben la verdad del dibujo y del color las telas de los vestidos y los fondos de los lienzos. La naturalidad de la figura y el reposo de la actitud, que excluyen la rigidez, ensanchan la misión del retrato, pues además de servir para fijar el parecido del modelo, lo elevan á la categoría de cuadro de composición. Debemos olvidar en presencia del retrato, que contemplamos una pintura, si tratamos de que se nos aparezca, por decirlo así, un ser viviente, caracterizado por los rasgos peculiares, no sólo de su persona, sino también de su raza. Esta sencillez, que disimula aparentemente las dificultades de la ejecución, hasta el punto de que se crea que cualquiera podría pintar un retrato, es precisamente el resultado de un largo estudio y de una práctica no menos larga, que sólo raras veces consiguen esa forma de naturalidad. Velázquez,

cuando se lo permitía la persona que copiaba, reunía la espontaneidad y la elegancia á los rasgos particulares, no sólo en lo externo, sino también en lo que podría llamarse interno del modelo.

Es verdad que, como afirma Passavant, director del Museo de Francfort, Velázquez fué insuperable en los retratos, predominando entre ellos los de Felipe IV, Margarita de Austria, Isabel de Borbón, y el infante Carlos, por la gracia y el tecnicismo de la factura. Observa, sin embargo, Araujo Sánchez, en sus *Museos de España*, que concretados los pintores españoles á los cuadros místicos, sus cuadros carecían de accesorios. «No siendo, dice, de familia real ó de personajes muy principales, son escasísimos los retratos que se encuentran; y de damas puede decirse que no se hicieron. Los fondos de estas imágenes no son más ricos que los de los cuadros. Ved todos los retratos de Pantoja; todos los de Velázquez y Carreño. En el cuadro de las *Meninas* tenéis un salón de palacio con las paredes blanqueadas, algunos cuadros con marcos negros y una puerta de cuarterones».

España, como lo demuestran las últimas exposiciones, no ha sido refractaria al progreso pictórico del siglo. Goya, Federico, Luis y Raimundo Madrazo, Carlos y Luis Rivera, Cano, Gisbert, Casado, Manzano, Palmaroli, Zamacois, Pradilla y Fortuny han ilustrado con sus

lienzos y sus nombres la historia artística de nuestros días.

Ortega Munilla, refiriéndose á los Madrazo, ha dicho donosamente que en la sangre de esa familia circulan átomos de color.

La evolución artística de España de que veníamos hablando, no ha carecido de originalidad. Dice Malpica en *El arte de la pintura*, «que el genio nacional se conserva íntegro en el fondo é imprime á sus producciones el sello especial que le caracteriza, tan pronunciado, que recorriendo la última exposición francesa, le sorprendió la uniformidad que al primer golpe de vista ofrecían los cuadros de cada nación. Los españoles revelaban cierta gravedad, firmeza y acentuada sencillez, que contrastaba favorablemente con el aspecto un poco teatral, ó frívolo, ó indeciso, ó demasiadamente apurado de los de otros países. El arte, agrega Malpica, como corolario, no sólo es la fotografía del individuo, sino también de la nación á que pertenece».

Raimundo Madrazo, establecido en París, que hoy es el gran mercado del arte, refiere el anotador del libro de Passavant, anteriormente citado, ha conseguido ganar merecida y envidiable fama. Aunque él es artista original, sigue, algunas veces, las huellas de Fortuny, con quien le unían parentesco, amistad y admiración. Pretende, y lo consigue frecuen-

temente, penetrar los secretos de la belleza. Por esta razón es el artista cuyos retratos son mejor remunerados en París.

No pueden decir otro tanto los miembros de nuestro Club del Progreso. El retrato del doctor don Juan Carlos Gómez, que, como se ha dicho, es una especie de adivinación, merced á las insinuaciones de una dama y á las referencias de dos amigos del extinto, ha costado poquísimo á la asociación nombrada. Madrazo, habituado á trocar las imágenes de su pincel por millares de francos, ha empastado esa tela desinteresadamente, aceptando sin repugnancia la modesta suma que se le ofrecía para adquirirla como retrato y como obra de arte destinada á adornar los salones del primer centro social de Buenos Aires. El aplauso que ella arrancará diariamente á cuantos la contemplen, recompensará la noble acción de Raimundo Madrazo, cuyo nombre, ya conocido, ha empezado á ser simpático entre nosotros. La hidalguía y la inteligencia encuentran abierto en esta tierra el surco en que arraigan, florecen y fructifican. Por esto cuando aquí se nombre á Raimundo Madrazo, será difícil encontrar una persona bien informada que al calificativo de alma generosa, deje de agregarle el de artista esclarecido. Esta es corona que vale más que la que llevan los reyes de la tierra.

EL PRIMER SEPULCRO ARGENTINO

El segundo día del pasado Carnaval, al principiar la pública algazara, penetré en la iglesia Metropolitana, buscando emociones de otro orden que las que me brindaba la vía pública. Templó un tanto el bochorno de mi frente la frescura de las bóvedas. Al volver la cabeza hacia la derecha, busqué maquinalmente el altar de la Virgen de la Paz, y mis ojos encontraron un objeto de riquísimos mármoles, cuyo conjunto se parece al de los carros fúnebres, suntuosos pero deformes, destinados á conducir al Cementerio los restos de los varones esclarecidos. Al altar había sucedido el sepulcro del General don José de San Martín.

Como el héroe y el arte me llamaban, acerquéme á aquella pesada estructura, y casi

retrocedí porque tropecé con una mentira. Refiere la leyenda grabada en piedra en uno de los costados, que las cenizas del General San Martín han sido repatriadas por la iniciativa del Presidente de la República doctor don Nicolás Avellaneda. El tirano Rosas fué el iniciador de ese acto de justicia; siguióle después el doctor don Adolfo Alsina, y últimamente la Municipalidad de Buenos Aires removió la indiferencia pública. El *patrocinio* del doctor Avellaneda, no la *iniciativa*, ocupa el cuarto lugar, aun cuando diga lo contrario la falaz inscripción, faltando á los respetos debidos á la muerte y al templo del Señor. Solicitado por la curiosidad, reprimí el ímpetu que me produjo la importuna lectura, y observé atentamente el desmañado conjunto del más costoso sepulcro argentino, pareciéndome tan malo como la leyenda. El arte de la decadencia debe haber sonreído satisfecho al contemplar esa obra sin nobleza ni majestad.

Forma la base del monumento una gradería raquítica, que sirve de punto de apoyo á tres cuerpos coronados por una urna de mármol negro. En lo alto de cada columna de los frentes principales hay una estatua; las tres figuras, que representan las repúblicas argentina, peruana y chilena, cortan las líneas del monumento, sin formar composición entre sí. Las columnas que les sirven de punto de apoyo son de mármol

ordinario, y su colocación es idéntica á la de las estatuas que representan las estaciones en los jardines públicos ó particulares. En el otro frente del sepulcro que á mi juicio es el mejor de todos, el artista ha incrustado un mal bajo relieve de bronce, debajo del cual se destaca un hermoso haz de laureles de la misma materia. La piedra de las estatuas parece querer volverse al taller del escultor á pedir por caridad que la acaben de labrar. Viendo un sacerdote esas repúblicas, pareciéronle hermanas de la diosa Razón, y un hombre de mundo entendido las clasificó de petroleras.

Carece el monumento de proporciones arquitectónicas, no sólo refiriéndose á la capilla que lo contiene, sino también considerando sus diversas partes entre sí. Por ejemplo, el segundo cuerpo cuadrado, no está relacionado con el primero, ni la gradería de la base con el conjunto, pues presenta éste el efecto de un gigante dotado de los pies diminutos que obtienen los chinos usando zapatos de hierro. Apenas se le contempla un momento, aparece el ideal pagano del artista, despojado hasta de la poesía de los griegos, que habían llegado casi á espiritualizar la materia. El abultamiento de las líneas y la grosería del diseño, inclinan á pensar que puede existir en el arte escultural una especie de elefantíasis pétrea. Exceptúo del reproche la urna labrada en mármol de

Bélgica, que es una pieza correcta y elegante. No diré una cruz, pero ni siquiera el signo más insignificante, revela en este sepulcro, labrado para un templo, el origen cristiano del héroe que encierra. Por eso la observación capital que le opondrá la estética, es que él no responde á las exigencias del lugar, ni de la religión del General San Martín.

Los egipcios trataron de conservar la materia del hombre el mayor tiempo posible. Un obelisco ó una columna truncada, señalaban al viajero, en todas partes, la existencia de una momia. Á la entrada de las ciudades y á lo largo de los caminos, los romanos sepultaban sus muertos, dejándolos esparcidos como soldados fatigados durante la marcha. Los chinos y los turcos preferían los jardines para cementerios, confiando á las flores la tarea de disipar sus corrompidas emanaciones. Cuatro piedras cubiertas de musgo, formaban en Escocia el sepulcro de los guerreros de Fingal. Los otaitianos colocaban los muertos en una hamaca, suspendida de dos árboles, y los cubrían con canoas para simbolizar el naufragio de la vida. Más piadoso que todos ellos, pues conoce y confiesa al verdadero Dios, el cristiano formó el campo santo, el *dormitorio* de sus huesos, al costado del templo, y algunas veces á la sombra de sus bóvedas. «La tumba del idólatra, dice Chateaubriand, sólo nos habla del pasado, pero

la nuestra nos habla del porvenir». Cuando se contempla los sepulcros de los Faraones, sólo se piensa en el peso inmenso de la muerte que gravita sobre la grandeza de hombres y de siglos, disipados como el humo, mientras que la cruz del más modesto monumento fúnebre nos llama con sus abiertos brazos, y el ángel que á su lado agita las alas, nos convida á lanzarnos á las serenas regiones de la eternidad.

Los que se aproximan por primera vez al sepulcro del General San Martín, esperan algo bueno y encuentran mucho malo. Á la sombra de la capilla que lo contiene como un estuche, se percibe el vacío de la muerte sin esperanza.

Dícese en descargo del artífice, que en Francia é Italia existen monumentos que no aventajan al de la Catedral de Buenos Aires. No obstante de que podrían citarse en contrario los sepulcros de Tantardini y Monteverde, hijos de esa Italia que heredara de Grecia el primor para esculpir el mármol, tal defensa no prueba sino que el arte, hablando en abstracto, se halla en uno de sus períodos de decadencia.

Si se me diera á elegir entre aquellas obras del arte contemporáneo que incitan á protestar apenas se las ve, y las que, cual el sepulcro del General San Martín, á pesar del marimacho que desempeña la personería de la República Argentina, y de los pechos de pasiega de la figura que representa á Chile, sustituyen el entu-

siasmo con la indiferencia, preferiría las primeras, porque la contradicción que motivan es, hasta cierto punto, benéfica para la sociedad. La indiferencia, que no acepta ni rechaza las cosas, acostúmbrase á ellas y contribuye con su inercia á dejar corromper el gusto. Por eso no conviene *mirar y pasar*, tratándose de la que debió ser el primer sepulcro de este país, desde que la posteridad trataba de honrar al primero de sus antepasados. Aunque sea dolorosa, debe decirse la verdad, y declarar que ni el estilo de pieza de repostería, ni el manejo del buril del escultor, corresponden á la esperanza que se abrigaba, ni mucho menos al objeto que han conmemorado.

Al acercarme al sepulcro del vencedor de sus contrarios en Chacabuco y Maipo, y del vencedor de sí mismo en Lima, en un día de vanidad y locura, buscaba provocar en mi espíritu el acentuado contraste que forman la verdad y la mentira, y me alejé con el corazón vacío. Ese arte no patentiza el ideal poético, sino el realismo prosaico; no habla de lo eterno sino de lo perecedero. La matéria labrada para el apoteosis, vale menos que la última piedra abrupta del desfiladero de los Andes que siguió el General San Martín, porque aquélla carece de elocuencia, y ésta, cuando menos, señala el camino de una gloria imperecedera. El arte naturalista no puede elevarse hasta la altura

de los héroes, ni la decadencia alcanza á comprender la inmortalidad. Aquel arte que renacía al calor del corazón magnánimo de León X, está envuelto en las sombras que eclipsan en nuestros días el esplendor de la Iglesia. Cuando ella se desprenda la clámide encarnada, renacerá el arte espiritualista. Mientras tanto, en mayor ó menor escala, sólo contemplaremos los hijos rastreros y contrahechos de un genio sin alas.

EN LA VIGILIA DE LOS DIFUNTOS

Melancólica está la tarde. El corazón nos conduce al Cementerio, como, en día análogo, nos ha guiado muchos años. Tememos tropezar con el olvido, representado por el abandono de las tumbas. La vía que conduce al enterratorio del Norte, apenas contiene la muchedumbre. Convertida en un jardín la plaza de la Recoleta, hoy precede, en efecto, al Cementerio de un país civilizado. Las avenidas, las calles, las callejuelas de la ciudad de los muertos, las tumbas, los sepulcros, los monumentos, revelan el cuidado de la autoridad de la ciudad y el cariño de los deudos de los que allí reposan. Todo está cubierto de flores sueltas, de ramos primorosos, de coronas de siemprevivas. ¿Pero estas ofrendas del cariño se parecen á los obse-

quios que los chinos llevan á los sepulcros de sus mayores y á los dones que depositaban en las huacas los hijos del Sol? ¡No! los doloridos se arrodillan y oran; la capilla del Cementerio está llena de los suspiros que exhalan los que á ella entran; el vecino templo, obra preciosa de Blanqui, relicario delicado en que el arte y la piedad aunados dejaron impresa su inspiración, también está repleto de fieles y de oraciones, que, como perfume quemado al pie de sus altares, se elevan hasta el trono del que abre á los muertos las puertas del imperio de la vida. Pero ya los cipreses comienzan á ennegrecerse, el rio vecino á reflejar nubes pálidas, y el sol á tramontar el horizonte, después de haber acariciado las cúpulas de los sepulcros, cuyas piedras han perdido el esmalte dorado de sus postreros resplandores. Avanza la noche, porque la naturaleza, como la virgen de Pradier, se envuelve en las gasas fúnebres del crepúsculo.

...Penetremos en la mayor de nuestras iglesias. La concurrencia femenina se apiña en la nave central, enlutada desde los capiteles hasta la base de sus columnas. ¡Cuántos sombreros nuevos y caprichosos en el centro! ¡Cuántos niños por la edad y las ideas la rodean! El elocuente misionero reproduce los clamores de las almas cautivas en los calabozos del Purgatorio. Unos le prestan atención, otros no le

escuchan, éstos permanecen de pie, aquéllos caminan. Aquí hay perturbadores y perturbados; almas que esperan y almas indiferentes. ¡Luz y tinieblas del espíritu!

...Bajo la imponente bóveda del templo de San Francisco reina en este momento esa claridad vaga que poetiza las grandes iglesias. En el coro de la Comunidad, sumergido en tinieblas, el reloj marca los segundos con el movimiento del péndulo, y con la campana los cuartos de cada hora. Bajo la cúpula, extendido un paño negro, en sus ángulos cuatro velas de cera, en el centro una mortaja franciscana, dentro de la capilla una calavera, y en torno de todo esto algunas personas arrodilladas. En uno de los costados del presbiterio, brilla una luz, se oyen murmullos de oraciones, se respira un ambiente húmedo y se descubre la entrada del panteón de la Comunidad.

...Penetremos en la Capilla de la Tercera Orden de San Francisco, que contiene la antigua sepultura de los Hermanos, restaurada hoy por los padres de un joven, muerto en Europa en la plenitud de la vida, y acariciado por los placeres pasajeros y la fortuna mudable. Está llena de gente la cripta. Escalera, paredes, pinturas, muebles y altar, todo respira allí cierto aire de grandeza. Á la izquierda del que entra

en aquella magnífica tumba, se hallan los huesos del mancebo, cubiertos de azucenas y de rosas frescas. Como pasarán esas flores, pasó la vida de los que allí duermen.

...Solemnes y lúgubres nos parecen las tres naves del templo de Santo Domingo, objeto de discusiones históricas sobre los ápices de la defensa contra los ingleses, que no han producido un grano de anís para dar sabor al amasijo de la crónica nacional. Aquí el altar de una congregación alumbrado por cirios amarillentos, allí la tumba casi olvidada de un benefactor de sus semejantes, más adelante el catafalco de una cofradía, un poco más arriba el estandarte fúnebre de otra, sobre esta piedra una corona de siemprevivas, sobre aquella lápida flores sueltas, y, dominando el rumor de las plegarias, la campana mayor del convento tocando á muerto.

...En un salón del gran mundo. Hemos orado junto á los muertos cubiertos por la tierra, oremos juntos ante ese ataúd descubierto todavía. Yace en él un anciano. Apoyada la tapa en la pared del frente, arrodíllanse ante la cruz de ébano que la adorna, la dolorida familia y los amigos condolidos. Un sacerdote reza el *Rosario* y todos le hacen coro, pidiendo el eterno descanso del que murió en el Señor. Y mientras

los sollozos ahogados forman una especie de música del corazón, concertada por la uniformidad del movimiento que los produce, las campanas de la ciudad siguen doblando por el que allí descansa, y por todos sus hermanos, grandes y pequeños, buenos y malos, desgraciados y felices en la vida, nivelados en condición por la muerte!

...Bienaventurados se ha llamado á los que murieron en el Señor, y felices pueden llamarse á los que creen en la inmortalidad del alma. ¿Qué valen las penurias de la vida si á costa de ellas se conquista el cielo? ¡Y qué es la muerte sino un sueño pasajero, desde que ella precede al despertar de la eternidad!

UNA VELADA ARTISTICA

La prisión del General Mansilla ha sido uno de los dislates políticos menos malos cometidos el año pasado, porque le proporcionó al penado la satisfacción de volver á ver reunidos en torno suyo, en el cuartel del Retiro, á todos sus amigos, sin exceptuar aquellos que el tiempo y los viajes le habían alejado. Puede asegurarse que rara vez se habrá contemplado un conjunto más heterogéneo de dignidades, condiciones, caras, edades, gustos y conversaciones, lo que á mi juicio demuestra la flexibilidad del carácter y del talento de quien era blanco del cariño de todos, y que para cada cual tenía en la memoria el recuerdo que le halagaba y en la boca la palabra que le lisonjeaba. Seguramente que yo no sospechaba esas calidades cuando en la edad

en que las quimeras baten las alas en nuestro ambiente, me aguijoneaba la curiosidad de conocer al mozo aventurero que refería al público por la prensa sus impresiones de Aden á Suez. Después de la batalla de Cepeda estreché relaciones con Lucio, en la oficina de un diario de circunstancias, fundado por él, y cuya cordura perjudicó indudablemente los intereses del propietario. Data de aquella época inolvidable el conocimiento mutuo, desinteresado y sin dobleces, que no han alterado las campañas ni los viajes. Confieso que al volver á abrazar á Mansilla en la cárcel militar del Retiro, convertida por el prisionero en una especie de jaula engalanada con las hojas y las flores de la primavera, creí estrechar contra mi pecho la juventud, de regreso de un viaje que juzgaba sin retorno.

Á los pocos días de aquella expansiva entrevista, Lucio era esperado en casa por los hijos de mis hermanos, que él no conocía, como uno de esos personajes de las leyendas que hieren la imaginación de los niños. La admiración de ellos fué mayor cuando pocos minutos después de serle presentados, los llamaba por sus nombres y sobrenombres, y le escuchaban relaciones de viajes, episodios personales, anécdotas cómicas, imitando tipos, reproduciendo estilos caprichosos y entonaciones raras, arrastrando, por decirlo así, el río caudaloso de su conversación, ocurrencias agudas, imágenes brillantes, hipér-

boles, paradojas, idealidades de poeta, realidades de bolsista, todas las creaciones ficticias y reales de una imaginación poderosa, versátil como el aire, inquieta como la luz, que se particulariza con el detalle de las cosas, que abarca el conjunto, que dibuja una escena ó que pinta un panorama.

Pero mayor que la admiración infantil fué la de los mayores. Todos, poco más ó menos, no somos lo que fuimos. El que no ha perdido la paz consoladora del alma, ha perdido la alegría irreflexiva de la juventud; el que no lleva flores en el ojal de la levita, lleva espinas en el alma; el que no ha perdido el cabello de los primeros años, ha perdido el apetito de estudiante; el que no ha perdido la costumbre de obrar bien, ha perdido el hábito de beber de igual modo. Mansilla fué el único de los presentes en la fiesta doméstica de Luján que habló, comió y bebió como en los tiempos ya lejanos en que charlábamos, engullíamos y escanciábamos como si fuéramos de bronce, y recordando siempre que el día inmediato era día de tarea.

Para que el renacimiento de nuestra amistad fuera completo, quiso Mansilla, al despedirnos, que conociera y oyera declamar alguna vez á la menor de sus hijas. Se trataba del arte dramático y de una artista argentina, y Mansilla me dió en el gusto como vulgarmente se dice. Él comprende esas dulces manías que suelen absor-

ber todos los instantes y todos los instintos de los hombres, desde Chorón que entendía que San Juan Damasceno debió ser canonizado sólo por haber dicho que «la música es una sucesión de sonidos que se llaman», hasta el médico que, noches pasadas, en un espectáculo teatral, miraba el reloj á cada momento para que no se le hiciera tarde, pues el día inmediato tenía á su disposición un cadáver. Hablándole de los museos italianos, que no he visitado, maravillábase de que todavía no hubiera salido del país, buscando como él la satisfacción de sus gustos; y recordó como corolario los salones de los hospitales ingleses en que durante el verano, por estar vedadas las disecciones, se depositan, después de embalsamados, envueltos en lienzos, los cadáveres que en el invierno se reparten en postas á los estudiantes de anatomía, circunstancia que favorece la escrupulosidad de las observaciones, porque no es fácil abarcar bien el estudio de la estructura humana cuando se esparce el análisis, extendiéndolo á un cuerpo entero sujeto al rápido proceso de la descomposición.

Después de algunos días de espera, recibí por fin un billete de Lucio, en el cual me anunciaba que tal día á tal hora pasara á escuchar á las señoritas Tarnassi y Mansilla. «Ambas, decía, te conocen, y como te consideran juez, esperan que irás esta noche». Las heroínas de aquella

reunión familiar, con el corazón henchido por el sentimiento de lo bello y la fantasía poblada por los brillantes fantasmas del arte, prestando fe á buenas ausencias, me estimulaban á juzgarlas, dándome con ello una prueba de aprecio por mi parecer, que estimo, porque no estoy acostumbrado á la benevolencia. Ellas no saben lo que me cuesta el afecto puro y desinteresado del arte, injuriado algunas veces por los que hozan la tierra, y mal comprendido en otras ocasiones por los que no pueden remontar el vuelo más arriba de las tapias del gallinero doméstico.

Hace once años, por ejemplo, que defendí en Chile á un artista nacional á quien trataban de arrojarle de la Exposición una estatua de Susana, porque estaba desnuda, tal como la he visto reproducida cien veces en la Biblia, sin despertar otro sentimiento que el de la repugnancia hacia los viejos vestidos que la sorprendieron en su confiado é inocente abandono al penetrar en el baño. Sabía que existía una desnudez parecida á la de la verdad, que sólo ofende á los que viven aguijoneados por las malas intenciones, y que el arte usa de ella para pintar la candidez de Eva en el Paraíso, la humillación de Jesús en el Calvario, la inocencia de los ángeles en el cielo, en el altar y en el lienzo del pintor. A esta desnudez se refería el Padre Las Casas cuando hablando de sus ama-

dos indios del nuevo mundo, escribía que «á pesar de carecer de vestido, iban como cubiertos por su propia inocencia». Tampoco ignoraba que el arte impúdico moderno desdeña la desnudez pagana, pero decorosa, de la Venus de Médicis, y que el vestido escaso de tela, como la media luz de la verdad, y que el tul transparente como la reticencia del pensamiento, sirve de acicate á la imaginación para seguir la huella de los viejos perseguidores de Susana.

Pues bien: un araucano bautizado, después de infamarme, según sus cálculos, llamándome extranjero, que debe parecerle sinónimo de conquistador, acaba de traer á colación lo que va referido, para darse el gusto de calificarme de defensor del arte impúdico. Cuando ese crítico de pega lea algo sobre el Museo del Vaticano, vea alguno de los cuadros que adornan los templos europeos ó visite la incomparable ciudad de Roma, es posible que desista de la pretensión de obligar al arte á cubrir con el manto de merino negro de la mujer chilena el cuerpo casto de Susana.

La verdad es que aun cuando uno se saque de encima á papelazos á los maestros de todo y discípulos de nada, que tanto abundan en América, fastidian lo mismo que los mosquitos que se queman con la vela. Pero como todo no ha de ser espinas, los que sin esperanza de lucro,

trabajando por el bien común, estudiamos y escribimos incesantemente sobre estas materias, tenemos algunas veces la compensación de que los artistas verdaderos, formados ya ó en ciernes todavía, reconociéndonos de la familia, nos exijan la censura ó el aplauso á que se hayan hecho acreedores.

No es de desaprovechar en Buenos Aires la invitación á una velada artística. Nuestra atmósfera no es propicia á este género de gustos. Parece que las letras y las artes vegetaran aquí á la sombra del manzanillo de la India. Ni la palabra ni el verso encuentran larga y agradable resonancia. La gacetilla ha extendido tanto diploma falso de superioridad, que ya nadie cree, sino á duras penas, en el mérito real de alguno. No me refiero á los ídolos grandes como el Saturno de los egipcios, ni tampoco á los pequeños como los huacos parleros de los sepulcros peruanos. La política ha esculpido las frases estereotipadas de sus discursos, que le van al arte como las corbatas de lazo artificial á los elegantes de buen cuño. Una velada artística es una dalia azul en Buenos Aires. Voy á aprovechar la oportunidad de contemplarla de cerca.

Silvia Tarnassi recitó un monólogo de Metastasio, y Esperanza Mansilla una escena de Molière; la una se inclina á hacer llorar, la otra á hacer reir; la una busca la fuente del senti-

miento, la otra brinda la copa de la alegría; la una pertenece á la escuela italiana, la otra prefiere la escuela francesa.

En efecto: Silvia ha estudiado la declamación en Roma, bajo la dirección de la señora Vitaliani, esposa del artista y escritor del mismo nombre; Esperanza ha hecho su aprendizaje en París, en la Academia que precede al Conservatorio, y ha tenido por profesor á François, artista de la Comedia Francesa. En uno de los últimos concursos, obtuvo el primer premio de declamación, recibiendo la corona de manos del maestro Gounod.

No existe analogía alguna entre estas dos amigas, que cultivan y aman el arte por diversos medios y con diversos fines. Pero no solamente difieren por el carácter de sus respectivos géneros, sino también por la figura, la lengua y la voz. Silvia, valiéndome de una observación de la Marquesa Colombi, posee un órgano italiano; Esperanza posee una voz francesa. El órgano italiano, dice ella, es profundo, sentimental, armonioso; la voz francesa es aguda, un tanto estridente y argentina; el primero, en las escenas dramáticas, se muestra enamorado, conmovedor, sombrío, lleno de lágrimas; la segunda, en la conversación alegre, es sonora, elegante, irónica, pudiendo decirse de ella que trina y gorjea como el ruiseñor.

Escuchando á la que tañe las cuerdas del

llanto, y oyendo á la que pulsa los nervios de la risa, se adivina, si no es conocida, la índole dramática de dos grandes naciones, maestra la una en el arte de declamar, maestra la otra en el arte de conversar, y se abandona el artístico salón que las cobija, pensando que aquel dúo encierra dos hermosas esperanzas, aun cuando si los nombres hicieran al caso, podría creerse que no existe sino una sola.

No quiero rematar estos renglones sin observar que á las señoritas Tarnassi y Mansilla les viene de herencia la afición artística, cultivada en la familia de la primera y no descuidada, ciertamente, en la de la segunda. Esperanza es, bajo cierta faz, la reproducción dulcificada de una parte del genio de su padre, que si bien es duro de pelar, porque es hombre de pelo en pecho, descuella más que todo por las facultades creadoras y reproductivas del artista. La hija representa la comedia de Molière, meditada y escrita por el poeta hace dos siglos y pico; el padre compone, improvisa y recita al mismo tiempo la comedia y el drama pasado y presente de la humanidad.

He preferido consignar la impresión de la velada artística del mes pasado á enviar un caprichoso ramo de flores á cada una de las jóvenes artistas, porque al fin de lo escrito algo queda, mientras que los heliotropos y las rosas con que se premia á los vencedores, parecen, al

día siguiente, cuando más, cordiales de botica, y, por regla general, basura de la gloria. Semejantes á las hojas secas del bosque, entristece verlos pasar como despojos arrebatados por el viento.

LUIS M. GOTTSCHALLK

Luis M. Gottschallk nació en Luisiana (Estados Unidos) el 8 de Mayo de 1829 y pasó los primeros años de su vida á orillas del lago Pontchaistrain, en la Pass Christian, habitada entonces por los restos de una tribu indiana.

Aseguran los biógrafos que este niño, llamado más tarde á ocupar una posición envidiable en la sociedad, era de salud delicada, de naturaleza serena y melancólica, poeta por instinto y artista por vocación.

Las florestas vírgenes, los murmullos y los misterios de las selvas, despertaron prematuramente en su corazón el sentimiento de lo bello.

A la edad de cuatro años intentaba formular en el piano las melodías sin nombre formadas por el ruido del agua, el susurro de la brisa, el

eco del bosque, el zumbido del insecto y el canto de las aves.

A los siete años dió su primer concierto: á los diez ya había reducido á signos musicales las vagas armonías de los bosques y de los lagos de Luisiana.

«Su memoria para la música era prodigiosa, dice uno de sus admiradores, pues aprendía en uno ó dos días centenares de páginas».

Su padre lo envió á París en 1841.

Tres años después dió un concierto privado, al cual asistieron varias notabilidades artísticas.

Terminado el concierto, Chopin, Chopin el gran artista, se levantó de su asiento y corrió á estrechar entre sus brazos á aquel niño prodigioso.

Posteriormente y con motivo del cumpleaños de su madre, escribió las dos baladas *Ossian*, que han sido colocadas por los compositores entre las obras más poéticas y más originales del repertorio del piano.

En 1845 compuso *Le Bananier*, *La Sabanela* y *La Danse Osianique*.

El autor de la breve reseña de la vida de Gottschallk que tengo por delante, termina con estas palabras la biografía de sus primeros años: «En esta época, Gottschallk se expresaba en francés, en inglés, en español y en italiano; leía á Virgilio, traducía al Dante, recitaba las *Orientales* de Víctor Hugo, hablaba el español con

Gil Blas y se inspiraba en Ossian con los nebulosos sueños de la poesía escandinava».

En el año 1848, Gottschallk obtuvo nuevos triunfos.

Cada uno de sus conciertos fué una página gloriosa.

Á los aplausos del público de París se asoció la opinión de las celebridades de la época.

Berlioz le dió el título de «poeta del piano», y Madama de Barival escribió: «Gottschallk no es sólo un gran pianista, es también un poeta, un soñador que expresa con los sonidos los sentimientos más exquisitos y las emociones más tiernas».

Sus composiciones, inspiradas en la naturaleza, originales como las costumbres americanas, recorrieron todo el mundo.

El poeta, obedeciendo á sus instintos y á sus costumbres primitivas, se retiró en 1849 á una pequeña aldea de Suiza.

La gran Duquesa de Rusia, que se encontraba á la sazón en las orillas del lago de Ginebra, quiso conocer al «poeta del piano».

Rodeado de homenajes, aplaudido y amado de todos los que le conocían, recorrió Suiza y Saboya.

La caridad le inspiró una gran obra en Iverdón.

Los ancianos necesitaban de un techo que los cubriera en sus últimos días.

Gottschallk se puso al servicio de la ancianidad desvalida, y «edificó como Amphión al son de las cuerdas de su instrumento».

De regreso á París en 1850, dió setenta y cinco conciertos en menos de un año.

Por este tiempo vieron la luz pública el *God save the Queen* y *La Chause du jeune Henri*.

Un nuevo título vino á acentuar su reputación.

Pleyel lo denominó *sucesor de Chopin*.

La reina de España lo llamó á Madrid.

En su tránsito hasta aquella corte fué objeto de espléndidas ovaciones.

La reina Isabel lo hizo caballero de su orden y lo obsequió con las insignias que le corresponden.

De España pasó á Portugal llamado por la reina doña María.

Una carta de su padre lo llamó á América.

El autor de sus días quería conocer la celebridad de su hijo, que lo era también de la gloria.

En Nueva Orleans salieron á recibir á Gottschallk las autoridades de la ciudad, los ciudadanos más distinguidos y todos los artistas.

Más tarde pasó á Cuba, en donde fué nombrado miembro de todos los liceos de la isla.

Volvió á Nueva York en 1855.

En este año publicó sus mejores obras.

Entre éstas se cuentan *El Banjo, El Canto del*

Soldado, La Jota Aragonesa, Jerusalén, Recuerdos de Andalucía y *Vals Poético*.

Poco tiempo después regresó á Cuba y visitó la Habana y Puerto Rico.

En esta época publicó *Los Ojos Criollos, La Marcha, Les Gitenelles, Minuit à Seville, La Chûte des Feuilles* y otras piezas.

Durante su permanencia en Montouva compuso el *Fantôme de bonheur, Printemps d'Amour, Polonia*, y el delicioso poemita *Pastorella e Cavaliere*.

En la Habana fué nombrado director de las músicas civiles y militares.

En esta ciudad organizó ochocientos músicos, que tocaron bajo su dirección la gran sinfonía *Noche de los Trópicos*.

De regreso á los Estados Unidos, trabajó durante tres años ante el público americano.

Al terminar los noventa conciertos que dió en este tiempo, fué nombrado miembro del *American Institute*.

En 1866 pasó á Sud América y visitó Nueva Granada, Venezuela, Perú, Chile y Buenos Aires, obteniendo los mayores aplausos que pueden tributarse á un gran artista, proclamado por el mundo el primer músico de la América.

Gottschallk se asoció en Buenos Aires á los trabajos de las sociedades de caridad que solicitaron el concurso de su inteligencia para aliviar la desgracia de sus protegidos.

Durante su permanencia entre nosotros, se captó las simpatías de todos los que cultivaron su amistad.

Gottschallk reunía á una sólida instrucción una palabra fácil y graciosa.

Adolecía de una melancolía sin afectación, hija tal vez de cierto hastío producido por su situación excepcional.

El había vivido mucho en poco tiempo: había apurado hasta el fondo la copa de las emociones.

Sin embargo, esa tristeza vaga, esa postración semejante á las que experimentamos después de haber saboreado los placeres de una larga y hermosa fiesta, desaparecía como por encanto siempre que el poeta tropezaba con algo que no hubiese sido empañado por el polvo de la tierra, con algo que le recordase las florestas de la patria lejana.

Los niños, las flores y el campo le hacían sonreir y borraban en su frente el surco del pensamiento que entristecía su espíritu.

Esa nube, mensajera del invierno de los años, de un invierno que al parecer adelantaba su llegada, desaparecía también cuando se sentaba al piano.

Una vez que él posaba sus dedos en el teclado, parecía que su mente evocaba sobre el trípode de las Pitonisas, todas las memorias del pasado, todos los sueños desvanecidos.

Sus composiciones son la historia de su existencia.

Cuando él las ejecutaba, leía el libro de su vida.

Por eso nadie podía interpretarlas como él.

¿Quién es capaz de expresar el sentimiento íntimo de un dolor ó de un placer que no ha experimentado?

¿Quién podría simular como él el murmullo que le recordaba un suspiro amado?

¿Quién podría juguetear como él con la risa festiva de uno de sus momentos de locura ó de esperanza?

¿Quién podría hacer hablar como él á los torrentes que oyó rugir y que vió hundirse en los abismos salpicados de espuma?

¿Quién podría como él tomar una tecla de su instrumento y ejecutar con ella un crescendo febril y delirante, una nota que empezaba débil como el suspiro y que aumentaba de volumen y se convertía en grito de indignación, y de grito en trueno, en trueno que llenaba el teatro y que parecía adquirir formas, golpear las paredes y pedir libertad y espacio para espandirse?

Para producir ese grito tremendo de indignación, es necesario tener el aliento del genio: es necesario sondear con su doble vista el abismo de infamias de la tiranía: es necesario haber llorado con el esclavo del plantador americano en las florestas en que respiraron las tribus

americanas, libres como el aire de las pampas y los pájaros de las montañas.

Las composiciones de Gottschallk reflejan el carácter de su nacionalidad y los múltiples aspectos de su vida de artista y de peregrino, de pensador y de poeta.

El estilo de Gottschallk revela al hombre nacido en la tierra de los prodigios.

Para él no había dificultades, porque no conocía en los obstáculos una valla capaz de detener el vuelo de su ingenio.

El piano era para él lo que la naturaleza para sus compatriotas: un campo de lucha y de victoria.

En este combate jamás quedó vencido el arte, ni padeció la inspiración las torturas de la mecánica.

Sus composiciones eran el fruto de un pensamiento filosófico, sazonado en su mente antes de ser vaciado en el molde de la música.

Con la misma audacia con que penetraba en regiones desconocidas, sorprendía los dominios de otros maestros, se apoderaba de sus grandes ideas, las desenvolvía y las comentaba.

En estas composiciones en que brillaban á la par, el ingenio de los grandes maestros y la luz de su privilegiada inteligencia, se descubría la penetración del pensador y un profundo conocimiento del arte.

El diverso colorido de sus obras trae á la

memoria los diversos cielos bajo que fueron escritas.

Los recuerdos de Andalucía brillan como los ojos de la mujer española; los murmullos cólicos remedan los acentos misteriosos de las florestas del nuevo mundo; los acordes del banjo traen á la memoria las costumbres de los negros; las variaciones sobre el himno nacional argentino son una página de la epopeya revolucionaria escrita á la luz del sol que alumbra nuestra bandera.

Gottschallk meditó con el filósofo cristiano sobre el término de los días del hombre, se inspiró en los éxtasis de los bienaventurados, contempló los diáfanos horizontes del cielo prometido, y escribió *¡Muerta!:* volvió los ojos al hogar en que su madre mecía por la noche la cuna de sus hermanos y arrullaba su sueño con dulces canciones, y compuso aquel himno de amor y de inocencia que llamó *La Berceuse:* tomó en sus manos los poemas de Ossian, se elevó á las regiones nebulosas creadas por su fantasía, visitó sus fabulosos monumentos, se incorporó á sus legiones de fantasmas, y escribió *La Danza Osiánica.*

Gottschallk ha pulsado todas las cuerdas de su arte, ha escrito en todos los géneros, ha cantado á todo lo bello y se ha inspirado en todo lo bueno.

En la corriente de todas las ideas ha arrojado las flores de su fantasía.

Dotado de una energía de voluntad superior á la fatiga y á la pereza, desarrolló sus facultades por medio de un estudio continuado, y adquirió por un ejercicio tenaz las fuerzas físicas que necesitaba para derramar sus ideas sobre el papel é interpretarlas en el piano.

Yo he visitado el cuarto de estudio del artista en una temporada en que se había retirado al campo á componer y á copiar sus últimas obras.

Su modesta habitación no contenía otros muebles que la cama, el baúl, una mesa de pino sin pintar y un piano.

Después de almorzar en el hotel de la aldea, me leía de sobremesa alguno de sus escritos, fluidos y brillantes como su conversación.

Terminada la lectura, regresábamos á aquel cuartito, que hoy me recuerda su solitaria habitación en la fonda de Tijuca.

Después de alguna plática festiva, él se sentaba á la mesa, escribía algunas notas y se levantaba á ensayarlas en el piano con la mano derecha.

Esta operación duraba largas horas, que yo pasaba leyendo alguno de sus poetas favoritos.

En ese tiempo meditaba el viaje al Brasil. Y digo que lo meditaba, porque me habló de él durante muchos meses sin decidirse á emprenderlo.

Parece que un presentimiento fatal lo detenía en Buenos Aires.

Después de muchas vacilaciones se marchó al Janeiro.

Los diarios de ayer nos hablaban de su gloria, nos contaban sus triunfos.

Los que ha traído hoy el vapor que lo condujo á aquellas playas, vienen enlutados.

La Musa de la Música ha separado sus ojos del cielo y los tiene fijos sobre su tumba recién abierta en esta tierra de combates.

América y Europa llorarán sobre el sepulcro del hombre que hizo palpitar el corazón del mundo con los mágicos acentos de su inspiración.

El poeta del piano no morirá en la memoria de los que lo comprendieron y lo amaron.

Luis M. Gottschallk ha sido un astro errante que acaba de hundirse en el ocaso, para reaparecer en el firmamento á que pertenecía.

En el pálido rayo de la luna brillará la luz de esa alma ante los ojos de los que buscan en el firmamento azul la mirada de sus muertos queridos.

El susurro del bosque, el trino del ave, el acento de la fuente, el ruido de la ola, el suspiro de la virgen, el grito de júbilo del niño y el canto de libertad, tendrán siempre un eco que nos recordará al que arrebató á la naturaleza sus armonías, al que comprendió los misterios del corazón, al que celebró en sus obras las acciones heroicas de los pueblos!

RAFAEL CALVO

Cuando acababa de percibir el eco conocido de su voz, confortándome en el mayor de los dolores filiales, que él comprendía bien; cuando un grupo de admiradores asociados ex profeso, se proponía obligarlo á surcar otra vez la mar, de regreso á este país en que recogió cuantos laureles quiso; cuando me preparaba á sorprenderle con mi presencia, realizando uno de sus sueños cariñosos; cuando iba á verme escalar las breñas de Monserrat, cruzar los pasillos del teatro clásico madrileño, en una noche de estreno, divagar á la luz de la luna en las calles de Toledo, escuchar el tañido melancólico de las guitarras sevillanas, repitiendo soledades y malagueñas, impregnadas de la nostalgia del país desconocido de las almas, penetrar medi-

tabundo en la morada fantástica de los Abencerrajes, perfumada por las memorias de la poesía morisca y el aroma de los naranjos de Granada, una nueva inesperada y fatal, disipando recuerdos de la memoria y proyectos de la imaginación, ha cubierto de crespón fúnebre la imagen simpática de Rafael Calvo! ¡Inmenso tributo ha pagado á la muerte, en menos de un año, el arte español! ¡Ricardo Zamacois, el que disipaba con la risa las visiones enojosas de la existencia, y Rafael Calvo, el que elevaba las almas, con la inspiración dramática, desde el polvo de aquí abajo, hasta las nubes de allá arriba! Tanto los que disfrutaron de la amistad caballeresca del último de estos artistas, como los que fueron simples admiradores de su claro talento, heridos por la sorpresa primero, asaltados después por el sentimiento, apenas se atrevían á formular la horrible verdad, en pugna, al parecer, con la misma naturaleza. Joven aún, sano y vigoroso, la muerte lo ha sorprendido á traición, arrebatando á la sociedad un hombre de bien, á la amistad un alma generosa, á la inteligencia un espíritu elevado, y á los pueblos del habla castellana uno de sus últimos grandes artistas. Cuando el mayor de todos ellos, emigrado en América, donde gana penosamente sus últimos panes y sus últimos aplausos; cuando don José Valero supo que Rafael había dejado de exis-

tir, patriota antes que todo, envió su pésame al Plenipotenciario de España, sintiéndose de seguida asaltado por repentino desfallecimiento. Amaba, sin duda, al amigo que en su reciente viudez trató de aliviarle, con cuidados y afectos, la soledad que le rodeaba y la amargura que le consumía; pero en Rafael él veía también una de las sólidas columnas que sostenían el proscenio hispano. Desplomada, el tiempo y la distancia le impiden sustituirla. El amor á la gloria del arte explica el desmayo pasajero del buen Valero, como el sentimiento puro de la amistad y la gratitud hacia quien les hizo soñar con lo bello, justifica la pena de los íntimos de Rafael Calvo.

Lo conocí apenas llegado á Buenos Aires, porque trajo para mi cartas de introducción. Al punto que cambiamos algunas palabras, comprendí la gentileza de su espíritu cultivado, la actividad de su imaginación andaluza, la facultad admirable de asimilarse las ideas y las cosas con asombrosa rapidez. Hablaba en estilo propio, correcto, elegante, introduciendo en el discurso ejemplos apropiados, imágenes brillantes, citas oportunas, diseñando gráficamente hombres, escenas y paisajes, con la palabra, el gesto, la mirada y la acción, sin recargar los colores, ni prodigar los adornos, ni absorber la conversación, como los habladores sempiternos, por cuya boca se desborda el Diccionario

á manera de inundación. Pintor de cuadros históricos, de género y de paisaje, pocos artistas modernos le habrían aventajado.

Pequeño de cuerpo y escasa la voz de notas sonoras y brillantes; privado, en una palabra, de facultades físicas sobresalientes, con la fisonomía expresiva, el ojo elocuente, y la inspiración del sentimiento, él dominaba la escena. Los adversarios sinceros del drama español y de la lengua castellana, podían negarle el aplauso, pero no desconocer su inteligencia artística, refinada por el estudio. Con la aptitud bastante para conocer las calidades que le adornaban, no se me pasaron desapercibidos los defectos que la crítica pequeña y enconosa engrandecía, sin que el público, más justiciero, por cierto, le prestara acatamiento, porque sólo la verdad se impone á la conciencia de una manera absoluta. Cuando el calofrío con que la inspiración se manifiesta al artista, recorría su cuerpo entero, era discernible en su fisonomía el reflejo de la llama intensa encendida por el poeta. Rafael crecía en esos momentos en que el entusiasmo le arrebataba, corrigiéndole entonces, como por encanto, la debilidad del órgano vocal, y disipándole, como las sombras heridas por repentina luz, el velo de la voz, que resultaba vibrante y simpática en mayor grado. Hostigado el amor propio por la protesta del público implacable de Madrid, mortificada la

amistad por el rechazo de *Mar sin orillas*, en vez de faltarle, desbordóse en él la inspiración, mediado ya el último acto de la obra. El poeta, que se creía humillado, y el actor que no había cedido un palmo de terreno al público, fueron llamados, en medio de indescriptible entusiasmo, veinticuatro veces. Por eso circula el drama, dedicado á Rafael, según lo escribe el mismo poeta, «por derecho de salvamento». Echegaray no es el único autor que ha honrado á Calvo con una confesión parecida. El que á mi juicio es el primero, en el fondo y la forma, de los poetas contemporáneos, en la carta que precede á *La última lamentación de Lord Byron*, solicitada por Rafael para leerla en el Teatro Español, ha escrito algunas palabras, que por venir de tal maestro, han robustecido mi modesta opinión, en presencia de críticas cuerdas y de juicios intemperantes. Decíale el admirado poeta, con quien no comparto ciertas ideas filosóficas y algunas apreciaciones históricas: «En primer lugar me halaga la idea de oir mis pobres versos líricos en labios de un actor que, como V., sabe llegar con la magia irresistible de su palabra, á lo más hondo del corazón humano, y en segundo lugar, porque no cumpliría con mi deber negándole mi débil concurso para una empresa que con verdadero valor acomete, tan conveniente al desenvolvimiento de las letras patrias y á la cultura de las costumbres».

Resúmese la vida de Rafael Calvo en pocos pero relevantes hechos. Aparece en el proscenio como promesa para el arte y gloria temprana del teatro, en el estreno del drama *Pizarro*. Restablece más tarde el gusto debilitado por el incomparable teatro antiguo, del cual fueron ornamento Calderón, Lope, Moreto y Alarcón. Vuelve á la vida con esplendor al poético *Don Alvaro,* quinta esencia del romanticismo del Duque de Rivas. Colabora en seguida con su entusiasmo y su talento en la labor y el éxito de las composiciones de don José de Echegaray. Establece la costumbre de leer en público, y los cantos atildados de Núñez de Arce, y los poemas rebuscados pero bellos de Campoamor, adquieren portentoso relieve, al pasar de su retina brillante á su cerebro fosfórico, llegando hasta el oyente vivificados por la palabra del intérprete. Realiza, por fin, el soñado y esperado viaje á América, sirviendo su talento de solaz al espíritu, extasiado con el concepto profundo, el carácter franco, decidido y el discreteo elegante de los galanes de los clásicos españoles, y contribuyendo en público con el arte, y en privado con la amistad que inspira, á estimular el sentimiento de raza y de familia, aproximándonos á la madre patria distante.

Á gran altura ha rayado Calvo en *La vida es sueño, Don Álvaro, El tanto por ciento, El gran Galeoto, El haz de leña,* llegando, como en *La*

Fuerza del Sino, hasta luchar afortunadamente con la música, que ha convertido los versos en motivos cantables, y el drama en ópera; pero en ninguna de las obras de su repertorio le he admirado tanto como en el *Idilio* de Núñez de Arce. Para resultar triunfante en un drama, basta dominar una situación, un detalle culminante, una frase sola. Rafael Calvo concentraba en el *Idilio* todas sus facultades, para hacer de cada estrofa un drama ó un poema, ostentando, por decirlo así, en la interpretación completa del canto, todas las fuerzas de su espíritu aplicables á lo descriptivo, lo sentimental, lo imitativo, dando color á los cuadros con la palabra, y esculpiendo las escenas con la acción. Veíase al protagonista aturdido como niño, meditabundo como amante, risueño al descubrir la aldea, de regreso del colegio, absorto al contemplar la belleza de su prometida, adormecido por la fatiga, acalorado por el bochorno, sorprendido por la tormenta, amedrentado por el trueno, pálido, al descender, apoyándose en las grietas, el muro del castillo, asido á la maleza que le impide estrellarse en el pavimento, luchando en el vacío cuando las fuerzas parecen abandonarle, cayendo como piedra al foso, febril después del golpe, atormentado por el aparente desdén de la mujer querida, radiante al escuchar la confesión contraria, atormentado por el presentimiento del dolor, al tornar otra vez al

pueblo paterno, anegado en lágrimas al conocer la fatal noticia, desesperado, delirante, al verse abandonado en la vida, resignado ante la experiencia materna que le aconseja orar y esperar. Todas estas diversas y encontradas situaciones del ánimo, acentuadas pero fugaces, pasaban, rápidas pero ordenadas, en breves momentos, ante los ojos asombrados, cual las imágenes sucesivas y disolventes de una mente calenturienta.

Rafael pertenecía á la raza de los Becquer, sevillanos como él, y artistas y soñadores á su manera. Ávido de lecturas, pasaba con el libro abierto bajo los ojos las horas de la mañana, asimilándose con rapidez pasmosa todo género de conocimientos, que aprovechaba en sus pláticas animadas, pintorescas é instructivas. Durante los entreactos del teatro hablaba de la obra que representaba, y después de esfuerzos inauditos por encarnar los seres extraordinarios, apasionados ó eminentemente trágicos de los maestros del antiguo Parnaso ó del efectista Echegaray, formulaba observaciones críticas atinadísimas, repitiendo á veces gran parte de los versos que acababa de declamar, como si el trabajo no hiciera mella en su naturaleza, aparentemente débil, pero robustecida á costa del trabajo escénico y del ejercicio de la gimnasia y de la esgrima. Si dispuesto para recogerse se le invitaba á continuar la tertulia

en el Club, á salirle al encuentro á la luna, para verla surgir de las ondas del Plata, á dirigirse á algún sitio campestre en que hubiera árboles frondosos, perfumes de primavera ó flores abiertas en la noche, cubiertas de rocío, renunciaba sin esfuerzo al descanso. Condescendiente como pocos, desde mi casa de Buenos Aires, hasta la Hacienda de Toro y Herrera en Santiago de Chile, en ese largo trayecto, donde quiera que lo descubrían, en vapores y hoteles, se prestaba á declamar los versos del insigne Núñez de Arce, que hoy repiten de memoria, con deleite de los oyentes, adultos y niños, habiendo conseguido, en países sin Conservatorios, formar discípulos aventajados, que imitándole, con más ó menos garbo, han acabado con la monotonía enfática y el acento lacrimoso de los enemigos del bien decir, que tachan su método y su acento, como si fuera posible que las lenguas y las literaturas cambiaran de carácter, para satisfacer las exigencias del gusto ecléctico, formado con la brega y confusión de la sintaxis y la prosodia de los idiomas y las letras inmigrantes.

Los escritores españoles contemporáneos deben á Rafael el renacimiento en el Río de la Plata del afecto amortiguado por las obras de nuestra hermosa habla, introducidas con aires triunfales en los coliseos y los salones, donde él ganó esa simpatía que en estos días ha tomado

forma de dolor popular, al conocerse la noticia de su muerte prematura. Para parecerse en todo á los Becquer, Calvo ha muerto joven, cuando su talento estaba en plena florescencia, y se preparaba á afrontar el estudio y la interpretación del gran maestro británico. Recorriendo los teatros francés, alemán, inglés y portugués, no solamente para estudiar los mejores artistas de la época, sino también para conocer á fondo el repertorio de su predilección, él se había familiarizado con las obras antiguas y modernas de las literaturas extranjeras, conviniendo en que la forma poética castellana aleja del proscenio la naturalidad de la expresión, sin perjuicio de confesar que la escuela realista francesa de actualidad, sobrepasa en concepciones monstruosas al romanticismo español, que, hasta el momento, no ha engendrado tipos deformes y repugnantes de la catadura de los personajes de *La Mujer de Claudio*. Amó él entre los objetos ingenuos, pero bárbaros, de la naturaleza humana, al desventurado *Otelo,* y sintió, como pocos de los hijos de este siglo, agitado por la duda, los tormentos de *Hamlet*. Había reunido las traducciones francesas, españolas é italianas, emprendiendo después la tarea ímproba, adelantada ya al sorprenderle la muerte, de arreglar la segunda de las tragedias nombradas, para representarla en lengua castellana.

Ligóme á Rafael Calvo, desde el momento en que le conocí, un afecto semejante al que él calificaba de esta manera, en una carta fechada en Madrid el año pasado. «No pasa un día, decía, sin que le recuerde, como se recuerda á un hermano». Dos veces le despedí en pública solemnidad, abrigando, al partir él para Chile, no sé qué presentimiento de no volverle á ver, que me arrancó palabras de melancólica resonancia en su corazón sensitivo. La última vez que le vi en el muelle del Riachuelo, al tomar el vapor de Europa, no tuvimos palabras que decirnos, sino abrazos estrechos y lágrimas amargas.

He seguido sus pasos en la madre patria, viéndole, primero, asociado á Antonio Vico, su rival, para compartir el trabajo y la gloria, que el egoísmo del actor es capaz de disputar á su propia sangre; comprometiendo en seguida, parte del capital ganado y ahorrado en América, en la obra de restaurar el teatro en que debía trabajar su nueva compañía; y por último, acumulando flores sobre flores, laureles sobre laureles, recorrer media España, evocando, en todos los proscenios que pisaba, los héroes famosos de la tragedia y de los dramas históricos ó imaginarios, á quienes los poetas sublimes concedieron la facultad de pensar, y los grandes actores infunden el soplo de vida y el don de la palabra.

Absorbido Rafael por el trabajo, no dejó, sin embargo, de amar esta tierra, de mencionar mi familia, de pensar en mí. «El recuerdo de su cariñosa amistad, escribía hace poco á mi hermano Angel, sus atenciones para conmigo, las agradables y nunca olvidadas noches que pasé en su casa, acompañado de su amable y distinguida familia; mi inolvidable Santiago, tan querido de mi corazón, como digno de esa amistad; todo, al leer su amable carta ha pasado ante mis ojos, renovando aquellos encantadores recuerdos de un país al que debo tanto y al cual he consagrado, en el fondo de mi alma, imperecedera memoria de reconocimiento y amor. Mucho siento las penas de ustedes, para las que sólo son lenitivos el tiempo y la resignación cristiana. Deseo que Santiago se restablezca pronto. Échemelo para acá, y aquí curaremos á ese perezoso, que no se resuelve á venir á España, donde no ignora que nada le faltaría». Aquel á quien no es posible sanarle el corazón herido, recibió hace pocos días en Montevideo, el pésame de Calvo, hermanos y compañeros, por la muerte del anciano á quien él proporcionó las postreras impresiones artísticas. Privado en poco tiempo de un hermano querido, de un padre venerado, de parientes respetables, de amigos verdaderos, me faltaba aún una nueva y dolorosa prueba, para acabar de darme cuenta de que me voy quedando solo en este mundo,

donde únicamente el dolor es compañero duradero é inseparable del hombre.

Los que se crean correctos é intachables, asuman en buen hora, si les place, el papel de jueces para condenar severamente los defectos del artista y las debilidades del hombre que se llamó Rafael Calvo. Considero equilibrados los primeros por las cualidades brillantes de su naturaleza, impulsada por el entusiasmo hacia lo bello, y las segundas compensadas por su amor incondicional hacia lo bueno. Para la criatura formada de la arcilla quebradiza del primer hombre, repito las palabras con que la Iglesia recibe piadosamente, en el pórtico de los cementerios, los despojos de sus hijos fieles: «¡no entres, Señor, en juicio con tu siervo!» Pertenece á los hombres malignos y á las bestias carnívoras el deleite de remover los restos mortales. Abrigo la confianza de que la misericordia divina permitirá ahora á Rafael Calvo abismarse en las claridades de otra vida mejor que la que ha abandonado, á las cuales se aproximaba cuando en el debate filosófico demostraba lógicamente la existencia de Dios, ó cuando en el momento sublime de la inspiración artística, confesaba interiormente que el autor de la naturaleza es el principio y el término de lo bueno, de lo bello, y de lo verdadero, que presta alas al genio.

Recuerdo al llegar aquí que regresando una tarde de las islas del Paraná, contemplábamos,

echados sobre la borda del vapor, la selva reproducida verticalmente en la profundidad especular de los riachuelos, y las flores desprendidas de la costa, que arrastraba la corriente agitada por la hélice. Alguien, como ya lo he referido, comparó las glorias pasajeras de la tierra á aquellas flores fugitivas, y la sombra de un pensamiento importuno obscureció la frente de Rafael. ¿Sería el presentimiento de su breve estadía en el tumulto de la tierra? ¡Ay! solamente sé que arrastrados por la muerte ya huyeron los días hermosos y las glorias brillantes del artista. La tradición con la palabra que pasa, y la imprenta con la letra que queda, pugnarán por conservar su historia de labio en labio y de libro en libro. ¡Séale ahora compensación al extinto, de las idealidades poéticas que me hizo entrever, la amargura intensa con que me atribula su fin temprano! Apenas pise tierra española (si el cielo me permite realizar este anhelo ferviente de mi sangre) buscaré el sepulcro de Rafael Calvo, y después de elevar al cielo una plegaria, intérprete del piadoso sentimiento de los americanos que le amaron, colocaré en la piedra que cierre la entrada del monumento, un haz de laureles cogidos en el jardín de mi padre, cuya morada inspiró al artista peregrino conceptos tiernos y respetuosos, que sus hijos agradecidos jamás olvidarán!

LA PLATA

La flamante capital de la Provincia de Buenos Aires nos atrae con su fama que, á fuerza de extraordinaria, parece antigua. Considerada empresa insensata por unos, conceptuada por otros obra portentosa, ni la censura acerba de los adversarios, ni el encomio benévolo de los partidarios de sus fundadores, han de inclinarnos en favor ó en contra de La Plata. Iremos personalmente á averiguar si esa ciudad puede desempeñar el papel brillante que le fué asignado en un momento histórico solemne, ó si es uno de tantos pueblos recientes que esconden bajo las galas del progreso, los vicios orgánicos de las primitivas agrupaciones urbanas.

Los primeros albores del día nos sacaron ayer de ese sueño agitado, que es una especie de

transacción entre la fatiga del cuerpo que quiere descansar, y la actividad de la voluntad del alma que pretende levantarlo antes de la hora acostumbrada. El aire tenue y la luz difusa de la mañana, parecían anunciarnos que á la misma hora se opera diariamente una especie de renovación en la naturaleza, que le permite ostentar de continuo el cariz de la juventud.

Ya estamos en la estación del ferrocarril de la Ensenada, que con el del Sud no queremos tratos, pues, por fas ó por nefas, los trenes tropiezan unos con otros, ó dan tumbos parecidos á los de las primitivas diligencias, causantes de más inválidos que la misma guerra civil, que en lacrimosas eras nos diezmaba. No sabemos si la preocupación de ver cosas nuevas nos absorbía por entero, pero es indudable que en todo lo que nos rodeaba descubríamos algo que cautivaba nuestra atención. Los asientos de los departamentos de primera clase forrados de paja, á la manera de los del Brasil, los frenos modernos con que se detiene instantáneamente, en caso de peligro, la marcha de los trenes, y la inquietud de la fisonomía de los pasajeros, nos impresionaron agradablemente. Aquella masa humana se movía al impulso de la política, del interés y de la curiosidad. La mayor parte de las caras eran conocidas, y esta circunstancia nos permitió calcular quién se

encaminaba á la ciudad nueva guiado por la esperanza, y quién emprendía aquel viaje con la seguridad de regresar con el lucro en la faltriquera. Los jueces que iban á sus despachos, los empleados que se dirigían á sus oficinas, los ingenieros cuya presencia solicitaban las grandes obras del puerto, los arquitectos requeridos por las necesidades de los edificios de La Plata, leyendo los diarios de la mañana, conversando ó fumando, demostraban, en el momento de arrancar el tren, el hastío que produce el ir y venir diariamente, á horas dadas, por el mismo camino, obedeciendo á las imposiciones de la obligación.

La vía férrea de la Ensenada recorre la parte más vieja, más pobre y más descuidada de la ciudad de Buenos Aires. Parece que las orillas de los ríos fueran el punto de reunión de las gentes pulcras y de las gentes puercas. Unas buscan el agua para limpiar sus habitaciones, y otras la persiguen para ensuciarla con los despojos de sus viviendas. La ceja del terreno que domina el viaducto, batido por las ondas del Plata, que se desperezan en la arena, ostenta, como vegetaciones extrañas, numerosas casuchas de ladrillo carcomido por la lluvia y el tiempo. Aquí y allá asoma con su capacete de hoja de lata, una que otra habitación formada de tablas de cajones usados. Los moradores de esos tabucos orean ropa blanca en cuerdas

sostenidas con puntales de caña, ó ventean jirones de trapos indefinibles á guisa de estandartes de la mugre. Pronto, felizmente, podrá recrearse la vista en más poéticos cuadros. Los ojos pasan con pasmosa celeridad de las torres bizantinas de Santa Felicitas, á las copas frondosas de los árboles de los jardines de la avenida «Montes de Oca»; del bosque de mástiles del Riachuelo, al caserío de Barracas; de las huertas umbrosas de Quilmes, al parque de la Estancia de Iraola, que, mirado de lejos, parece impenetrable, pues se interpone como verdosa aterciopelada muralla entre el espectador y el horizonte.

Nos aproximamos á Tolosa, que es, por decirlo así, el arranque de La Plata. Don Martín, hijo de don José Iraola, señor un tiempo de aquellos campos tan bien labrados, prematuramente arrebatado por la muerte á esta sociedad, que le es deudora en más de lo que ella cree del desenvolvimiento del gusto artístico, del progreso de la industria rural, y de la difusión de árboles de adorno y utilidad, como, por ejemplo, el eucaliptus, y otra persona á quien nos abstenemos de nombrar por temor de enfadarla, fundaron el pueblo de Tolosa, con pocas casas y un retoño del roble simbólico de Guernica, que les trajo de España don Marcos Muñoa, y que á la sazón sombrea buen espacio de la plaza, dándole el mismo nombre de la

antigua capital de Guipúzcoa, porque en ella nacieron algunos de los antepasados que les legaron buena fama y abundante hacienda.

Cuando se trató construir la ciudad de La Plata, propúsose el Gobierno de la Provincia fundarla en un local ni lejano ni próximo á Buenos Aires. La elección recayó al Sud, donde residen los intereses más valiosos de la Provincia. Las tierras altas de la Ensenada, expropiadas á la familia de Iraola, fueron elegidas por la inmediación al puerto. Realizados los trabajos requeridos, podrán fondear los buques de mayor calado que entren al Plata. Ahorrando ellos distancia y el comercio gastos, este puerto atraerá, según los cálculos de los fundadores, á los navegantes y especuladores de la Provincia de Buenos Aires. Rivadavia, Wheelright, Vevans, citados por el Gobernador en un Mensaje á las Cámaras, pensaron seriamente en la realización de esa obra. M. Waldorp, ingeniero hidráulico contratado expresamente para llevarla á cabo, entiende que el puerto de la Provincia de Buenos Aires está destinado á reducir á la tercera parte los gastos de carga y descarga, y á disminuir también los fletes y los seguros marítimos, en provecho del comercio de la República Argentina.

Pero no nos adelantemos, que estamos en Tolosa, y á su tiempo iremos al puerto. Como hemos dicho, fué éste el punto de arranque de

La Plata. En él almorzaban los que iban á la embrionaria capital, y satisfecha esta necesidad, trasladábanse á ella en coche ó en el ferrocarril de trocha angosta, llamado Decauville, que tantos servicios ha prestado. En Tolosa vivían de fijo los ingenieros, arquitectos y obreros principales que tenían á su cargo la edificación oficial. Tolosa fué designado como el sitio más aparente para asiento de los grandes talleres del ferrocarril del Oeste, que están á punto de terminarse. Constituyen éstos el mejor edificio de su género de toda la República, pues responde, sin excepción alguna, á todas las necesidades del servicio. Puede contener en reparación y á cubierto veinticuatro locomotoras y noventa vehículos de pasajeros y mercaderías.

La estadía de la colonia constructora de La Plata, aumentó, como es natural, el número de las habitaciones de Tolosa. Cuando el tren echa á andar hacia la estación de la capital, vense, en ambas veras del camino, esas casas endebles, de madera grosera la mayoría, abandonadas muchas de ellas, como si fueran despojos que el progreso fuera dejando atrás en su marcha triunfal.

Llegamos finalmente á la estación monumental de La Plata. Al aproximarse la locomotora, los que esperan á los conocidos, que son muchos, cubren el andén, mientras que en la

parte de afuera, se aglomeran los cocheros, que aguardan con los carruajes descubiertos á los visitantes, urgidos por lo angustioso del tiempo de que disponen. La plataforma se ocupa y desocupa en un abrir y cerrar de ojos, y los hoteles del Comercio, Bruny y Fablet se tragan la concurrencia, que trata de reparar las fuerzas. Entramos empujados por la ola humana en el último, pedimos algo que almorzar apresuradamente, nos sirvieron á escape, y salimos á la calle otra vez reflexionando que en aquella ciudad de formación volcánica, impulsado todo por el progreso, todo marcha á vapor. Hasta la conversación adolece de la forma telegráfica. Pero cuando se compara esa ligereza, que al parecer participa algo de la instabilidad de las cosas mal basadas, con la pesadumbre de los monumentos destinados á soportar la carga abrumadora del tiempo, se comprende que dimana ella del carácter flotante que conserva una parte numerosa de esa población, que todavía no ha logrado arrancarse de cuajo de Buenos Aires.

Consagremos un momento á la topografía del sitio que pisamos. Constituyen esta localidad dos terrenos de diversa formación. La parte baja no es sino la prolongación del bañado de Quilmes, como la parte alta no es otra cosa que la prolongación de las barrancas del mismo pintoresco Partido. Anegadiza aquélla, inade-

cuada ésta para recoger y conservar agua, la elección de la segunda no podía provocar controversia. La parte baja, según los apreciables estudios publicados por el laborioso doctor Coni, es una formación moderna de aluvión, que contiene capas de arcilla y arena anteriores, sobre las cuales el Plata deposita sus sedimentos. Constituye la parte alta un terreno cuaternario, parecido al del resto de la Provincia, con una capa marina en la eminencia de las lomas, formada por aglomeraciones de moluscos, de los cuales se obtiene cal mezclada con tosca. Á dos kilómetros al Norte de Tolosa, á lo largo de las barrancas, extiéndense las dunas que determinan el pasado dominio del mar. Consolidadas por la vegetación que las estrecha, sirven de reparo á la arena cuarzosa de grano anguloso, empleada con éxito seguro en las obras de albañilería. Carecen de humus los terrenos bajos de la Ensenada, y abundan de la misma substancia los terrenos altos, por lo cual escasea el cultivo en los bañados y no se echa de menos la labranza en las lomas.

El ejido de la Plata está comprendido en cuatro valles, cuya elevación mayor no llega á veintiséis metros sobre el nivel del Río de la Plata. La ciudad forma un cuadrado, con un bulevar de circunvalación de cien metros de ancho. Las manzanas en que está repartida, miden ciento veinte metros por costado. Dos

bulevares centrales cortan la ciudad. Entre estos dos bulevares hay algunas manzanas de la medida expresada anteriormente, y otras que empezando en sesenta metros, van aumentando, poco á poco, hasta llegar á la longitud de las demás. Dos grandes diagonales atraviesan de un extremo á otro la población, y seis menores comunican entre sí los parques y las plazas. El repartimiento de los edificios públicos en diversos puntos de la ciudad, ha impedido, como observa con acierto el Director de la Oficina del Censo, la aglomeración de las casas de particulares en un solo sitio.

La colocación de la piedra fundamental tuvo lugar el 19 de Noviembre de 1882. En esa fecha ya apareció transformado el terreno en que pocos días antes pastaban libremente los ganados. Desde la estación se abovedó con conchilla los bulevares 1, 51 y 53, colocándose en ellos la vía Decauville, que debía conducir la concurrencia hasta la plaza principal. Construyéronse en la misma varios palcos destinados á las autoridades y al séquito oficial. Armóse también el salón de conciertos que figuró en la Exposición Continental, para servir el banquete con que el Gobierno obsequió á los invitados á la ceremonia. Este primer edificio de La Plata prestó después servicios parecidos al del día de la inauguración, siendo posteriormente depósito de adornos para fiestas populares, teatro de

zarzuela, local de la Exposición Rural, y ahora, si no estamos equivocados, fábrica de telarañas.

Las obras grandiosas impresionan poco á poco ó de buenas á primeras. Si sorprende admirarlas como salidas de la nada, deleita también verlas adquirir forma progresivamente, elevándose de entre los montones de piedra bruta, mármoles labrados, arcilla, hierro, madera, cal y arena. De la misma manera que el que llega á la comarca de Quito difícilmente separa los ojos de los cráteres de los volcanes escalonados que dominan las montañas del Ecuador, conceptuamos dudoso que el que visite por primera vez La Plata, distraiga la atención, absorbida por el conjunto de las cúpulas, torrecillas, agujas y techumbres de sus palacios suntuosos, para posar la mirada en los detalles mínimos de la ciudad. La Plata no ostenta como Tebas cien puertas, ni templos sostenidos por centenares de columnas, ni avenidas cubiertas de esculturas y jeroglíficos, ni vastas galerías destinadas á sepultura de señores y magnates. La traza ó estructura de La Plata tiene analogía con las ciudades nuevas de los Estados Unidos, que Jouveaux dice que rivalizan con los centros más importantes de la moderna Inglaterra. «Se cree asistir, agrega, á una escena de *Las mil y una noches* cuando se ve á Chicago, la reina del Oeste, salir de la tierra como por encanto, con

sus iglesias, sus universidades, su comercio y su orden político».

Tanto el Gobierno que fundó La Plata, como la Administración que ha continuado con perseverancia tan magna empresa, se han hecho acreedores á la gratitud de los hijos de Buenos Aires. La más brillante página de la historia de La Plata corresponderá, indudablemente, al doctor don Dardo Rocha. No es difícil concebir un proyecto grandioso; pero excede á las condiciones comunes del hombre la facultad de abarcar las grandes líneas, sin descuidar los pequeños detalles, y la persistencia para dominar las contrariedades y llegar con aliento á la meta suspirada. Cuando apenas estaba delineada la ciudad, y precedidos por el Cura, revestido con los ornamentos del caso, volvían los altos funcionarios y los empleados vestidos de gala, caminando sobre terrones y raíces recién arrancadas, de colocar alguna piedra fundamental, maravillábanse los presentes viendo á Rocha señalar con el aplomo del convencimiento algún sitio, y oyéndole decir: «Ahí está la Catedral, la casa de Gobierno, la Legislatura, ó el Banco». Cierto día alguno recordó la heroína de la mejor novela de Octavio Feuillet, que convencida firmemente de que su noble padre no podía haberla engañado al asegurarle que correspondía á sus descendientes un caudal que otros poseían, litigaba con

la seguridad de vencer y de emplear el beneficio que le produjera el pleito en la erección de un templo gótico, que daba por hecho, y en cuyo plano mejoraba todos los días una cornisa, un rosetón ó un ventanal. La fe ciega, absoluta, avasalladora, constituye una fuerza de cuya eficacia imponderable, en el orden material, responde la ciudad que contemplamos en este momento. El ideal de La Plata se ha incorporado á las cosas reales, como el sueño de la Armórica.

Tres capillas, la de San Ponciano, de estilo gótico, y las de San Benjamín y los Corazones Unidos, han precedido á la magnífica Catedral, calculada para contener entre sus muros quince mil personas. El arquitecto Benoit, ha dado á la planta la forma de la cruz latina, prefiriendo á los demás el estilo ojival, que empezando en la primer Cruzada, alcanzó el mayor grado de desenvolvimiento al iniciarse la última. Produce asombro la montaña de ladrillos que domina el sitio en que deben lanzarse al aire sus torres afiligranadas. Cautiva también el aspecto severo del palacio de los tribunales, cuyo exterior concuerda con la fachada del Louvre; arranca involuntario aplauso la sencillez elegante del Departamento de Escuelas, con su soberbia escalera de mármol de Carrara; el airoso pórtico de la legislatura trae á la memoria los tumultos populares en las gradas del

foro romano; la Municipalidad parece la gran casa de la ciudad, donde los buenos vecinos, familiarmente reunidos, se afanan por conseguir la moralidad, la salud y el ornato de la población. El palacio de Gobierno, con el frontispicio sostenido por columnas de mármoles de colores; los Ministerios de Gobierno y de Hacienda, rodeados de jardines, con sus galerías y vestíbulos cubiertos; los Bancos Provincial é Hipotecario, con los techos cuajados de artesonados, las paredes pintadas primorosamente, los pisos formados de maderas preciosas y las estatuas de blanquísimo mármol; el Departamento de Ingenieros, la Policía, y hasta el arco de entrada del «Parque Buenos Aires», copiado del que para el teatro de la Opera de París dibujó Garnier, son monumentos dignos de figurar entre los mejores de París y Londres.

La ley autorizando una emisión de cincuenta millones de pesos moneda corriente, destinada para préstamos á los empleados que quisieran edificar, ha producido benéficos resultados, aumentando considerablemente la población y la edificación de La Plata. También ha influído en el aspecto general de la ciudad, la introducción y construcción de casas para obreros. La cuestión de alojar bien al pueblo ha merecido estudios serios en los pueblos sajones, principalmente en Inglaterra. «El pueblo se educa mal, escribe Castro y Serrano, porque vive

mal. Démosle una casa sola para vivir; aislemos los sexos y los estados; separemos las familias en busca de emulación; procuremos la salubridad acercando las viviendas, calentándolas en la estación fría, surtiéndolas de aguas sanas; corrijamos las costumbres estableciendo la independencia en los servicios domésticos; que la cocina esté lejos del dormitorio, que la habitación de los padres no sea la de los hijos, que el lavadero no esté á la intemperie, que el secador facilite la ocasión de lavar la ropa». Mucho de esto ha conseguido en La Plata la iniciativa oficial.

Desde luego se ha suministrado al pueblo agua buena y barata, tomada de pozos semisurgentes, desusados en la República Argentina. Solamente aquellos que no se dan cuenta de que las naciones tienen infancia como los hombres, tachan á la antigüedad hasta de haberse divorciado del agua. Moisés dió de beber al pueblo hebreo sediento, y, obedeciendo á divina inspiración, mandóle que usara el agua para purificar el cuerpo de inmundicias. Menés, el fundador de Menfis, la circundó de un lago que se comunicaba con el Nilo.

El trenvía que ya recorre toda la ciudad de La Plata, y que no tardará en llegar á Tolosa y la Ensenada, construído por el progresista ciudadano don Manuel Jiménez, nos acercará á los Mercados, el Teatro, el Museo, la Biblio-

teca, el Observatorio Astronómico y el Parque «Buenos Aires», que cobijará con sus árboles á los que estudien las capas inferiores de la tierra y observen las capas superiores de la atmósfera. Sentimos no divisar, siquiera á la distancia, el Hospital «Melchor Romero». El nombre de esa caritativa casa compendia una historia terrible y una lección ejemplar. Melchor Romero fué, si no estamos equivocados, condiscípulo del fundador de La Plata. Dado á la carrera del foro, tomó momentáneamente las armas, y se distinguió en los combates del Paraguay, lo mismo que en las lides de la Universidad de Buenos Aires. Regresando por tierra de Chile, donde residía una parte de su parentela, después de haber dado palabra de matrimonio á una señorita que lo llora todavía, contrajo el cólera y murió abandonado, porque el temor de la peste suele borrar en el corazón de los hombres el sentimiento de la caridad. Como homenaje á la simpática memoria de ese mozo, y como castigo al egoísmo humano, lleva su nombre el Hospital de La Plata, que mantiene abiertas constantemente las puertas á los desgraciados que se acerquen pidiendo, antes que todo, un poco de agua, y después una cama en que echarse á descansar ó á morir.

Vamos al puerto, que ya nos esperan fuera del hotel, todo lo contrario que impacientes, con la cabeza gacha y tan flacos que ni las vacas

magras de la Biblia, los jamelgos enganchados á un carruaje de alquiler. Como bajo una mala capa suele ocultarse un buen bebedor, esas pobres bestias que nacieron y morirán en los bañados, muestran en los pantanos de la Ensenada unos bríos y una inteligencia que no se sospecharían ni en los caballos criados con los mimos del pesebre y la diaria ración de cebada y alfalfa.

Un camino, cubierto antes de substancias calcáreas, y empedrado hoy según el sistema de trotadoras, conocido desde tiempo remoto con el nombre de «Blanco», conduce sin esfuerzo á la Ensenada, demostrando en el país en que la escasez de las vías de comunicación prolonga el estado de pobreza de las poblaciones, privadas de movilizar sus productos naturales, por qué fueron grandes materialmente en la antigüedad Grecia y Roma. Las tribulaciones del espíritu y la tortura de los huesos empezaron al acercarnos á las calles del pueblo de la Ensenada de Barragán. Durante la dominación ibérica fué el puerto de esta población como un apostadero de la estación naval española en el Río de la Plata, defendido por una batería formada de plataforma, troneras y taludes groseros y de poca consistencia, á pesar de que todavía existen rastros de ellos. La Ensenada tiene algo que contar á los que la frecuentan ahora de paso para el puerto de La Plata. Apercibido el Mar-

qués de Sobremonte en 1806 del peligro de un desembarque de fuerzas inglesas en estas costas, mandó á Liniers á la Ensenada con fuerzas de mar y tierra. Sir Home Popham desprendió, en efecto, algunos buques del Cabo de Buena Esperanza, conduciendo tropas á las órdenes del general Berresford. Liniers, firme en su puesto de honor, rechazó las naves que intentaron reconocer el fondeadero de la Ensenada, obligando al enemigo á seguir aguas arriba, hasta anclar frente á Quilmes. La Ensenada puede, pues, vanagloriarse de haber sido la primera población argentina que notificó al mundo, con la voz de sus cañones, la resolución nacional de no soportar ningún yugo extranjero.

Como uno de los principales fundamentos para establecer la capital de la Provincia en los terrenos elevados de la Ensenada fué la facilidad de mejorar y ensanchar el puerto, preocupóse el Gobierno de llevar á cabo, en el menor tiempo posible, las obras necesarias para conseguirlo. Buscóse en Holanda el ingeniero capaz de poner en práctica los proyectos concebidos. La naturaleza especialísima del país nombrado ha contribuído á formar entre los holandeses excelentes ingenieros hidráulicos. Surcada la Holanda por canales, que en el invierno se convierten en caminos de hielo, puede observarse con asombro que la mayor parte de ellos están

elevados sobre el suelo y encajonados entre fuertes diques de mampostería y sillería. Provincias enteras, como Groningue y Frisia, ocupan un nivel más bajo que el del mar, y están protegidas también de sus caprichos y enojos por diques colosales.

Recomendados al ingeniero Waldorp, y á los contratistas de las obras del puerto, Lavalle y Medici, nos detuvimos, antes de saludar al primero, en el puente provisorio echado sobre el canal del Oeste. Desde allí contemplamos las casas de los ingenieros, los alojamientos de los peones, los depósitos de útiles y herramientas, y, sobre todo, en el agua, dragas, chatas, remolcadores, canoas, angadas, vaporcitos, banderas que el viento hacía flamear, velas plegadas en los mástiles y nombres conocidos grabados en los transportes de la empresa. Formaban contraste imponente con el silencio sepulcral de la población de la Ensenada, cuya vida parecía reconcentrada en esta extremidad, el rumor lejano de los motores de las dragas, los martillazos de los herreros que remachaban los fondos de una embarcación, los chillidos metálicos de las lanchas á vapor, la caída de los remos sobre el agua del canal, el traqueo de los carros que transportaban arena, el toque de prevención de los conductores de los trenes que arrastraban sendas toneladas de tierra, y el canto alegre de los trabajadores que se diri-

gían á los muelles de la embocadura del Plata.

Buscamos y encontramos en su despacho al ingeniero Waldorp, anciano de respetable aspecto, á la sazón rodeado de tres hijos, ingenieros como su padre. Nos pareció una figura flamenca desprendida de un cuadro de Van-Dick. Puso él á prueba la buena voluntad de sus hijos, y con guías tan excelentes, nos embarcamos en el canal del Oeste, pasamos el arroyo Ignacio, el río Santiago, la isla del mismo nombre, partida por la mitad, vimos el trabajo empezado en el lecho, el ferrocarril construído sobre faginas en la orilla izquierda, los muelles que entran en el Río de la Plata, con sus taludes de piedra, y las portentosas dragas que absorben y escupen la arena, deshaciendo y haciendo, porque al mismo tiempo que ahondan los canales, levantan, con los residuos de las excavaciones, las márgenes deprimidas y cenagosas, cubiertas de sauces, seibos y espadañas.

Las obras del puerto de La Plata son tal vez las primeras de su clase que se han emprendido abarcando desde el principio, el trabajo completo de las diversas secciones en que se dividen generalmente. Deberáse á tan notable circunstancia su terminación en el breve plazo de dos años más. Pretenden los pesimistas que la evolución política por que va á pasar el país paralizará esas obras. No creemos que el encono pueda armar el brazo del vandalismo. El puerto de La

Plata es un progreso y un beneficio que pertenecen á la nación entera, pues él no importa otra cosa que la solución del problema del puerto de Buenos Aires, ahorrando á la República considerables desembolsos.

Veamos en qué consisten las obras que acabamos de visitar. Un gran dique de mil ciento cuarenta y cinco metros de largo, por ciento cuarenta de ancho en el fondo, tiene á uno y otro lado los muelles de carga y descarga. Comunícase este mismo dique con el Río de la Plata, por medio de un canal de siete mil setecientos cincuenta metros de longitud. Este canal está dividido en tres partes, que son: el canal exterior en el Río de La Plata, protegido en ambos lados por muelles con escolleras de piedra; el canal que atraviesa el terreno anegadizo de la isla Santiago, y el canal de acceso al gran dique, que cruza el espacio comprendido entre él y el río Santiago. Por medio de dos canales se refrescará el agua del mismo, siempre que se considere oportuno. Constrúyese también un dique de cabotaje, al extremo del canal del Oeste, que permitirá embarcarse en la ciudad de La Plata. El ferrocarril del Oeste, y todos los que con él empalman ó se comunican, llegarán á cargar y descargar á los costados del gran dique. Coronarán los trabajos del puerto, más que mediados á la sazón, algunos canales secundarios de desagüe, las alcantarillas y los

puentes de los ferrocarriles destinados al tráfico del puerto.

Como el día llegara á su término, tuvimos que separarnos malcontentos del puerto de La Plata. Absortos y silenciosos nos echamos en el fondo del coche, y clavamos los ojos en el parque trazado por Iraola, que parecía brindarnos su tranquilidad y su sombra para hilvanar nuestros recuerdos. Al penetrar en la ciudad, el alumbrado de los bazares, tiendas, almacenes, fondas, cafés y billares diónos cuenta clara del progreso comercial de aquel agrupamiento de veintisiete mil personas, animadas del deseo de lucrar para vivir en la abundancia.

Como es reciente el empleo de la luz eléctrica en el alumbrado de las ciudades, hase escogido el sistema de aplicación denominado Brusch, que es también el más moderno de los conocidos, para ensayarlo en todo lo que concierna al servicio. Se ha adoptado indistintamente torres y lámparas, y ahora se trata de multiplicar las primeras. De este modo, al salir de un radio iluminado, se entrará en otro, y, según dicen, desaparecerán las grandes sombras que proyectan los aparatos aislados. Calcúlase que doce ó catorce torres, con carbones que produzcan la luz de doscientas cincuenta mil velas de estearina, formarán una especie de alumbrado atmosférico. La torre colocada en el centro de la plaza de la Legislatura, mide ciento cincuenta pies de ele-

vación, y es como un faro que señala al navegante el puerto de La Plata, diez leguas antes de llegar á Buenos Aires. Pareciósuch luz espectral, fantástica, la que bañaba la ciudad al alejarnos de ella. La misma luz de azulada y pálida luna alumbra las ruinas que aparecen en el acto cuarto de *Roberto el Diablo*, pobladas de fantasmas, evocados por el llamamiento de Beltrán, y las poéticas orillas del Peneyos, encantadas por la presencia y las danzas de las nereidas, en el momento en que Mefistófeles y Fausto huellan la tierra clásica de Pericles.

Llegamos á La Plata dudando, y hemos salido soñando. Hay en ella algo de extraordinario, que no es simplemente el resultado del dinero empleado, ni de la pasión exaltada por las dificultades. Cedida la ciudad de Buenos Aires á la Nación para establecer definitivamente la capital de la República, debía compensarse de alguna manera á la Provincia la pérdida de su capital histórica. No era factible que otra ciudad fuera, de buenas á primeras, teatro de acciones tan gloriosas como las que Buenos Aires presenció en 1806, 1807, 1810; pero era posible darle una heredera directa de esa fama ya proverbial, realzada por la abnegación política, que en pocos años de incesante labor reuniera en ella todas las conquistas materiales que la civilización humana ha realizado en diez y nueve siglos de ásperos afanes. Refieren los his-

toriadores de Babilonia que la reina Amitis echó de menos un día, á pesar de la magnificencia de los palacios de las orillas del Eufrates, las montañas y los bosques de la Media que había visto y amado antes. Conmovido el soberano con el recuerdo de Amitis, mandó formarle una montaña y plantar en ella un bosque, de manera que la melancólica pudiera contemplar desde su morada el primer jardín colgante de Babilonia, enriquecido después con todas las plantas del mundo y regado por las aguas generosas del Eufrates.

Sorprende aún á los que viven en el centro de Buenos Aires la actividad de La Plata. Ese movimiento difiere completamente de la agitación de las fuerzas ciegas de la naturaleza, que allanan ó levantan la costra de la tierra. Producto de la acción fecunda de la inteligencia, trueca lo inaccesible en practicable, lo seco en húmedo, lo húmedo en seco; deprime lo que por elevado sirve de obstáculo, y eleva lo que por bajo carece de utilidad. Merced á las combinaciones admirables del ingenio y de la mecánica, derríbanse selvas, desécanse pantanos, riéganse campos, arráncanse malezas y rotúranse istmos. La energía del que dirige la labor, la abundancia del capital que se le consagra, y el trabajo perseverante del hombre que come el pan amasado con el sudor de la frente, pueden llegar hasta infundir savia á la árida arena del desierto.

Nada de lo que vemos en La Plata cuesta lágrimas ni sangre. Las Pirámides de los Faraones y los monumentos de los Incas, son pruebas irrecusables de la esclavitud secular de los pueblos orientales y americanos. La apertura del istmo de Suez y la perforación de los Alpes, han inspirado una especie de odisea del trabajo libre, que ha tenido por Homero á la humanidad entera. Heredera La Plata, lo repetimos, de las conquistas de muchas civilizaciones, carece de los inconvenientes de los pueblos fundados por los conquistadores españoles y los indígenas americanos. Amplia, con agua, con plazas, con jardines, con árboles, con sombra, con aire, con luz, no tiene tabucos, ni buhardillas, ni focos de infección, ni pudrideros humanos. Por eso, como ya hemos dicho también, es una ciudad nueva en cuanto á la forma, que por lo monumental parece antigua. Pertenece á la época en que abrimos los ojos de la inteligencia sabiendo prácticamente lo que antes se aprendía con dificultad en medio siglo de estudio. Ha comenzado con templos suntuosos, escuelas adelantadas, Bancos acreditados, industrias florecientes, teatros, circos, jardines, y alumbrada durante la noche por la luz intensa del relámpago, que de fugaz é indómita que la formó naturaleza, resulta ahora fija y obediente, domada por el hombre, que la ha detenido en su marcha imponderable á través del espacio. Si la sorpresa que

el progreso extraordinario de La Plata causa en el ánimo de quien, por medio de la lectura y la narración, está familiarizado con él, es grande, calculemos la maravilla que la vista de ese cuadro inesperado producirá en el visitante desprevenido ó recién llegado á estas playas, é imaginémonos, sobre todo, la pavura que se apoderaría del medianero de don José ó de don Martín Iraola, ausente muchos años del pago, al divisar de noche y á la distancia, las luces de la ciudad, y tropezar después con una casa donde estaba el palenque, y con un palacio soberbio donde se erguía á duras penas el rancho humilde que habitaba.

Si La Plata no fuera la demostración tangible, monumental, de las proezas realizadas por la ciencia, la industria y el arte contemporáneos, aunados á la inquebrantable voluntad de un patriota, parecería, descrita por un hombre imaginativo, la ciudad entrevista, como en sueños, por una mente exaltada por la monomanía de las grandezas. En los países septentrionales del otro continente, motivaría una fabulosa tradición, que referiría á las generaciones venideras que los genios del progreso construyeron en ella, durante la noche, los palacios que, durante el día, trazaron los genios de la poesía meridional!

EL TEATRO ARGENTINO

Hace veintitrés años que pasábamos una mañana por delante del Teatro Argentino, situado en la calle de Cangallo esquina á la de Reconquista. Las puertas casi desquiciadas franqueaban el paso á los obreros que entraban y salían, á los carreteros que descargaban maderas y á los curiosos que iban á echar una mirada sobre los palcos y escenario, testigos de muchas glorias artísticas, de la felicidad de muchos corazones, de las conquistas de muchas mujeres, de actos propios de una casa de locos y de la barbarie de la más degradante de todas las tiranías. La vista de aquel edificio arruinado, nos inspiró la contemplación que se había apoderado de un negro, con la cabeza emblanquecida por el tiempo, que sentía bullir los

recuerdos en la memoria. Entramos al local en que se agrupaban los trabajadores, desgarrando los papeles de los muros, desclavando las cornisas bamboleantes y limpiando las galerías cubiertas de escombros.

Cada jirón de papel que caía á la platea, representaba una gloria ó una ignominia de nuestra historia. En el primero, salpicado de flores azules, vimos un despojo de *La Pata de Cabra*, representada, después de la caída de Rosas, por la compañía española de Torres; en el segundo, rojo, se nos reprodujo la sangre derramada en Buenos Aires por los sicarios del tirano de catorce pueblos; en el tercero, casi borrado por la acción del tiempo, contemplamos los colores del cielo americano y de la bandera argentina, orgullosa de las victorias de la Independencia.

El recuerdo de las alegrías de nuestros abuelos y la memoria de los grandes días de nuestros padres, hablaron á nuestra alma con esas voces solemnes que vienen del pasado, y que deslizándose como un soplo de vida, por entre los sepulcros, animan el polvo de los muertos y los acontecimientos en que fueron actores.

Todas las historias que habíamos oído referir, todos los detalles que sobre aquel edificio habíamos recogido de labios de los ancianos, acudieron como si los hubiéramos evocado.

Cuenta la tradición que corría el año 1804 y

gobernaba á Buenos Aires el Virrey del Pino, cuando se abrieron los cimientos del *Teatro Provisional de Comedias*, conocido después por Teatro Argentino. Debiéronle dar el título de provisional, por estar construyendo entonces el Cabildo, en el sitio ocupado actualmente por el Teatro de Colón, el denominado *Coliseo*. Existía, al parecer, en la misma época, en la calle de la Reconquista, entre las ahora llamadas General Lavalle y Tucumán, otro teatro de escasa importancia, con el techo de cañas y cueros alquitranados. El terreno ocupado por el Teatro Provisional, había sido ocupado por un Café de nombradía, que sirvió de centro social á los comerciantes españoles. Construyeron el nuevo teatro el alarife Segismundo y el carpintero Zelaya.

Á pesar de que la crónica no ha tenido la prolijidad de consignar el género de la función de estreno, se supone que debió ser dramática y de aficionados. Cinco arañas de hoja de lata formaban el alumbrado del teatro. Las velas de estas arañas, de sebo, por más señas, se espabilaban en los intermedios, y, según se cuenta, en las noches de verano, vertían, sobre la cabeza de los espectadores, sendas gotas de sebo fundido por el calor de la atmósfera y de las llamas.

No hemos encontrado persona viviente que nos diga si las victorias de 1806 y 1807 fueron

festejadas en el Teatro Argentino. Sabemos, á ciencia cierta, que en 1812 trabajó en él una compañía de que era primer galán Ambrosio Morante, primera dama Josefa Salinas, y característico Juan Diez, padres de una Matilde que no era la Diez, esposa de Romea, ni otra Diez posterior, que los españoles distinguían de la primera, llamándola Matilde Once. El fruto de bendición de nuestros Diez, ha dejado buen recuerdo en Buenos Aires.

En el mismo año, 1812, cantóse, quizás por los mismos artistas, una especie de ópera titulada: *El fanático por la música*. Ésta, á no dudarlo, ha sido la primer obra musical de alguna importancia representada en Buenos Aires.

Sucesivamente fueron llegando actores de España, sin que mejoraran las condiciones materiales del Teatro Argentino. Por Cuaresma, bajábase el cielo-raso, para darle dos ó tres manos de blanco, y las funciones se anunciaban con carteles que pintaba el decorador del teatro, colocados entre ramas de sauce, que se traían del bajo de la Recoleta, y se sujetaban á los postes de las esquinas escogidas para fijar esos avisos. El pintor reproducía alguna de las escenas más sentimentales del drama, y ponía mucho bermellón en las heridas de las víctimas. Con la sangre que se les suponía en las venas, habríase podido formar ríos caudalosos.

Dióse en 1814 un gran baile en el Argentino, celebrando la toma de Montevideo, y, si no estamos equivocados, en 1816 trabajaron en él Culebras, Vique, y el inolvidable actor cómico Felipe David. El entusiasmo bullicioso que este artista despertó, no llegó, como después, hasta despedazar las sólidas lunetas del Teatro Argentino.

Celebróse en el mismo local la victoria de Chacabuco, representándose una tragedia, *La Victoria de Maratón*, traducida por el doctor don Bernardo Vélez Gutiérrez. Precedió este espectáculo á *El Convidado de Piedra*, puesto en escena dos años más tarde, y transformado después en el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla.

El año 1821 registra en nuestros anales artísticos los triunfos del renombrado primer galán Casacuberta, bordador antes que actor, fallecido en Chile, durante la época de la emigración argentina, á causa de las emociones violentas que experimentó, representando *Los seis grados del crimen*. Poseyó talento, buena figura, modales distinguidos, voz poderosa, y fué apto para todos los géneros. Pasaba fácilmente del drama á la tragedia, de la comedia al sainete, y cantaba tonadillas y bailaba danzas españolas, satisfaciendo en todo cuanto ejecutaba las exigencias del público. En la rivalidad que le suscitó el actor español Lapuerta, que trabajó en el Teatro de la Victoria, Casacuberta resultó

vencedor. Puede decirse, sin temor de rectificación, que Casacuberta fué en Chile el primer artista de reputación que inició al público en los secretos del arte dramático.

Rosquellas, clasificado por los diarios de la época de actor, cantor y músico, trajo á Buenos Aires, de Río Janeiro, en 1823, al bufo Vaccani. Asociados á la Campomanes, la Anselmi y Viera, dieron algunos conciertos. Después, no sabemos si modificando el personal de la compañía, cantaron *La Gazza Ladra* y *El Barbero de Sevilla*. En la representación de esta ópera, tomaron parte todos los cantores de las iglesias de Buenos Aires, que entonces tenían coro. Vaccani fanatizó al público. Los supervivientes que le oyeron cantar *El Barbero*, lo echan de menos cuando ahora asisten á la representación de la incomparable partitura de Rossini. Muchos ancianos abandonan la estufa y la tertulia cuando se canta *El Barbero*, en recuerdo de tiempos mejores, y, sobre todo, de Vaccani.

Las malas condiciones del Teatro Argentino continuaban en esa época. «Es preciso advertir, decía un diario, que todavía el teatro carece de los medios de obscurecerse cuando la escena lo exige, que aun se alumbra con velas que ofuscan la vista, y que los jardines no han cambiado su cielo de oro y carmesí».

Casi contemporáneamente cantaron en el

Argentino las hermanas Tanni, conocidas por las Angelitas, y bailó en su proscenio la señorita Anselmi, sin complacer al público, á estar á una publicación de la época, que se expresaba de esta manera: «Dafne, escapando de Apolo, sólo levanta la pierna por detrás, para manifestar que huye, y no como apuntando con un fusil». Agradaron más Tousaint y su esposa, Cañarte y su hija, bailarines los cuatro, llegados poco después que la Anselmi.

Un nuevo actor, apellidado Cossio, reforzó la compañía del Argentino, consiguiendo aplausos en *Carlos Eduardo*, *La Reconciliación*, *El Café* y *El Sí de las Niñas* de Moratín.

De la restauración de 1824 salió ganando el local un vestíbulo de que carecía, mejora que apreciaron mucho los concurrentes á las comedias de aficionados, con que, un año después, fueron favorecidas las viudas de Ituzaingó. Asociáronse con el mismo fin que los argentinos, pero trabajando separadamente, franceses, ingleses é italianos. Los argentinos dieron la tragedia *Apio Claudio*, tomando parte en la ejecución el eminente poeta Juan Cruz Varela.

El drama formó hasta 1831 el espectáculo permanente del Argentino. Posteriormente empezaron á llegar de Italia cantantes como la Merea y la Ida Edelvira, que, á estar á los contemporáneos, imitaban todas las aves canoras.

El prestidigitador Herr Alexander entorpeció breve tiempo el entusiasmo lírico.

Comenzaban los espectáculos teatrales en la época de Rosas, con las proclamas llamadas federales de orden, que consistían en vivar á la Federación y en pedir la muerte de los salvajes unitarios. Se refiere que los personajes hebreos de unos cuadros plásticos representando la Pasión del Salvador, tuvieron que llevar sobre la túnica nazarena la divisa roja del Restaurador de las Leyes.

Á principios ó fines de 1854 ó 1855, tuvo el Argentino un momento de esplendor: Talberg, hasta ahora no superado por los pianistas que nos han visitado, lo escogió para sus conciertos. Después de la inolvidable temporada de la Biscacianti, el actor español Torres lo refaccionó, dando, con éxito incalculable, la comedia de magia *La Pata de Cabra*, durante toda la temporada de 1856.

Á estos recuerdos de cuya exactitud no respondemos, como tampoco de las omisiones propias de las memorias débiles, hay que agregar que en épocas anteriores, caído ya Rosas, la Sociedad de Beneficencia distribuía en el Argentino los premios anuales á las escuelas, como también los que dedica cada doce meses á las virtudes domésticas. Después de la representación de *La Pata de Cabra*, cuando esa fiesta se celebraba en alguno de los otros teatros, el

Argentino presenció exhibiciones de fieras, luchas romanas, cuadros vivos y hasta conciertos de locos. La compañía de bufos parisienses de D'Hote y las empresas de los primeros bailes de máscara cancaneros, no dieron mucho á ganar á la reputación del Argentino, restaurado otra vez en 1864.

El teatro en que se celebró en efigie el funeral del General Urquiza, cantándose entre otras coplas:

Al loco renegado
Cobarde y sin honor
De espinas coronemos
Por bajo y por traidor.
Llevémosle coronas
De tunas á su sien,
Coronas, sí,
De tunas á su sien;

en que tantos de los miembros de nuestra generación adquirieron las primeras nociones artísticas, despidióse de Buenos Aires, antes que el pico del obrero le demoliese y la especulación le convirtiera en un pasaje de escritorios, con el acontecimiento dramático más grande que haya presenciado la América: la Ristori trabajó en el Argentino.

Cuna del arte embrionario al alborear el siglo, el pobre coliseo sirvió de escuela á nuestros artistas nacionales, de escenario á nuestros poetas, de punto de reunión agradable á nuestros

padres, en las grandes solemnidades de la patria. Por eso la última vez que los diarios anunciaron la restauración del ruinoso edificio, los contemporáneos, por oídas ó por vistas, recordaron las asechanzas que el Dios ciego tendió á algunos, que ya duermen el sueño eterno, en aquella cazuela, llamada por Varela la Siberia de las mujeres; las envidias provocadas por las peinetas primorosamente caladas de Mengana, las ambiciones suscitadas por los riquísimos vestidos de seda española de Zutana; los triunfos de Rosquellas, las glorias de Vaccani, la tonadilla y el entremés del gracejo, el clavo de la barra del telón que levantó el vestido á una de las coristas de *La Gazza Ladra*, el bastidor que derrengó una noche al inspirado intérprete de Rossini; los nombres de la Samaniego, la Pacheco, la Guevara, Culebras, Velarde, Casacuberta, David, Cordero; las representaciones de *Los hijos de Eduardo, El Café, El médico á palos*, y otras circunstancias y otros detalles, empañados, por no decir empolvados, en el archivo de la memoria.

Cronistas de ocasión, pero consecuentes con el amor que profesamos á las tradiciones, las ruinas y las tumbas, nos inclinamos respetuosamente ante la memoria, porque no existe ya siquiera el polvo del viejo monumento. Nos comprenderán muchos ancianos y pocos de los que comenzamos á encanecer, trayendo á cuenta

las fiestas teatrales en honor de Mayo, que empezaban quemado el último cohete de los fuegos artificiales de la Plaza de la Victoria. En el Teatro Argentino nos dimos cuenta de por qué se escucha de pie, con la cabeza descubierta, el Himno Nacional. Volvemos á inclinarnos ante este otro recuerdo del tiempo que fué la mejor estación de nuestra vida, próxima ahora al otoño. Vayan nuestras páginas, volando como las primeras hojas secas, á llamar á los cristales de las bibliotecas americanas. Si algún verdadero cronista las recoge, sírvanle para preparar el terreno en que debe brotar lozana la historia del Teatro Nacional.

EL 25 DE MAYO ANTIGUO

Nos referimos á la época de Rosas.

Muy niños todavía, no acertábamos á darnos cuenta cabal de la tiranía que pesaba sobre la República. Sin embargo, el terror, como el bienestar, se difunden en la atmósfera. Parece que las lágrimas evaporadas, formaran una niebla impalpable y apenas perceptible por el espíritu.

Alguna conversación pillada á hurtadillas, y el respeto exagerado á la policía, que para los niños de nuestra época resumía el derecho y la fuerza del Estado, mesuraban el vuelo de las imaginaciones infantiles, sabiendo que en las fiestas mayas, debíamos tropezar á cada momento con los agentes de esa autoridad omnímoda.

Pero á pesar de todo, los públicos regocijos de esos días solicitaban nuestra curiosidad, picada por las reminiscencias del pasado, entre las cuales figuraba la opinión de una pariente realista, que habiendo visto meter al zaguán de la cárcel unos transparentes, que representaban las virtudes cardinales, y que el viento había derribado en la Plaza, repetía todos los años que la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza estaban presas en Buenos Aires.

Vestidos con la ropa de gala, salíamos de casa á mediodía, y llegábamos casi marcados á la plaza de la Victoria, porque en aquella época se conservaba en pie todavía la buena costumbre de no ventear mucho á los niños, y de no dejarlos discurrir de cuenta propia por las calles de la ciudad.

En el trayecto recorrido, como en todas direcciones, no se veía una sola casa en que no flameara la bandera blanca y roja, con que se había sustituído, por orden superior, la azul y blanca de Belgrano.

Encontrábamos las bocacalles de la Plaza interceptadas por jinetes campesinos, engalanados á su manera, que venían á presenciar los festejos.

El adorno consistía en arquerías, templetes, banderas y gallardetes, y los demás atractivos en la consabida rifa de cedulillas, las calecitas para los niños que iban acompañados, los

rompecabezas para las criaturas que iban de su cuenta, y la cucaña para los marineros, que subían á ella, con arena en los bolsillos, para neutralizar el efecto del jabón, ávidos de conseguir la muda de ropa colocada como premio en la extremidad del mástil.

El pavimento estaba cubierto, literalmente, de cáscaras de naranja y de papelitos blancos de la rifa. Los ángulos y el centro de la Plaza, eran los sitios preferidos de las negras expendedoras de pasteles con miel, y de los negros vendedores de tortas y roscas de maíz.

Llamábannos mucho la atención los pesados trenes de la artillería, arrastrados por mulas, el Batallón de Restauradores, formado de africanos y de descendientes de esa raza, los tambores mayores, negros y blancos, con sus delantales delante, y los gastadores con los instrumentos de zapa al hombro, barbas postizas y morriones de pelo.

Á la sazón, el frontispicio de la Catedral y el Coliseo estaban á medio concluir uno y á medio empezar otro. Cubiertas de verdín las columnas de la primera y habitados los capiteles por centenares de palomas, lo que más blanqueaba en aquella fábrica era las plumas de sus aladas ocupantes.

Recostados á esas columnas, debajo de cuyo pórtico era prohibido el tránsito, los pirotécnicos disponían los fuegos artificiales. La pieza

principal representaba, generalmente, la torre de Babel.

Penetrábase á la Catedral por la puerta traviesa. La lista civil y militar, con los miembros de la Cámara de Justicia, de calzón corto, y el Cuerpo Diplómatico, de veinte mil alfileres, ocupaban la nave del centro.

En esa época los empleados públicos se guardaban bien de no acompañar á las ceremonias religiosas al Delegado del Gobernador, como sucede ahora, en que se ve, con frecuencia, que el Presidente de la República entra á la Catedral seguido de cuatro gatos.

Cantábase un *Te-Deum* en acción de gracias al cielo por el beneficio de la Independencia, y ocupaba el púlpito un orador sagrado, y refería las hazañas de nuestros antepasados.

Terminada la función de iglesia, desfilaban las tropas, debiendo, de retirada á sus cuarteles, pasar, indefectiblemente, por delante de la casa de Rosas, las más de las veces cerrada á piedra y lodo.

Apenas anochecía, se retiraban las banderas de las puertas y ventanas, y se encendían las luminarias, que consistían en faroles amarrados á las rejas ó en candelabros colocados tras de los cristales de las ventanas. El alumbrado de la Plaza consistía en farolillos de hoja de lata, vasos de colores, y candilejos dispuestos en forma de pirámides.

A las ocho en punto, aparecía la concurrencia oficial en los balcones del Cabildo y de la Policía, y se incendiaban las baterías de fuegos de artificio. La abundancia de voladores y buscapiés, que ocasionaban muchas desgracias, estaba en relación con el exceso del humo de la pólvora y del carbón, que llegaba hasta entoldar una buena parte del cielo.

Con el último cohete se dispersaba el concurso, tomando la mayoría el camino de sus habitaciones, y la minoría el de los teatros de la Victoria y Argentino. En el primero cantaba la Merea, y Monteverde suplía á alguna sacerdotisa de Irminsul acatarrada, y en el segundo don Pascual Ruiz ó Telémaco González, después de las *proclamas federales de orden*, representaban algún drama patriótico, como, por ejemplo, *Pelayo* ó *Guzmán el Bueno*.

Después de caído Rosas, se restableció la antigua costumbre, jamás olvidada por algunos patriotas de pelo en pecho, de ir á la Plaza de la Victoria á presenciar la salida del *sol de mayo*, y escuchar el Himno Nacional cantado por las Escuelas Públicas, en variedad de tonos y acompañado por la banda militar designada por la Superioridad. Era de ver el efecto producido por los primeros fríos en los Preceptores, á pesar de sus guantes y de sus bufandas de lana, tejidas en casa, y sobre todo en los niños, atestiguado por la humedad del suelo que pisaban.

Terminada aquella desafinada, pero conmovedora ceremonia, la Municipalidad obsequiaba á los alumnos de las Escuelas con alguna bebida caliente, que se les servía en el Café del Plata. Las sillas, color de canario, del vetusto establecimiento, quedaban como si hubieran pasado la noche á cielo raso.

Los adornos de la Plaza corrieron parejas con los anteriores, salvo los transparentes que mejoraron en cuanto á leyendas. También se improvisaban, con los niños de ciertos Colegios, algunas danzas, que, ejecutadas en la Plaza, se repetían en el teatro de la Victoria, después de alguna loa patriótica, ó en un entreacto de *Las Cartas del Conde Duque*, seguidas de *¡Un bofetón y soy dichosa!* comedia y pieza en que Alvara García, Eulogio Zemborain y Modesto Vázquez hacían primores, á juzgar por el buen humor que producían.

Torres, director de la primera Compañía Española que trajo don José Colodro, puso en escena, en seguida, alegorías patrióticas, en que su ingenio de pintor escénico y el Himno Nacional que las finalizaba, hacían el gasto.

En el año 1854 presenciamos el primer ensayo de iluminación á gas, intentado por M. Jaunet, valiéndose de una usina, improvisada en el patio lateral de la Catedral; y poco más ó menos en ese tiempo, el de luz eléctrica, practicado por don Juan Etchepareborda. Excede á toda

ponderación la novedad que produjeron esas tentativas.

La nueva generación aventaja á la nuestra, en que nació conociendo prácticamente todo lo que para sus padres fué, durante largo tiempo, embrión ó teoría.

El ensayo de M. Jaunet, que tenía por objeto iluminar la Pirámide solamente, no dió el resultado que se esperaba, pero fué la amenaza de muerte á la iluminación pública de aceite de patas.

Aun cuando la celebración del aniversario del 25 de Mayo de 1810 que recordamos, no pudiera competir en entusiasmo y brillo con las fiestas que describía Hidalgo por boca de Chano, ella excedía, en concurrencia y júbilo patriótico, á la que ahora presenciamos, sin duda porque el elemento nacional empieza á ser absorbido por la masa inmigrante.

Las rifas de todas las Sociedades de Caridad establecidas en el país, no han introducido ningún entretenimiento capaz de atraer al público, á quien otras veces arrastraron los ejercicios gimnásticos de los acróbatas, que trabajaban al aire libre, contratados ex profeso por la Municipalidad.

Si se exceptúa la función de gala del teatro de Colón, nada, nada hay que preocupe la atención general en los días de Mayo, merecedores de festejos y demostraciones de ardiente entusiasmo.

Corría el año de 1869, cuando, por primera vez, salimos del país con rumbo al extranjero.

Empleados en la Legación de Chile, nos tocó celebrar el glorioso aniversario en la ciudad de Quillota y en casa de nuestro compatriota Sarratea, donde él había reunido á Frías, Ocampo, Beeche, Villanueva, Portal, Viera y Ortiz, restos de la emigración argentina. En la mañana del mismo día, publicamos en *El Ferro-carril,* de Santiago, un artículo que condensaba el pensamiento íntimo de todos los que, entre flores, banderas y músicas, transportados en espíritu á la patria, vieron brillar en el cielo batido por el temporal de la tiranía, el arco iris mensajero de bonanza.

A los postres del banquete, interrumpidos por los acordes del Himno Argentino, ejecutado por la banda militar de Quillota, enviada por el Gobernador, Clark anunció, al llegarle el turno de brindar, que ya era una realidad el proyecto de extender un hilo eléctrico al través de los Andes.

Los cohetes y las luces de Bengala de los fuegos artificiales, preparados en el jardín, coronaron dignamente las palabras del iniciador de esa hermosa empresa.

Á las once de la noche recorríamos la Plaza de Quillota, alumbrada por una luna pálida y velada de rato en rato, coordinando las emociones de aquel día, en que nos dimos cuenta de lo

que importa para el viajero y el desterrado, un aniversario nacional pasado en tierra extraña.

No pudimos dormir en toda la noche, escuchando con el oído de la memoria el eco solemne de Frías, la palabra impetuosa de Sarratea, el concepto afectuoso de Ocampo, la frase chispeante de Ortiz, y el discurso meditado de Villanueva. El alba nos sorprendió desvelados.

El nuevo día nos guardaba otras emociones: íbamos á ver el mar, después de muchos meses de residencia en una ciudad mediterránea, y á estrechar por primera vez la mano á parientes desconocidos residentes en Valparaíso.

El murmullo de las olas del Pacífico, predominando sobre el ruido del tren, nos sorprendió en las inmediaciones de «Viña del Mar».

Creímos escuchar los acentos de las olas del Atlántico, en cuyas orillas hemos nacido, y con ellos el rumor tumultuoso de las ciudades del Plata, en ese momento á la mitad de la tarea diaria, cuando el afán crece, movidos la inteligencia y el brazo por la esperanza de que la tarea rinda más que en las anteriores veinticuatro horas.

Con el corazón dilatado por el ambiente marino, penetramos en la casa de los deudos que nos aguardaban.

Desde la hospitalidad hasta el pan, todo nos pareció argentino; y volviendo á pensar en la fiesta de Quillota, tornamos á dirigir el pensa-

miento á la patria y al pasado, recordando los aniversarios nacionales que celebramos en la infancia, con esa prolijidad de detalles que algunas veces pone en juego la memoria.

Antes de buscar y encontrar el reposo de que necesitábamos, apuntamos en la cartera la crónica quillotana, para enviarla á uno de los principales diarios de Buenos Aires.

De esos borrones sacamos estas líneas, que tienen por objeto consignar, de cualesquier manera, bien ó mal, una creencia que abrigamos.

¡Decae el vigor de la fibra patriótica y se debilita la originalidad del carácter nacional, cuando los pueblos contemplan indiferentes el aniversario de su gloriosa independencia!

EL ÚLTIMO AMOR DE BEETHOVEN

Porque acabamos de leer el minucioso estudio sobre la vida de Beethoven de Víctor Wilder, podemos rectificar con la biografía la fantasía poética.

«Beethoven, dice Emilio Castelar, sólo tenía una pasión, su amor. Y la mujer amada é ingrata se casó con otro. La idea del suicidio cruzó por el poeta germánico. Cuando tuvo seguridad de su desgracia, dióse á correr por los campos, cayó en el barro, recibió la humedad del suelo, el frío de la noche, y se levantó sin vida en el cuerpo y sin esperanza en el alma».

El amor de Dios, de la naturaleza y del arte, precedieron al infortunio á que se refiere el escritor español, y mal se aviene con la deses-

peración de que se le supone poseído en el último tiempo de su vida, la abjuración pública que hizo de sus errores deístas para morir en el seno de la religión católica en que había nacido.

Mucha parte de las desconfianzas que molestaban á sus conocidos y de la rústica brutalidad con que los trataba el que después había de escribir el *Fidelio* y la *Novena Sinfonía*, fué atribuída á su sordera y á las molestias que le causaban sus hermanos.

«Él, cuenta Wilder, refiriéndose al principio de su carrera, vivía á cielo raso y buscaba con predilección las sombras animadas de los bosques. Sin preocuparse de los caprichos de la estación, apenas se levantaba, huía de la atmósfera pesada de la alcoba, sus pulmones necesitaban respirar aire libre, y sus ojos contemplar vastos horizontes». Durante el sitio de Viena por las tropas francesas en 1809, el mayor sufrimiento de Beethoven consistió en tener que encerrarse en la ciudad, cuando desde la adolescencia se había acostumbrado á vivir casi en el campo.

Recién en ese mismo año empezó el maestro á compartir su existencia entre el amor del arte y el amor de una mujer, que no fué, por cierto, la ingrata de Castelar, pues el cariño de Bettina le hizo olvidar del desvío de Teresa.

Hasta entonces, él no había amado de corazón sino á la música.

Terminadas sus relaciones con Teresa Malfatti, Beethoven quedó sumergido en el dolor, por el triste desenlace de esa hermosa novela de su vida. «¡Pobre Beethoven, escribía á un amigo, ya no hay felicidad para ti en este mundo: sólo en las regiones del ideal, puedes encontrar la dicha y la paz!» En el primer desengaño de su corazón, no fué la idea del suicidio la que cruzó por la mente del maestro germánico, sino el ideal artístico, en cuyo seno encontró refugio y consuelo.

Una tarde, pasado algún tiempo, hallábase Beethoven contemplando el manuscrito de un *liéder* que acababa de componer. De pronto siente sobre los hombros la presión de dos manos, y vuélvese airado contra el importuno que venía á interrumpir el sonambulismo del genio, que, como tregua al penar, acariciábalo en ese momento. El rayo de los ojos cayó á sus pies, como saeta mal dirigida, al encontrarse con una graciosa y desconocida joven que le sonreía con la familiaridad de una antigua amiga.

Acercósele al oído (la maga sabía que era sordo), y le dijo con voz vibrante y encantadora: «Me llamo Bettina Brentano». Bastaron estas palabras para establecer entre los dos la más completa familiaridad. La gracia acababa de matar al desengaño.

Sin alzarse, Beethoven tomó de la mano á

Bettina y atrayéndola hacia sí le respondió: «Acabo de componer un *liéder*. ¿Queréis que os lo cante?» Sin esperar la contestación, Beethoven comenzó á cantar con voz fuerte y ruda la conmovedora melodía inspirada en los célebres versos de Goethe: «Conocéis el país donde florece el limonero».

Dirigióse al terminar otra vez á la joven para preguntarle si le había gustado el *liéder*. Bettina, dominada por la emoción, le contestó afirmativamente con la cabeza. Entonces Beethoven volvió á cantarlo, y observando, al desvanecerse la última nota, que las mejillas de aquella mujer habían tomado el color sonrosado de la fiebre, exclamó: «¡Sois de linaje de artistas! El verdadero artista no llora atraído por lo bello, pero se siente inflamado por el entusiasmo». Bettina había conquistado al maestro.

Después de esta entrevista, encontramos á Beethoven en la casa del hermano de la heroína, riendo como en los días felices de su vida, cuando, al lado de sus amigos, daba expansión á la parte cómica de su espíritu, casi siempre oprimida por el peso de la miseria y del dolor. Terminado el banquete, buscó á Bettina para reanudar el hilo de oro de una dulce conversación interrumpida.

En la *Correspondencia de Goethe con un niño,* encuéntrase la carta que la joven escribió al poeta alemán con motivo de esa velada.

Comienza de esta manera: «Cuando vi por primera vez á aquel de quien quiero hablaros, el universo entero desapareció ante mi vista. Beethoven ha conseguido que me olvide de todo el mundo, y hasta de ti, ¡oh Goethe!» Y agregaba más adelante: «A partir del primer día de nuestra amistad, él viene á verme diariamente, aun cuando yo no le devuelvo las visitas. Por hablar con Beethoven he despreciado las reuniones y abandonado teatros y museos».

Bettina parecía destinada á cicatrizar las heridas que el amor había causado al inmortal compositor. ¡Ay! ella fué médico y verdugo...

Goethe respondió á la carta de su amiga con su acostumbrada gravedad. «Habéis, le decía, echado mano valerosamente de todas vuestras fuerzas para darme idea exacta de tan noble como grande espíritu. He experimentado una verdadera satisfacción al ver levantarse ante mi vista la fiel imagen de un hombre de genio». Y después añadía, refiriéndose á la posibilidad de conocerlo: «Tendría entonces oportunidad de escucharle é instruirme con su conversación. En cuanto á que Beethoven aprenda algo de mí, sería pretencioso suponerlo. A él le guía su gran talento, y los resplandores de su genio le muestran todo en plena luz, mientras que los demás nos encontramos rodeados de sombras y tinieblas, y apenas si sabemos por dónde despuntará la aurora».

El idilio de Bettina va á terminar, para dar principio al drama de Beethoven. Aun estaba fresca la tinta de Goethe, cuando Bettina abandonó á Viena. El 11 de Agosto de 1810, Beethoven le escribía estas líneas tan tiernas como los andantes de algunas de sus sinfonías: «No ha habido para mí primavera más encantadora que la de este año, porque en ella os conocí. Habéis podido convenceros, desde que lo habéis visto, que me encuentro en la sociedad como el pescado en la arena. El infortunado se revuelve sin conseguir ganar el mar, hasta que una mano bienhechora lo coge y le arroja á las olas. En parecida situación me hallaba, Bettina, cuando me sorprendisteis en aquel tiempo en que la desesperación había invadido mi alma, y se desvaneció bien pronto al resplandor de vuestra mirada, porque vos, lo he visto claro, no formáis parte de este mundo absurdo á quien jamás abriré mi corazón». Estos tristes acentos bastan para comprender el dolor de Beethoven, porque su intensidad manifiesta la vibración unísona de todas las cuerdas del alma.

Bettina iba á agregar á su apellido el de Armino. Sabíalo Beethoven en el mes de Febrero de 1811, y en su última carta, tan tierna como la primera, se lo preguntó, complaciéndose tal vez en que ella irritara con su propia mano aquella honda herida, pero sin que la desesperación con que se pretende poetizar

el infortunio del maestro, dejara entrever la afilada garra. «¿Conque os casáis, amada Bettina?» la decía. Y continuaba. «Quizás estaréis casada cuando esta carta llegue á vuestras manos. Hubiera querido antes de que se realizara ese matrimonio, veros una vez más; pero ya que no puede ser, recibid mis felicitaciones: sed feliz en vuestro estado. Después de esto ¿qué os diré de mí? Cualquiera que sea el número de los años que viva, daré gracias al Todopoderoso por cuanto feliz ó desgraciado me envíe».

La resignación, frente á frente de lo imposible, puede dar salida del pecho á una queja, pero siempre negará la entrada en el alma á la desesperación. En los primeros momentos, él buscó la alegría en las fiestas, pero alguna vez fué tan abundante su risa, que al volver á casa tenía deseos de llorar. «Esas lágrimas, en el sentir de uno de sus admiradores, consuelan su dolor y calman sus nervios. De este modo, la llaga de su corazón se cerrará poco á poco, y la inspiración volverá á arrastrarlo en el torbellino de nuevos pensamientos».

La crónica no refiere si Bettina fué infiel ó víctima de un compromiso sagrado; pero los hombres sensibles le reprocharán en todo caso el haber agregado otro desengaño á la existencia atribulada de un hombre superior, tanto más digno de consideración, cuanto era capaz

de amarla más que un espíritu vulgar, tal vez desprovisto hasta del instinto necesario para comprenderla. Las mujeres suelen amar á los grandes artistas como á los ruiseñores, por su canto, olvidando que el genio tiene un alma que no puede cambiar de dueño, cual esas brillantes avecillas que viven del grano preferido, sin cuidarse de la mano que se lo distribuye.

Al escuchar las últimas melodías de Beethoven, parece que el maestro modulara el nombre de Bettina, y es fama que entonces se destemplan las cuerdas de los violines y de los corazones. La memoria de la que no lo amó ó no supo amarlo, vivirá, entre la compasión y el reproche, el tiempo que viva, entre la admiración y el aplauso, el autor de la *Marcha Fúnebre,* porque el talento inmortaliza el bien ó el mal que le cupo en herencia, sin permitir al bien el refugio de la sombra, ni conceder al mal el asilo de la obscuridad!

NIEBLAS

Recorro el parque dando la espalda á un sol moribundo que apenas puede arrojar mi sombra sobre la hierba, quemada por el granizo que el invierno ha enviado de mensajero.

Los ánades y los cisnes del lago miran hacia arriba, como consultando las señales que indican el cambio de tiempo y de estación.

Uno que otro jazmín salpica de blanco las plantas verdinegras; una que otra dalia quiebra la monotonía de la hojarasca.

Las aves de paso que atraviesan el río buscando la orilla, se detienen, conforme llegan, en un tronco flotante, desprendido por la correntada, de las islas del Paraná.

Poco más allá de este pedazo de tierra cultivada y artificialmente ondulada, empieza la

inculta llanura, melancólica como el mar al anochecer.

Contemplo el bosquecillo de la derecha como el teatro de algún idilio ó de algún drama íntimo.

Cuando los árboles se desprenden de las hojas, parece que el alma se desprendiera también de las ilusiones.

Esas hojas marchitas que arremolina el viento otoñal, como las flores y los jirones de gasa esparcidos en el recinto del sarao, mirados á la luz del día en que pone término á un momento feliz que creíamos imperecedero, me inspiran el sentimiento melancólico que engendra en el corazón todo lo que pasa á pesar de nuestra voluntad.

Penetré en la selva, cuyos árboles enmarañados negaban paso á los últimos resplandores del día, y la marea que bañaba las plantas acuáticas me detuvo, á la manera que imprevista contrariedad desvía al hombre de un propósito.

Aspiré rápidamente el aire fresco y húmedo que corría, y desandé el camino.

El crepúsculo absorbió las imágenes de mi fantasía, truncadas como muchas de aquellas plantas despedazadas por el vendaval, sin flores y sin hojas, reproduciendo dentro de mí mismo el paisaje de invierno que empezaba á diseñarse en el lienzo de la naturaleza.

Aquel conjunto de nieblas me humedeció los ojos y la frente.

Lloraron juntas el alma y las nubes.

Del choque de dos nubes que reñían en el espacio, brotó un relámpago.

Llegóme también el eco de la contienda, formado por un trueno.

Al traspasar las puertas del parque, cruzaban sobre ellas las aves vagabundas, que se habían detenido á descansar en el tronco flotante.

Más desdichado que las aladas viajeras, sin haber reposado un momento, voy á lanzarme á lo desconocido.

Si dispusiera de las alas de las aves de paso, la voluntad y el instinto me guiarían á las regiones remotas en que reinan, al mismo tiempo, la primavera y la paz del alma!

REMEMBRANZAS

Era una rara coincidencia de sentidos delicados y de exquisitas facultades. ¡Cuánto debieron ofenderla lo doloroso, lo aciago, lo imposible, la grosería del sentimiento, la aspereza de la superficie, la desafinación del sonido! Bañada por un rayo de luz, y reclinada en jazmines recién cortados, soñóla el poeta. ¡Y cómo no había de amarla quien entre las flores prefería la flor del aire, entre las voces el eco del suspiro, entre las músicas el rumor de la noche azul de las montañas!

Una casa modesta, muebles sencillos, vajilla de peltre inspirando celos á la plata, grabados ingleses en el saloncito, en la alcoba ventanas cubiertas de enredaderas, un terrado, un jar-

dinillo, rosales floridos, cantos melodiosos en la noche, paz en la conciencia, amor en el corazón...

He ahí el hogar, el dulce hogar, iluminado en la sombra por esa luz deslumbradora que el espíritu celebra anticipadamente, como las aves cantan algunas veces, en medio de la noche, confundiendo la claridad de la luna con la primera sonrisa del sol.

«No entiendo de rumbos, decía Romeo á Julieta en el jardín de Capuleto; pero aun cuando estuviese distante como esa extensa playa que baña el remoto mar, me aventuraría en las ondas y hasta ti llegaría mi nave».

Lanzado al Océano, él bogó hacia ella, su amor sirvióle de brújula, sus ojos de estrella polar. La primavera la seguía, y cuando de lejos la contemplaba, se decía, con el amante de Verona: «¡Que no fuera yo el guante de tal mano, para acariciar tal mejilla! ¡Que no fuera yo el sueño y la paz, para estar cuando reposas en tus ojos y en tu corazón!»

Respiró aire de la mañana, percibió aroma de azahares, sintió caer sobre la cabeza hojas de glisina. Risueña como la luz que juega con el agua, bulliciosa como el pájaro al despertar, sonrosada como la faz del alba, así la vió cruzar sin dejar huella en la hierba mojada

por el rocío... La memoria de aquel instante persiste vivaz ante sus ojos, cual en el horizonte, después de hundido el sol, persiste la luz bregando con la obscuridad de la noche.

Una primavera breve y un invierno prolongado, son las dos únicas estaciones del alma... ¡Ah! si alguna nube velara su felicidad, en cualesquiera de esas dos fases de la existencia, ¡pluguiera al cielo que fuera tan leve, que ella pudiera alejarla con su abanico de rizadas plumas!

Hay perfumes cuya esencia anima en el cerebro el recuerdo de dichas pasadas y de placeres soñados. ¡Alejadle esas rosas espléndidas, dejadle sólo las espinas de su senda escabrosa, permitidle descansar en las fronteras del país en que erigiera su fantástico hogar!

Cielo obscuro, impenetrable... ¿Un relámpago? ¡Ah! sí, un recuerdo que pasó... Cielo azul, brillante... ¿Cae una estrella?... ¡No, es una esperanza que huye!

Sólo verían la luz estas quejas si ella les volviera los hermosos ojos. Pero el poeta lo ha perdido todo... La muerte custodia con su acero la entrada de su terreno paraíso... ¡Linda, Linda! ¿Por qué le has abandonado?

¿y por qué no le dejaste asirse de la orla de tu vestido? ¿por qué entraste solitaria en la región misteriosa de la eternidad?

¡Ay! ¿qué le queda al peregrino?... ¡la soledad bajo extranjera tienda, el sol fijo de la memoria en el cielo nebuloso, la aridez en los caminos, la sed de felicidad en el alma, la esperanza muerta en el pecho, y la larga noche de la orfandad, bajo cuyo manto resuena, de tiempo en tiempo, la triste serenata del trovador errante y desolado!

El murmullo de los arbustos marchitos de la montaña, no debe interrumpir el rumor de las cañas de azúcar del valle, mecidas por la brisa de los trópicos. ¡Paz á los muertos, si los muertos no reposan, y paz á los vivos, si los vivos pueden reposar!

LA REINA DE LA NOCHE

No quiero saber el nombre con que distinguen los botánicos á esta flor de cactus de la India [1]. Horrorizada tal vez de él, alguna alma poética le concedió la soberanía de las sombras. Nace envuelta en los velos de la noche, y las gasas de la aurora la sirven de mortaja. Parece que la matara la vergüenza, recordando el consejo de Laertes á Ofelia: «Empáñase la pureza de la virgen más honesta, si descubre su belleza al rayo de la luna...»

Quien dude de los amores de las plantas y las flores, no conoce la palmera de los trópicos. La mimosa de América es más impresionable que la mujer más nerviosa. Abruma el empeño de darse

[1] Cereus grandiflora.

cuenta exacta de los misterios de esas naturalezas delicadas, de sus goces y de sus dolores. Las flores jamás desmienten su origen. Unas son modestas y delicadas como si hubieran nacido en el jardín de Margarita; otras embriagadoras y voluptuosas como si hubieran sido regadas en el serrallo por la mano de la favorita del sultán. Hijas espléndidas del Mediodía éstas, pálidas hijas del Norte aquéllas, todas ocultan las espinas de la senda del hombre.

La reina de la noche parece formada de alas de mariposas blancas. Viéndola destacarse de la obscuridad del jardín, podría decirse que es una flor que acude recatadamente á la cita de otra flor. Ella trata de tapadillo, como los reyes, los casos amorosos. Sin embargo, denuncia su presencia un delicado y penetrante perfume, semejante al aroma de los cabellos de las mujeres prolijas. Tal vez la vió Mefistófeles en el jardín de Margarita, cuando le asaltó la idea de conjurar las flores para que coadyuvaran con la embriaguez de sus perfumes á consumar su influjo seductor.

Cuando pretendáis, poético lector, encontrarle una compañera á esa hija de las sombras, colocadla en el velador de la novia en la noche de sus bodas. Sorprenderála la aurora mustia como la corona de azahares de la desposada.

Semejante á la ilusión, la reina de la noche brilla y pasa. La he visto marchitarse en las pri-

meras horas del año nuevo. El vaso de cristal que la sostenía estaba rodeado de las copas del festín. ¡Así vemos marchitarse caras ilusiones en mundana fiesta, y así mueren también las dichas soñadas en el albor de un día esplendoroso.

Esa flor debe sentir, debe vivir.

La pasada noche una mano cariñosa colocó una en la mesa en que escribo. Cuando traté de echarme á descansar, quise alejarla. La coloqué en el antepecho del balcón, dejé abierta la celosía y maté la luz. Un rayo de luna penetró en la alcoba. La flor, pálida como Julieta, parecía el espíritu de una mujer enamorada, suspendido en la azulada atmósfera.

REVERIE

La luna baña la casa de María, situada en la falda de la montaña. Ha florecido su seno después que partió su esposo, y lo aguarda ostentando el fruto de su amor.

La llama de la velada lámpara y la lumbre de la chimenea, alumbran el rostro de la madre y la faz del niño. Álzase ella y acerca el hijo feliz de su feliz amor á los cristales de la ventana. Por primera vez enseña la luna al niño, y él bate sus manecitas, pretendiendo acariciar la pálida viajera de los cielos.

Apoya la madre la sien en la cabeza del gracioso niño. De esa manera Julieta habría enseñado al hijo de Romeo la luna de Italia. Sí, esa mujer bella, parece una de las bellas mujeres de Shakespeare.

La luna, como espejo del recuerdo, reproduce á la esposa la imagen lejana de aquel que en noches parecidas, caía á sus pies llamándola señora y llamándose esclavo. Empáñase el cristal porque ella ha abierto los labios.

—Mira, beso de mi amado, mira á tu padre cómo venía á encontrarme, cuando apenas eras el ángel de mis sueños.

Y el niño, al mover los brazos, parece tomar vuelo, para seguir el rumbo que le señalan la voz y los ojos de María.

—Mira, alma suya y alma mía, así, montado en fogoso caballo, atravesaba la vega, alumbrado por la luz crepuscular. Aquí le esperaban mis flores y mi amor.

Y el niño tiende los brazos á la imagen que su madre ve reflejada en el espejo del recuerdo.

—Mira, ángel mío, apura el caballo, galopa, corre, vuela, llega, echa pie á tierra, sus espuelas resuenan en el terrado, llama á los cristales con su mano, llama á mi corazón con su voz, ésa es su mano, ésa es su voz...

Y el niño abre los labios, sonríe y parece que va á hablar, cuando una sombra se interpone entre el cristal y la luna.

María da un grito, la puerta se abre, avanza un hombre, y cae ella en los brazos del caballero.

... Sobre ellos el cielo, frente á ellos las nevadas líneas de las montañas, en los labios la muda elocuencia, en el alma el amor cual el mar profundo, cual la eternidad inmenso, y como numen inspirador de sus segundas bodas, la noche rumorosa, pero prudente, coronada con las constelaciones del Sud.

EL PRIMERO Y EL ÚLTIMO BESO

Desde que la leí en el mar Pacífico, balanceado el vapor por las olas, removidas por el huracán, conservo el recuerdo de esta triste historia, que á cada momento se me caía de las manos.

Isabel, rica y huérfana, vivía al lado de María, bella y pobre. Parecían dos hermanas, porque además de amarse recíprocamente, el padre de María desempeñaba las veces de tal con Isabel.

Los jóvenes que frecuentaban la casa, preferían á la huérfana, á pesar de los encantos que prodigara la naturaleza á María. Entre los pretendientes, Jorge se hizo notar por la vehemencia de su inclinación hacia Isabel.

Una y otra amiga hablaban chanceándose de estos hombres primaverales, y María solía decir á su alegre compañera:

—Cásate pronto, porque los hombres no me mirarán mientras tú permanezcas soltera.

—Me casaré, replicaba Isabel, cuando ellos coloquen tu belleza sobre mi fortuna.

Sin embargo, las amigas empezaron á hacerse menos comunicativas, porque el dichoso Jorge había logrado hacerse simpático á ambas.

Alejada María del lado de su amiga por las instancias de una parienta que la llevó á pasar algunas semanas en un lugar de campo, el tímido amante no se atrevió á abrir su corazón á Isabel, quien, para llenar el vacío del diálogo, encomiaba siempre á su ausente compañera.

Al regresar María, aun permanecía inflexible aquella galante esfinge.

Mientras tanto, Isabel que no perdía la esperanza de que Jorge encontrara las palabras del caso, renovaba con su imaginación de hada las puras delicias del primer amor humano. La desventurada ignoraba que Jorge había llevado su pensamiento á otra parte, y que María estaba próxima á recibir una carta que terminaba así: «Os amo, y sólo pienso en la felicidad para dividirla con vos».

Isabel sintió estallar en su pecho una vio-

lenta tempestad, que pasó como las tormentas de los trópicos; y la resignación, como el iris que pone fin á la borrasca, brilló en el cielo ennegrecido.

El padre de María negábase á consentir en el enlace de su hija con Jorge, fundado en la pobreza de ambos, cuando Isabel penetró en el salón. Había oído las últimas palabras del anciano, veía las lágrimas de la niña y... «Señor, dijo sin vacilar, la mitad de mi hacienda es de mi hermana...» La negativa del padre no se hizo esperar tampoco.

Sorprendió la muerte al anciano antes de que Jorge encontrara el medio de satisfacer su voluntad, que consistía únicamente en que el prometido de María encontrara una posición holgada é independiente. Escondiéndose en la sombra, la mano tierna de Isabel le allanó el camino, y la bendición del cielo descendió sobre las frentes de María y de Jorge.

Isabel hizo edificar un pabellón inmediato al hogar de los esposos, que en pocos años ostentaba, como sus mejores flores, cuatro niños, que recordaban los espíritus alados de los grandes lienzos de la escuela española. Esos niños tuvieron dos madres. Isabel amó á Jorge quince años sin dejar traslucir el poderoso sentimiento que dominaba su corazón, tratando de disipar la menor sombra que se interpusiera entre los

esposos y de conservar al uno respecto del otro el ideal de los primeros días de sus amores.

La muerte penetró en el hogar de Jorge, y el desventurado no pudo eludirse á su porfiada solicitud. Isabel le consagró los cuidados más tiernos, pero en los breves días de esa lucha desesperada, preocupóse sin cesar de no anteponerse á María. Llegó por fin el temido momento, y la muerte consumó su victoria. La desconsolada esposa se encerró con sus hijos á llorar á su compañero: Isabel sentóse sola á la cabecera del ataúd.

Cuando las sombras de la noche enlutaron la tierra, y los cirios alumbraron la estancia con su luz melancólica, descubrió Isabel el rostro rígido y helado del muerto, contemplóle un momento, y exclamando *¡Jorge!* con voz arrancada del alma, le imprimió un beso en la frente. El silencio de la tumba tornó á producirse en torno del cadáver, é Isabel recobró la inmovilidad de una estatua sepulcral.

Algún tiempo después de muerto su esposo, María trató de contraer otras nupcias; pero Isabel la hizo comprender que la viuda de Jorge no podía ser infiel á su memoria, cambiando de nombre y desgarrando las negras vestiduras que debían servirle de mortaja. María siguió de cerca á Jorge, é Isabel reunió sus despojos en el mismo sepulcro. Constituída en madre de los

huérfanos, esperó tranquila que le llegara el turno para emprender el viaje sin retorno. Al aproximarse el momento de la partida, se le oyó pronunciar estas palabras con júbilo inmenso: *¡Al fin, Jorge!*

PLAZA ÉUSKARA

Después de la guerra que desde 1870 hasta 1876, afligió y devastó las provincias vascongadas, trece jóvenes nacidos en su amoroso regazo, se constituyeron en sociedad para contribuir, desde playas remotas, á consolidar y salvar sus legendarias instituciones. La Sociedad *Laurak Bat* nació el 13 de Mayo de 1877. Vástago del árbol de Guernica, la semilla del roble ha producido una institución vigorosa, que ha tenido ya seis Comisiones Directivas, notables en detalle por su progresista empeño, y en conjunto por el desarrollo lógico que han sabido preparar á la simpática sociedad. Establecido el centro de reunión de los vascongados, creada una biblioteca de clásicos provinciales, expresadas con manifestaciones adecuadas las alter-

nativas del país vasco-navarro, fomentada la educación de los comprovincianos, estimulando el espíritu filarmónico de los asociados, asistidos los necesitados, fundado un órgano de publicidad, faltaba introducir las danzas y los juegos éuskaros, llamados á desempeñar una misión elevada y moralizadora, asociando á los dispersos y proporcionándoles pasatiempos honestos. Bajo la administración del doctor don Toribio de Ayerza tuvieron lugar, en esta parte de América, los primeros de esos entretenimientos, saludables al alma y al cuerpo, y bajo la administración de don Antonio Apellaniz la inauguración de la Plaza Éuskara, que se abre hoy al público.

La Plaza Éuskara ocupa el área de una manzana. En el centro del frente, que mira á la calle Independencia, está la gran puerta de entrada. Frente á esta puerta, y en el centro del terreno hay un jardín y el gran palco para presenciar los espectáculos. Consta este palco de dos pisos, y de una gradería bajo el primero, que puede contener dos mil personas. La cancha de pelota dispone de una parte del costado izquierdo de la plaza: tiene el pavimento enlosado, y mide sesenta metros de largo, doce de ancho y diez de elevación. En la parte opuesta se ha designado sitio á los juegos de barra, ballesta, bochas y demás del agrado de los vascongados. Los bailes tendrán lugar en un

tablado, transportable de un punto á otro de la plaza. En el centro del jardín, y encerrado en un círculo de hierro, empieza á crecer enhiesto un retoño del árbol de Guernica, traído cuidadosamente por encargo de la sociedad *Laurak Bat*. Existe en La Plata, capital de la Provincia, otro renuevo del mismo histórico árbol, plantado por don Martín Iraola. El más moderno, apenas puede prestar sombra á las rosas que lo circundan.

En el centro de la cancha de pelota, olvidábamos decirlo, osténtase una plancha de piedra, de cuyos cuatro ángulos se destacan los escudos de las cuatro provincias vascongadas, como acompañando al árbol de Guernica que ocupa el centro. Los cuatro costados de la plaza, en la parte exterior, están plantados de árboles frutales. Aquella gran masa de plantas, como el magnífico paisaje silvestre que se domina desde el segundo piso del palco central, cortado por la capilla del Hospital San Roque, la torre de la iglesia de San José de Flórez y la propiedad de algún vecino acaudalado, le dan á la Plaza un colorido campestre, que transporta á los lugares originarios de las costumbres que vamos á ver reproducidas. El perfume de las rosas y de las hierbas olorosas, parece que trajera mensajes de la vega ó del caserío vascongado, hablando á unos de familia, á otros de amores, y á todos de patria.

La inauguración de la Plaza Éuskara, empezará con una Misa celebrada al aire libre, en un altar levantado ex profeso por la Sociedad *Laurak Bat*. En seguida se redactará el acta correspondiente, y se pondrán á nombre de la Sociedad los títulos de propiedad de la Plaza, que primitivamente fueron extendidos á don Antonio M. de Apellaniz. La personería jurídica de la Asociación nombrada, fué otorgada hace poco por el Gobierno Nacional, á solicitud de su representante legal el doctor don Francisco Ayerza. Después se bendecirá al pie del retoño del árbol de Guernica, el estandarte de la sociedad *Laurak Bat*. Inmediato al terreno de la Plaza Éuskara, hay otro, inculto, que espera la erección de una iglesia y el edificio de una escuela, que hacemos votos porque cada una de ellas sea la tarea de las dos Administraciones que sucederán á la presente.

La inauguración de la Plaza Éuskara no es un hecho desprovisto de importancia, pues, por el contrario, la tiene, y mucha, en el porvenir de los vascongados de esta parte de América. Se trata de bautizar, educar y desarrollar los hijos en la iglesia, la escuela y el campo en que sus padres empezaron á conocer á Dios, á cumplir sus deberes, á instruirse y á adquirir fuerzas morales y físicas para cumplir la ley del trabajo; y se pretende también que los adultos arrancados á las montañas del Pirineo por la

ola de la emigración, conserven intactos los principios que se les infundieron de niños, evitando en país lejano los escollos de los malos juegos y de las malas compañías. El pensamiento tiene de grande todo lo que tiene de patriarcal, y parece inspirado para que no haya aquí hijo pródigo de Vizcaya. Uno de los graves inconvenientes de la inmigración, consiste en que la mayor parte de los emigrados, como la heroína de un episodio francés contemporáneo, no sabe adónde va, siendo así que el hombre puede encontrar, como aquélla, un sujeto que yendo por el mismo camino, lo conduzca al abismo. Es difícil, arrancando de cuajo de la patria, conservar esos mil vínculos que sirven de reato al que tiene una familia que honrar. Los vascongados que vengan á este país, sabrán adónde han de dirigir sus pasos, y allí, en un rincón de la populosa ciudad, hallarán un templo, una escuela, un punto de reunión, con sus juegos sencillos como las flores de Gorbea, con sus palmeros como los de Deva, con sus trovadores inspirados por las bondades de la naturaleza en el valle de Álava, ó los horrores de las tormentas marinas de Fuenterrabía, con sus tamboriles que los llamaban á Misa y los convidaban después al baile, con sus zortzicos, que imprimían su ritmo al corazón del mancebo, con sus danzas calcadas en el pasado guerrero de una raza inconquistable, más fuerte que los robles y las

piedras de sus montañas, tan floridas en la vertiente francesa, como imponentes en la vertiente española. Y la vista de ese templo, en que se adorará al Dios que enseñara al vizcaíno á amar la patria y la libertad, al contemplar esa escuela en que se prodigará la leche y la miel de la buena doctrina, y esa plaza en que con alma sana y alegre corazón se descansará de la fatiga que pone la sal en el pan, y al descubrir el retoño floreciente del árbol tradicional, á cuya sombra, durante siglos y siglos, los reyes, los señores, los ancianos y los notables de la comarca trataron los asuntos de Euskaria, verán surgir ante sus ojos, aguados por la emoción, el monte, el campo, el caserío, el campanario y el templo que dejaran, prestando oído á los reclamos de la fortuna, que los llamaba desde este lado del Océano.

A nosotros, descendientes de españoles, que como ellos oramos al verdadero Dios en la más sonora de las lenguas, no pueden sernos indiferentes estas fiestas, estos regocijos de los vascongados, que, sin ofensa de nadie, son entre los huéspedes amigos del país, los representantes del trabajo personal, de la constancia en los propósitos, de la limpieza en los tratos; productores y consumidores á la vez, que abonan el surco con el sudor, si pobres, y derraman al paso el oro, á guisa de semilla, si ricos; pobla-

dores de desiertos, sin que haya peligro que los detenga, y enemigos de habitar las cárceles, aun cuando sea en buena compañía, porque el delito los amedrenta; con la garra del león para mover el fardo ó la encina, y el corazón de la paloma tratándose de afectos ó de infortunios al platicar de la amada que les espera al pie del rosal de su huerto, ó al recordar á la madre que está debajo de tierra en el cementerio del pueblo natal.

Sí, á nosotros, descendientes de españoles, y americanos agradecidos al contingente de fuerza moral y física que el vascongado importa á América con su persona, nos toca celebrar alborozados la gran fiesta, la fiesta trascendental, que tiene lugar á orillas del Plata.

Admiradores de esa raza viril y generosa, hemos querido recordar á nuestros paisanos tal obligación, dejando caer, mezquinas y mustias, algunas flores al pie del naciente árbol descendiente del roble de Guernica.

Hacemos votos porque él crezca como la familia vascongada, recordando también á todos los que la forman, que la Plaza Éuskara de Buenos Aires, es la plaza de cada una de sus Provincias, reproducida por el amor y la memoria de la lejana patria, y que en ese recinto deben festejarse las comunes alegrías, llorarse los dolores comunes, apagarse los odios, y dar entrada en el alma á la alegría de la sana conciencia, que

asoma al rostro de los justos, para decir á todos: «esa prenda de paz interior, distingue á los hombres de buena voluntad!» ¡Séanlo siempre los vascongados en todas las latitudes de la tierra!

EL CHIQUITO DE EIBAR

Figuraba la pelota entre el disco, la lucha y el pugilato, como el juego favorito de los griegos y de los romanos, que supieron darle formas interesantes y variadas. La pelota es el único juego atlético que no degrada la naturaleza humana, y que presupone jugadores sin malicia y espectadores sencillos y honestos. Legouvé ha consagrado en uno de sus originales discursos, varios párrafos á un partido de pelota, entre profesores y discípulos, que acababa de presenciar en un colegio de la Compañía de Jesús. Parecíale al crítico ilustre que aquel juego, inocente á la par que saludable, á que se entregaban con el mismo ardor grandes y chicos, era como uno de los medios de un plan concertado para prolongar las inclinaciones de la infancia.

Los jueces que en las plazas vascongadas dirimen sobre tablas las dificultades, evitando ejecutivamente las querellas, tienen parecido origen y fin idéntico que los que presidían los juegos olímpicos. De todas maneras impedían las supercherías para ganar el premio, y, como en el caso del ateniense Callipo, castigaban con multa hasta á los que sobornaban á sus menguados antagonistas.

Los ancianos, por lo regular, son los jueces de los juegos en las provincias de los Pirineos. Esos pueblos todavía no han renunciado á los hábitos patriarcales, y por ende puros y sencillos, que formaron y forman aún el encanto de su vida sobria, sana y fuerte. Bailan los mozos, al son del tamboril, todos los días de fiesta, hasta el anochecer. Con la primera estrella que asoma en el cielo, se entra en casa, se cena, y á la cama, que quien madruga debe acostarse temprano. A fuerza de sudar la gota gorda, de comer lo necesario para reparar las fuerzas perdidas, de dormir el tiempo preciso para descansar, y de esperar un buen trecho todos los días para verle la cara al sol de salida, los vascos han conseguido que en sus pueblos la salud sea la enfermedad de la botica.

Don Toribio de Ayerza ha sido en Buenos Aires juez vitalicio en los partidos de pelota á que asistía, que eran todos los importantes. El buen anciano desandaba imaginariamente

el camino recorrido, y volvía á contemplar el hogar, la escuela y el templo de su pueblo, y tornaba á ver brotar en la primavera los retoños de los robles y de los chopos, y á desprenderse en el invierno las hojas de los árboles del valle. Y se le aparecían los mozos y las mozas de su tiempo, ataviados todos para la fiesta, y los amigos de la infancia desfilando hacia el sepulcro; aquí la madre con el huso, allá el padre apoyado en el báculo, más adelante el cura con el breviario debajo del brazo, y á pocos pasos los jugadores que sacaban y arrestaban la pelota, convirtiendo en frontón alguno de los muros laterales del templo parroquial. Mientras los jugadores peloteaban, más de una vez don Toribio se secaba con el dorso de la mano derecha una lágrima furtiva, tributo del corazón á las memorias filiales. Cuando el juego se intrincaba ó la habilidad de alguno lo requería, nuestro viejo amigo se entregaba á la corriente, dejando entonces de contemplar lo pasado. Su entusiasmo no reconocía límites en esos momentos. Si él hubiera conocido al Chiquito de Eibar, después de algunos de sus famosos partidos, le habría apretado la mano, hasta hacerlo llorar. La primera vez que pisamos la Plaza Éuskara, después de fallecido don Toribio, buscamos maquinalmente su asiento y su persona en el tribunal que llamaba al orden á algún jugador impaciente; que ponía punto final á la primera

frase de una disputa; que metía en sus casillas al vocinglero, cuya actitud contrastaba con el continente pacífico de Sarrasqueta y Arrizala, no obstante haber nacido ambos en Eibar, pueblo que no produce otra cosa que armas renombradas. Reputamos muy merecido el homenaje que sus paisanos se preparan á rendir á la memoria de don Toribio, colocando su busto, vaciado en bronce, sobre la piedra conmemorativa de la fundación de la Plaza Éuskara. Para los que conocen las costumbres vascongadas, y están al cabo de la significación social de las plazas consagradas á sus diversiones nacionales, ese es el lugar que le corresponde, cabe el retoño del roble de Guernica, que él trasplantara á América, como copia fiel del árbol genealógico de las instituciones peculiares del privilegiado lugar de España dominado por las cumbres de los Pirineos.

La tarde á que vamos á referirnos presentábase el Chiquito por segunda vez ante este público, que no tenía conciencia formada sobre el mérito real del hábil jugador, porque, el día de su estreno, no le había sido posible desplegar su fuerza ni su destreza, tanto se las habían limitado, buscando el contrapeso en el partido organizado. Dijéronnos que el sobrenombre del jugador emanaba de que habiendo sobrepasado, imberbe todavía, al cura del lugar, afamadísimo en la materia, la gente reunida había

exclamado entre admiraciones: «¡el Chiquito! ¡el Chiquito!» El tiempo no era propicio. Reinaba una temperatura caliginosa, que contrastaba con la relativamente templada que en el estío prevalece en los pueblos vascongados, porque soplaba ese viento nordeste, sofocante y polvoriento, que enardece y ensucia cuanto toca, semejante en todo al impetuoso maestral del mediodía de Francia. A pesar de que las nubes parecían montañas de vellones de camellos, próximas á esparcirse en todas direcciones, los aficionados se agrupaban en los palcos y graderías, contándose entre ellos el cura de una parroquia de campo lejana, y un vasco que acababa de llegar del «Cristiano», expresamente á conocer al Chiquito, y que había escanciado en su vaso más de tres litros de cidra, encabezada para la travesía del mar, aditamento que despertaba en él los instintos filarmónicos, impulsándole á entonar desapiadadamente los aires nacionales de su repertorio.

Nosotros, que no mirábamos al Chiquito con ojos criollos ni peninsulares, porque la habilidad no es cuestión de país determinado, le encontramos simpático á primera vista. De actitud modesta y reposada, no se le advierte, mientras juega, ni el alarde del vencedor ni el despecho del vencido. El título de *invencible*, que él no se ha dado, le sorprendió, por primera vez, al pisar la ciudad de Buenos Aires, vién-

dolo impreso en los carteles, fijados en las esquinas, anunciando su estreno. El Chiquito posee, como los buenos militares, el secreto de la estrategia. Apenas empieza el partido, mide las fuerzas de los contrarios y sorprende sus intenciones. Él sabe, desde que cogen la pelota para sacar, el trayecto que ella va á recorrer y dónde picará. Resentíase aún el día á que nos referimos, de cierta debilidad, ocasionada por las penurias del viaje, y el pago del tributo natural á la aclimatación. A pesar de esa flaqueza, vímosle convertir la pala con que jugaba en taco, y el espacio en una gran mesa de billar.

La tormenta ennegrecía el cielo, y amenazaba más que al principiar la tarde. Parecía que las ráfagas de viento apaciguaban los nervios del Chiquito, á la vez que exaltaban los de uno de los mozos fornidos que le disputaban la palma. El primero empezó á dar señales de fatiga, y el segundo á redoblar los bríos. Arreciaba, mientras tanto, el viento, y la Plaza se llenaba de polvo, hojas secas y papeles. Aventájanle los contrarios al Chiquito, rómpesele la pala, alcánzanle otra, y se produce un altercado sobre el punto que gana. El Chiquito resuelve perderlo para ahorrar discusiones, y el juego continúa de manera de inspirar desconfianza á los admiradores noveles de su destreza. Llegó por fin el viento de la pampa en forma de vendaval, y se suspendió momentáneamente el partido.

Centenares de celemines de polvo cubrieron el pavimento de la Plaza, absorbiendo los concurrentes cuantos puñados pusieron al alcance de bocas y narices las ráfagas de viento. Veíanse como al través de una niebla sucia las quintas, los jardines y los árboles de los alrededores. Apenas se disipó un poco la polvareda, varios chiquillos, provistos de escobas, empezaron á barrer y amontonar la tierra tamizada. Poco se hicieron esperar los jugadores. El Chiquito igualó á sus contrarios, y el partido fué elevado veinte tantos más. Recién entonces pudo verse lo que valía el Chiquito con sus saques admirables y sus pelotas cortadas, que los competidores devolvían con dificultad, produciéndoles cierta desmoralización, apreciable para los observadores inteligentes. Cuando la atmósfera recobraba del todo la diafanidad y se disipaba completamente el velo que cubría los edificios y las plantas, los últimos rayos del sol poniente alumbraron el triunfo del Chiquito, ni agitado por el esfuerzo, ni radiante á pesar de los aplausos estruendosos con que el público le saludaba desde el palco y la gradería.

Al retirarnos de aquel espectáculo de origen romano, elevado á la categoría de costumbre vascongada, involuntariamente pensábamos en los juegos atléticos del Circo y en las fiestas dominicales de los Pirineos. El polvo acumulado en los ángulos de la Plaza, parecíanos la arena

hollada por los gladiadores, y el olor á campo humedecido por el riego de alguna nube volandera, que se aspiraba con la brisa vespertina, nos recordaba las vegas perfumadas y silenciosas del Chiquito, en hora semejante perturbadas por el canto melancólico de los zortcicos y la música monótona de los tamboriles vascongados.

EL CONVITE DE BARRIENTOS[1]

Tengo un amigo, ex atarugador de ruedas de carreta, que viviendo holgadamente con los ahorros del oficio y los productos de una estanzuela, incurre, de algún tiempo á esta parte, en la manía de convidar á cuantos puede á comer con su familia, que pone por las nubes, particularizándose con el mayor de los hijos, cursante de filosofía en uno de los colegios más caros de la capital, circunstancia que constituye para el silvestre padre la mejor recomendación de ese establecimiento. Como fundadamente lo temía, Barrientos no dejó mi nombre en el tintero. Pero como es posible que lo suponga quien alguna vez haya sido convidado á comer hasta

[1] A Sansón Carrasco.

reventar, eludí cuanto pude aquella especie de martirio gastronómico. Unas veces pretexté enfermedades, otras compromisos anteriores, el lunes el cumpleaños de un hermano, el martes un paseo en bote; pero agotado al fin el caudal de las excusas falsas y verdaderas tuve que bajar la cabeza y ascender á la casa de Barrientos, que habita el último piso de uno de esos edificios nuevos, estrechos, húmedos, construídos con una palada de cal y seis de arena para sacar mucha renta empleando poco capital en el casco. Subí la escalera, y al pisar el último peldaño, tropecé con una puerta que golpeé con los nudillos. Llamar y abalanzarse por la parte interior un mastín formidable, obra fué de un abrir y cerrar de ojos. Prevenido por los ladridos del can, acudió Barrientos, quien, á juzgar por los gruñidos de la bestia, empezó á bregar con ella por apaciguarla. Al fin giró la puerta, el perro pasó por entre sus piernas, yo abrí las mías en forma de arco ojival, y el cuadrúpedo se lanzó á la calle saltando los escalones de cuatro en cuatro. Pálido como una gallina pelada, y la cosa no era para menos, pues había estado á punto de bajar de un solo tranco la escalera, estreché la mano de Barrientos, quien me dijo á quema ropa que extrañaba mucho aquel ímpetu de *Turco*, pues era un perro mansísimo que compartía el tiempo entre el afecto que él le inspiraba y las travesuras callejeras. Poco tiempo

debía pasar el mastín fuera de casa, pues en el saloncito se percibía ese tufo especial de los perros lanudos. Arrellanada ya en el sofá, erizado de púas, la esposa de Barrientos, mujer hacendosa si las hay, preocupada de la hedentina, á pesar de que estábamos en Enero, mandó un muchacho, descalzo por más señas, á colocar debajo de aquel mueble una caja de soda, que desempeñaba las veces de zahumador, arrojando en blancas espirales el humo de algunas narigadas de alhucema y benjuí, que apenas se amalgamó con las exhalaciones del perro, consiguiendo más que disiparlas, hacerme toser convulsivamente.

Barrientos me pareció displicente, como quien acaba de dormir la siesta, con los ojos del color de la luna de sequía y enramados de rojo como huevo próximo á empollarse. Él me había prometido tres sorpresas, que consistían en la elocuencia del primogénito, en una jota aragonesa que cantaba la segunda de sus hijas, y en un guiso de *chinchulines* con pasas de uva, preparado por la cocinera ña Ramona, tan lista en achaques culinarios como en la tarea de propagar honradamente la especie. Mientras tanto, levantéme del asiento é hice una escala en el clavicordio, que tenía la mitad de las cuerdas cortadas, simulando las patas de un cientopiés mayúsculo. Ardía en el ángulo izquierdo una lamparilla de aceite delante de un cuadro de la

Virgen de Luján, colocado sobre una cómoda antigua, con su respectivo espejo partido en dos. Decíame Barrientos que aquella ofrenda constante tenía por objeto conseguir de la Virgen que le golpeara el codo á un deudor agarrado, cuando resonaron pasos extraños en la escalera.

Acudió á abrir la gente mínima de la casa, y penetró muy orondo el lanudo *Turco*. Al verme departiendo amigablemente con su amo, me puso encima las patas delanteras y me pasó la lengua por la cara. Limpiábame todavía el rostro y los pantalones, cuando se me encaramaba el menor de los Barrientos, y mientras parecía que iba á arrancarme la cadena del reloj, pedía á su padre á gritos un peso que ña Ramona necesitaba para cominos. En pos del Benjamín de la familia, apareció en la escena el mayorazgo con un in folio en la mano derecha, con los ojos clavados en el libro y caminando á paso lento. Casi al tropezar conmigo se detuvo, cerró el volumen, y pasadas las generales sobre el calor reinante, me provocó, sin ton ni son, un debate sobre el filósofo Balmes, que en su concepto era un retrógrado de tomo y lomo. El padre, á quien el chico consumía mensualmente el producto de muchos *tarugos*, escuchábalo con la boca abierta de par en par, y yo con la más desenfrenada tentación de arremeterle á pescozones. Me contuvo la mano la reflexión de que

el idiotismo del mozalvete podía ser el resultado de alguna petrificación orgánica de la masa cerebral, semejante á la de la corbina. Presentóse por fin la niña, de cuya primorosa educación se hacía lenguas Barrientos en las fondas que frecuentaba. Vestida estrafalariamente, empolvadas la cara y las vecindades, parecía oler algo desagradable, á juzgar por la expresión de repugnancia de su fisonomía. Pidióle el enorgullecido autor de sus días que cantara la *Jota de los Toreros*, que le había prestado el pasado Carnaval uno de los mozos de la *Salamanca Primitiva*, y se negó sin andarse con remilgues. Hablóle el buen papá de la promesa que le había hecho el año anterior de obedecerle, y la niña le respondió categóricamente que «si le había ofrecido eso y mucho más fué porque la dejara de moler», «porque, agregó, estabas muy mamado». Barrientos soltó el trapo á reir, diciéndome que, «en efecto, uno de los días de Carnaval había salido á recorrer el corso en un carro de mudanzas, vestido de mono, y que regresó á casa muy achispado, provocando, como era natural, la broma de las muchachas, que son el mismo diablo».

El llanto sobre el difunto, fuí presentado á la *patrona,* como llamaba Barrientos á su esposa, paisana cuarentona, muy emperejilada, que meneaba los ojos de arriba á abajo y viceversa, como las muñecas mecánicas. La diligente ama

de casa me participó que acababa de sacar del horno unos pasteles amasados á la criolla, que estaban provocando el apetito de la mayor de sus niñas, enferma de hambre canina, á quien tenían que vigilar constantemente porque no dejaba títere con cabeza en el comedor, ó, mejor dicho, bocado en las fuentes. El perfume á asado de parrilla que se desprendía de todo el cuerpo de la interlocutora, demostraba á la nariz que en efecto era colaboradora activa de ña Ramona. Un estrépito que partía de la cocina, interrumpió el discurso de la buena señora. Apenas dirigíamos los ojos hacia el teatro de los sucesos, presentábase Benjamín á avisar que Raimunda se había comido los pasteles. Barrientos hízose el sordo á las demandas de justicia que se dejaron oir, y yo bendije el hambre canina de la muchacha, que me libraba de no sé qué formidable combinación de engrudo, pasas de uva y picadillo de huevos duros. Apenas me llegaba la camisa al cuerpo, porque había empezado á percibir en el comedor ruido de cristales. Al fin apareció, como evocado, el consabido famulillo, trayendo una bandeja con copas y un porrón de ginebra de Holanda.

Iba á catar aquel líquido transparente, que demuestra que bajo una buena capa puede ocultarse una mala bebida, cuando por la única puerta que comunicaba la casa con la calle, asomó un hombrecillo retacón, al parecer mili-

tar retirado del servicio, cuya calva manaba coñac terciado con sudor. Maravillado de mis ascos, el recién llegado dirigióse sin cumplimientos á la bandeja, y apenas sorbió el contenido de una de las copas, estalló en la sala una especie de ciclón alcohólico, cayendo el bebedor en una silla jadeante y espumando. La señora no se alarmó ni mucho ni poco, porque dijo que «siempre le pasaba eso á su compadre, hasta que se le asentaba la bebida». Dos copas más había apurado el capitán al penetrar en la sala doña Salomé Cienfuegos, viuda entrada en carnes pero activísima, que nunca faltaba en los burcos de los Barrientos, quienes en tales casos delegaban en ella la tarea de coscorronear á los niños y á los muchachos que desempeñaban las veces de sirvientes. Pisándole el ruedo del vestido, llegó una pariente pobre de Barrientos, tan celosa de no parecer interesada en disfrutar de aquellas fiestas, que siempre «pagaba el piso», trayendo envuelto en el pañuelo de narices algún plato, que contenía este ó el otro bodrio en salsa espesa, ó alguna dulcera rellena de estas ó las otras frutas en almíbar chirle. Á las voces de ¡el poeta! ¡el poeta! Benjamín que regresaba del almacén, precedió á un individuo ni flaco ni gordo, ni joven ni viejo, que miraba todo, viniera ó no viniera á pelo, con ojos picarescos. Como la sombra sigue al cuerpo, tras del poeta apareció un genovés proveedor de

comestibles de la familia Barrientos, que era admitido en estas festividades, porque se hacía preceder de dos damajuanas de lo tinto, ó sea de una tisana aguardentosa de pasas de Mendoza y palo campeche. Los amos de casa suponíanle primo por cuevas de Cristóbal Colón. Parece que el filósofo había arraigado esta creencia en la familia, después de un estudio detenido de la estampa del almacenero y de un retrato iluminado del célebre descubridor, que pendía de las paredes de la peluquería inmediata.

Doña Eduvigis nos pidió permiso para ir á echar un vistazo al comedor, que yo miraba de rabo de ojo, como si en él fueran á cargarme de dinamita y á prenderme fuego. Al regresar con las amigas que la habían acompañado, díjome con aire, entre chusco y serio, que todas se habían sacado el corsé previendo el aumento de volumen. El anfitrión, aligerado de la levita, invitó á los demás de su sexo á imitarlo, mereciendo por ello, de parte del pariente de Colón, un aplauso prolongado, que colmó la medida del entusiasmo del capitán, que ya se había desabotonado la casaca de paño azul, dejando descubierta la pechera de una camisa amarillenta y húmeda, y á la vista los tiradores deshilachados por el uso y descoloridos por la transpiración. Á la voz de «¡á comer hasta reventar!» nos dirigimos al comedor, donde encontramos á la patrona explicando á doña Salomé el origen

de cierto olorcillo, producido por las visitas á hurtadillas de un gatazo de la vecindad, con ojos de brujo, que parecía un zorrino.

Bien merece la mesa una mirada á vuelo de pájaro. Sobre un mantel flamante, ni lavado ni dobladillado, agrupábase en desorden la descabalada vajilla, representando por la variedad de formas, dibujos y colores, una reunión popular cosmopolita. Los cubiertos, de diferentes épocas, menas y calidades, traían á la memoria el armamento de la Guardia Nacional Pasiva, llamada á patrullar las ciudades en los días de revolución. En cada extremo de la mesa erguía el apoplético cuello un botellón de vidrio, con tres litros, cuando menos, del menjunje llamado vino. ¿Y el agua?... cuando llueva, que hace dos meses que no cae una gota. Barrientos, como cierto profesor alemán, puede, hablando de sus propiedades, afirmar que «en algunas partes dicen que se bebe». «El agua cría ranas en la barriga», repite su mujer cuando le hablan del precioso líquido. Al pie de los ya citados botellones, estaban los saleros, llenos de sal gruesa y negruzca, á medio moler con el fondo de las tazas de café. Exceptuada una copa de Burdeos, colocada delante de mi plato, no vi en la mesa sino esos vasitos que sirven de bebedero á los pájaros.

Consistía la comida en sopa de fideos con salchichas, chorizos cocidos, mondongo, *chinchu-*

lines con pasas de uva, sábalo frito, lechón adornado con perejil y banderitas de sardinas, asado de vaca, vino del consabido á discreción, duraznos de las islas, arroz en leche, mazamorra con canela y dulce de orejones con clavo. La señora de los pescozones empezó á servir los platos, y los colmaba tanto que el sirvientito pringaba á todos al aproximarlos, descuido que le valía, cuando conseguía pescarlo doña Salomé, tan crueles pellizcos, que el desventurado, á pesar de las lágrimas que le velaban los ojos, veía las estrellas como por telescopio. El capitán, haciéndose el gracioso, sacaba un bocado de todos los platos que circulaban al alcance de su mano; el poeta requebraba á la convidada que pagaba el piso; el filósofo disertaba contra el orgullo de un pariente cercano, que no lo saludaba cuando pasaba por delante de sus balcones, en un coche con cortinas amarillas, alquilado en la plaza de la Concepción; la señorita cantatriz tiraba, de cuando en cuando, pelotillas á Benjamín, que engullía á dos carrillos y dejaba caer parte de lo que masticaba cuando le parecía ó no le gustaba el bocado; el genovés no acababa de aliñar una ensalada cruda de tomates y cebollas; la enferma de hambre canina devoraba los promontorios de comestibles que le acercaban, y después pedía las fuentes para rebañarlas con el pan; Barrientos no cesaba de atosigarme

con las viandas, y cuando ya no podía más me decía que el guisote malhadado había sido condimentado por alguno de los presentes, ó me suplicaba que no le desairara el plato.

Mediada la mesa, trabáronse en disputa el militar y el almacenero sobre la superioridad de los criollos sobre los gringos, y habría acabado el pleito á capazos si Barrientos no hubiera propuesto un brindis en honor de la autora del guiso de *chinchulines* con pasas de uva. El poeta, un tanto excitado por el producto de tintorería alcoholizado que había escanciado sin consideración, fué más allá y propuso que se presentara la parda. Levantóse la joven famélica y arrastró de la mano, hasta la puerta del comedor, á la malhadada inventora de aquel bodrio de fueguinos. Recogido el pringado delantal, dejó ver que estaba de meses mayores. Despeinada y en alpargatas, ña Ramona bajó la cabeza, recibió humildemente los aplausos y bebió avergonzada el vaso que le presentó el militar. Comenzaba á cumplirse por mi parte el programa de «comer hasta reventar», pues á cada momento estallaba el hilo de algún botón del chaleco de piqué blanco que llevaba, salpicado á la sazón de grasa y vino. Barrientos no se ocupaba del servicio de las servilletas, que los menos escrupulosos de sus convidados suplían con el revés de la mano ó la miga del pan criollo.

Doña Salomé rompió relaciones y hostilidades con el muchacho que servía la mesa, porque le escatimaba el vino. Como yo era todo oídos, escuché que le decía que «aflojara no más, porque cuando Barrientos comía en casa de la beligerante, tenía el vino tan á sus anchas que se retiraba *mamado*». El capitán, en punto de caramelo, por un quítame allá esas pajas, calificó de *cajetilla* al colegial, y le prometió, echando fuego por los ojos, hacerle comer mazamorra de dientes. Barrientos, al oir nombrar la mazamorra, recordó que debajo de la cama matrimonial yacía escondida una fuente de ese precioso cocimiento de maíz pisado y leche gorda con azúcar, salvada á duras penas de la cuchara devastadora de la enferma de hambre canina. Puede el lector, sin echarla de corto, suponer el espanto con que vi levantar la colcha de indiana de la cama, y aparecer, en buena compañía con otra pieza de loza blanca, la fuente que contenía el codiciado tesoro. Como el dueño de casa empezara á soltar vapor, no se hicieron de pencas los convidados y comenzamos á oir, sin darnos por entendidos, detonaciones que estallaban á la altura de los bigotes del capitán, del comerciante y del poeta. Llególes por fin el turno á los duraznos, y apenas mondados, cada cual pasó un bocado en tenedor á la joven cantatriz. La Barrientos, que devoraba como un león africano, hizo una seña á su

marido, y el advertido esposo sacó al punto de debajo de su silla dos botellas de vino, llamado de postre, y una de coñac para encabezar el café. Los humos de estos líquidos acabaron de condensar los nubarrones del incendio general. Como es de práctica en tales trances, invité á la dueña de casa á beber una copa, y por mayoría de votos declaró la reunión «que no se estilaba hacerlo en seco», lo cual significaba que el hacerlo en mojado consistía en pronunciar un brindis. Habiendo formulado incontinenti la renuncia de la palabra, concedieron, *motu proprio*, mi personería al poeta, que se hacía el distraído, ofreciendo á la vecina una rosa marchita. Don Fausto no tuvo más remedio que asegurar que él no improvisaba sino «en los días de santo». Replicáronle al instante que hiciera de cuenta que cumplía años Barrientos y «se dejara de andar con aquí la puse». El apaleador de las Musas se levantó, dirigió los ojos como buscando, quién sabe dónde, la inspiración que siempre le volvía la espalda, y dijo:

En este día no puede
Muda mi lengua quedar,
Porque tengo que brindar
A vuestra salud, señor.
Que Dios os dé larga vida.
Mucha paz, felices años,
Y mate los desengaños
Con las flechas del amor!

Apenas extinguido el eco fragoroso de los aplausos, cuando todavía no se había sentado el poeta, Benjamín, con voz calculada para que se oyera de lejos, observó que el brindis de don Faustino era el mismo que había echado el año anterior el día del santo de su papá. Y como si alguno le hubiera enseñado que papelito canta, sacó del bolsillo del pantalón uno sucio y muy arrugado en que lo tenía escrito, agregando, para mayor claridad, que su padre se lo había hecho estudiar de memoria en obsequio mío, pero que al ver entrar al poeta, que no estaba convidado, le había prohibido que me proclamara al terminar la mesa. A la pobre madre, que se deshacía en señas para imponer silencio al condenado, un sudor se le iba y otro se le venía; el buen padre parecía un escuerzo próximo á reventar de rabia; la convidada que pagaba el piso se puso del color del pimentón; la enferma de hambre canina, aprovechándose de la confusión, arremetió á los orejones en almíbar; Colombo empezó á tararear un paso de ataque; el capitán bebió de dos sorbos un vaso bien colmado; don Faustino miró la hora en su reloj de plata, y la viuda que pellizcaba al sirvientillo al empezar la comida, aplicóle á Benjamín una sonora bofetada.

El niño tomó la calle por suya huyendo de la quema. Mientras tanto, *Turco* roía un hueso debajo de la mesa, y soltaba, al mismo tiempo

que trituraba el caracú, pulgas y pulgas. No habiendo podido disimular que me rascaba, díjome la Barrientos: «las habrá traído V....» Repuestos del asombro, todos encomiaron la precocidad del niño fabulista; pero Barrientos, que había recuperado la entereza, levantóse, descolgó del pasador de la puerta del dormitorio un rebenque de lonja, y enseñándoselo á los presentes, juró «aplicarle al bandido una buena untura de cuero de vaca».

Un líquido con el sobrenombre de café, servido en tazas grandes de la misma loza de ciertos tiestos que desempeñan el papel de sustitutos de macetas en los jardines de las orillas, sirvió de pretexto á los circunstantes para entrar en dimes y diretes con el coñac, que, si no me equivoco, era de aquella célebre marca de los tres leones colorados, que parece una infusión de uñas de gato. Los criollos con el tabaco brasilero aventado, y el genovés con el cigarro de la paja, me obligaron á seguir los pasos de las señoras que habían abandonado el comedor.

Mayor desaguisado me aguardaba en el saloncito de Barrientos. Rosita, mientras su mamá y amigas ensalzaban la comida y lamentaban la travesura de Benjamín, comenzó á hacer escalas en el piano, y á reducir el brindis de *Lucrecia* á la condición modesta del que acababa de pronunciar don Faustino. Estimulada por las palmadas que resonaban en el comedor, la

malvada cantó la *Jota de los Toreros*, como para matar por la oreja. Rosa es un monstruo de desafinación.

Cariacontecido, ahito, fatigado, pedí permiso para retirarme. Los Barrientos no hicieron lugar á mi fundada solicitud, suplicándome que me quedara otro poquito, siquiera hasta que se marcharan los demás, que empezaban á desfilar dando las gracias y dejando recados á ña Ramona. El último de los convidados que salió fué el capitán, llevando, según dijo la viuda, «el peludo de la cola». Barrientos, que no soltaba el rebenque, me repitió que podía honrar su casa y su mesa cuando me diera la gana. Viéndome en son de marcha, la señora de los cogotazos me pidió que la acompañara hasta las inmediaciones de la «esquina de la Yegua», donde habitaba. Tenía miedo de que el militar la siguiera. Barrientos bajó la escalera con nosotros. Al llegar á la puerta de la calle, encontramos á Benjamín sentado en el umbral y silbando la *milonga*. El padre, ejecutor implacable de su propia sentencia, le tomó la delantera, y descargándole un feroz rebencazo, lo arrió, escalera arriba, menudeándole los golpes, y repitiendo al zurrarlo, de trecho en trecho, con voz entrecortada: «volve, bandido, á meter la pata en la conversación de los mayores».

Momentos después de separarnos del umbral de Barrientos, tropezamos con el enemigo de

Balmes, que arrojaba á grandes bocanadas el humo de una tagarnina hamburguesa. Detuvo nuestra pesada marcha para contarnos que había salido á aguaitar al capitán Lucero, con la intención de pedirle cuenta del calificativo de cajetilla y de la pública amenaza de sacarle los dientes de un revés. «Felizmente, agregó, apercibido de que le esperaba, ha tomado otro camino el hijo de Baco y ahijado de Marte». Alejóse el mozalvete y torné á remolcar á la viuda, que se iba sentando, de cuarto en cuarto de hora, en los umbrales, para tomar resuello y descargar la tierra que embarcaba en los zapatos. Daba las doce el regulador de la ciudad, al llegar á la plaza de la Victoria, reflexionando sobre el tiempo y el dinero malgastado por los Barrientos, á quienes el espíritu de imitación convierte su modesta y honrada casa en fábrica de indigestiones y apoplejías. Pero todo lo que llevo referido habría sido tortas y pan pintado, si el portero de mi alojamiento, desconociéndome la voz y tomándola entre sueños por la de un pariente que acaba de morir en el Ferrol, no se hubiera negado á abrirme la puerta, conjurándome á que, ánima en pena, volviera al sitio de donde había salido, en la seguridad de que en cuanto amaneciera daría de limosna á un pobre los cuartos que me adeudaba al embarcarse para América. Después de valerme de los tacos de los botines, y hasta de un adoquín de

la calle para batir la puerta, penetré en mi habitación descompuesto físicamente por los guisotes y descompaginado moralmente por la cólera. Desde aquella noche inolvidable, no he pisado la calle. El amor del prójimo me obliga á desconocer, hasta cierto punto, los fueros de la amistad. ¡En nombre de aquel cristiano sentimiento, participo á los favorecidos por Barrientos, que la Muerte se ha instalado en la cocina de su casa, tiznada con el hollín de las cacerolas y encarnada en la terrible ña Ramona!

FRANK BROWN

La gimnasia era considerada por los griegos como el arte de endurecer el cuerpo y acostumbrarlo á las fatigas de la guerra. Entre los romanos de la República, el Campo de Marte suplía á los gimnasios, en los cuales se ejercitaban los jóvenes en el salto, la lucha y el pugilato. Ese campo servía de teatro á los bárbaros juegos de los gladiadores. Prohibidos por Constantino, abolidos por Honorio, les sucedieron los juegos mímicos y las danzas. Los mímicos representaban sin palabras, generalmente, acciones mitológicas, al compás de una música especial que llamaban muda. La caballería de la Edad Media, las justas y los torneos fueron derivaciones de los juegos olímpicos consagrados á Júpiter, y de las luchas y las fiestas del

Circo Romano. Todos estos espectáculos en que la fuerza predominaba, han quedado reducidos, en nuestro tiempo, á los ejercicios acrobáticos y ecuestres, semejantes á los que actualmente atraen entusiasta y numeroso concurso al Politeama Argentino. Y como para que el recuerdo de los gimnasios y circos antiguos sea más vivo y la copia se parezca más al modelo, de tiempo en tiempo se anuncia en los anfiteatros modernos luchas á brazo partido, denominadas romanas.

De muy mala fama disfrutaron en España las compañías trashumantes de volatineros. Es verdad que durante mucho tiempo los equilibrios y juegos de manos debieron ser ejecutados por gitanos y gentes de malas costumbres, como lo atestigua la célebre aventura de don Quijote con Maese Pedro y su mono, donde al final se ve que el admirado titiritero no era otro que Ginés de Pasamonte en persona, galeote, como quien no dice nada, que para pasar inadvertido se había plantado un parche sobre el ojo izquierdo. Puede achacarse la modificación que hoy se advierte en favor de los gimnastas, á que las compañías modernas, obedeciendo á las exigencias del gusto público, requieren en su personal hábitos de estudio y de trabajo, como también á las grandes proporciones y al boato de los espectáculos, que les han obligado á plegar la tienda que armaban

en cualquier paraje, buscando mejor sombra en los circos erigidos en las ciudades más importantes.

Si es incuestionable que la perspectiva del peligro atraía al Circo Romano á los espectadores, como los atrae á la Plaza de Toros, está fuera de duda también que el interés del trabajo de los acróbatas del día ha disminuído con la obligación que les ha impuesto la autoridad de evitar el desastre de la caída por medio de la malla extendida debajo de los trapecios. No exageramos: el arrojo de los Hanlon-Lees, por más que encuentre imitadores, ha perdido un noventa por ciento de interés. El payaso, inseparable del Circo, es el único de sus artistas que conserva incólume el prestigio tradicional. A él no le atañen las ordenanzas recientes, destinadas á atemperar también los instintos que nos impelen hacia el peligro.

Le vemos hoy como lo veíamos ayer, encarnando la gracia popular, más ó menos inteligente, más ó menos grosero. La idea del peligro no tiene nada que ver con su trabajo, porque el valor personal no provoca la risa. No hay espectáculo con el carácter de teatral que pueda subsistir sin lo cómico, y, de todos los conocidos, el del Circo es el que más lo requiere, porque ningún otro incurre con tanta facilidad en desesperante monotonía.

¿Cuál es el modelo del payaso moderno? ¿es

el bufón antiguo? ¿es el juglar de las farsas al aire libre? ¿es Pantalón, la máscara de Venecia? ¿es Arlequín, el cómico italiano naturalizado en toda Europa? ¿es el Polichinela napolitano, hijo monstruoso del batelero Pulci, paje del Rey, enemigo del mayordomo de palacio, consejero de Su Majestad en los casos de aprieto, protector de la Princesa prometida al monarca africano, salvador de la patria en la guerra con los ingleses, cautivo de malhechores y matador de ladrones á fuerza de sutilezas disfrazadas de perogrulladas? El payaso tiene algo de todos esos personajes originarios de la comedia italiana, perpetuados por la tradición literaria, y, sobre todo, por los teatros de títeres. Su vestido participa de los caprichos y colores de las ropas de Pantalón, Arlequín y Polichinela. Parece que el payaso siempre se presentó pálido ante el público, obteniendo el efecto por medio del albayalde. El conjunto de su rostro recuerda la máscara de la comedia antigua. Más se parece, en cuanto á espíritu, á Bertoldo y Cacaseno, que á Polichinela y Arlequín. Descuellan en él la agudeza y la rusticidad amalgamadas, aun cuando, en definitiva, predomine la gramática parda de Sancho y de todos los maliciosos con apariencias de tontos. Dice la leyenda que dominaba en Italia Albuino, rey de los longobardos, cuando apareció Bertoldo, tan perspicaz y sutilísimo,

que su entendimiento disimulaba la ridiculez de su extraña figura. Tuvo por hijo al tonto Bertoldino y por nieto al idiota Cacaseno. Interrogado un día Bertoldo por el Rey de esta manera: «¿quién eres tú? ¿cuándo naciste? ¿de qué tierra eres?»; respondió así: «yo soy hombre, nací cuando mi madre me parió y mi tierra es este mundo». Cacaseno montaba á caballo de cara á la cola del animal. Mil veces habrán visto nuestros lectores reproducidas por el payaso la agudeza de Bertoldo y la torpeza de Cacaseno.

Inglaterra, que es madre amorosa de payasos, los divide en dos especies: el clown, del cual es ejemplar vivo Frank Brown, y el Shakespeare-Jester, que cuenta entre sus más celebrados cultores al padre del nombrado. El Shakespeare-Jester representa hoy el papel adjudicado al bufón en las obras del gran trágico inglés, viste el traje peculiar con que se le representa en pinturas y grabados, se entromete en los asuntos sociales y políticos, critica los sucesos contemporáneos, dice chuscadas y pronuncia discursos en la arena del picadero. Pero tanto el uno como el otro han contraído la obligación de hacer reir al público todos los días, porque su tarea apenas tiene reposo, no disfrutando siquiera del vago consuelo de poder decir en muchos casos, como el artista dramático, que llevando interiormente miserias, representa exteriormente grandezas.

Frank Brown nació en las inmediaciones de Londres. Desde los once años de edad trabaja en el Circo. Ningún género le es desconocido. Comenzó á trabajar como payaso en Nueva York. Ha recorrido Inglaterra, Francia, Rusia, Estados Unidos, las Antillas españolas y las Guayanas francesa é inglesa. Posee rara facilidad para hablar, en pocos días, de la lengua del país que visita, lo necesario para hacerse entender y hacer reir al público. Si poseyendo apenas algunas palabras del idioma castellano, dispone de tanto recurso para conseguir ese objeto, no recurriendo jamás á torpezas ni desvergüenzas, preciso es reconocerle una inteligencia bastante despejada. Lo que hay en él de artificioso es la forma del payaso. Nadie acertaría á encontrar en sus maneras, vestido de particular ó trabajando en la alfombra ó á caballo, la más leve semejanza con los modales del payaso. Cuando aparece todas las noches con el vestido de innumerables volados y colores, el bonete blanco ceñido á la cabeza, el fieltro en la coronilla, ó con el traje adornado con avestruces, ratones, cafeteras y elefantes recortados en género negro, un aplauso unánime lo saluda. Quién pretende que toque el pito, quién que ejecute su conocido vals en la cafetera, quién que pida á Pancho los aros, quién se le adelanta á dar las buenas noches con que saluda al pisar el picadero, quién repite,

imitando su acento inglés, su popularísimo *¡qué ponito!*

Un Circo con sus aparatos gimnásticos, sus cuerdas colgantes, sus lacayos, sus caballerizos, sus pruebistas ceñidos con mallas de seda, sus juegos malabares, sus japoneses equilibristas y contorsionistas, en todo eximios y en nada elegantes, con sus broncos ó potros de las Montañas Pedregosas ó de la Cordillera de los Andes, que para el caso es lo mismo, con su agregación zoológica, como se denomina á la asociación de un tigre sin dientes y de un león sin melena, de un elefante entecado y de un camello con tisis laríngea, de un perro sabio y de un mono ignorante, con su repertorio de valses para que los caballos bailen y de marchas fúnebres para que marquen el paso, con sus niños audaces que se lanzan á escape sobre el lomo desnudo de corceles con colleras recamadas de sonoros cascabeles, con sus artistas, que en el vértigo de la carrera, mientras azuzan con sus voces femeninas el caballo, ya estimulado por el chasquido del látigo y el zafarrancho de los instrumentos de cobre de la charanga, dejan flotar tras sí el velo del turbante ó la tela vaporosa del vestido cual si fuera la cauda de un cometa; un Circo, con todos sus atractivos reales ó imaginarios, atrae al hombre, que raras veces deja del todo de ser niño, y al niño, que excepcionalmente acaba de ser hombre.

Pero ni el hombre-salamandra que come fuego, ni la mujer que se rodea el cuello con culebras amodorradas, ni el niño que hace prodigios de agilidad en el trapecio, ni el oso que danza á la manera de un hombre obeso y apoplético, ni la ronda delirante de los miembros de la compañía entera cubiertos, como por hongos gigantescos, con quitasoles chinescos, ni aquel momento de cierta pantomima en que todos los artistas trabajan simultáneamente, quién subiéndose por una cuerda, quién haciendo bailar un perro, quién ejecutando saltos mortales, ni el cuadro final de la misma alumbrado por luces de bengala y centenares de faroles de caprichosas formas, bastan, con todo el prestigio que esas cosas reunidas inspiran á los niños, para satisfacer el anhelo que los conduce al Circo.

Es un domingo. Pisamos el pórtico del Politeama en el momento en que debe empezar la función, 2 ½ p. m., si no mienten los carteles. Un clamor inmenso llega á nuestros oídos. ¡Zanahoria! ¡Zanahoria! grita la turba infantil masculina, atraída, como la femenina, por el cebo de una rifa de juguetes, que duplica el interés del espectáculo ecuestre y acrobático. Averiguamos el significado de ese grito, aparentemente relacionado con alguno de los productos de la Horticultura, y se nos responde que los lacayos de la primitiva compañía de

Chiarini usaron las libreas de la servidumbre de Maximiliano, compradas en Méjico por el Empresario en el remate de los bienes del desgraciado Emperador, y que las telas de que estaban formadas tenían el color de la zanahoria. Pasamos adelante y encontramos, reproducido al natural, el aspecto de los teatros «Guignoles» de París, que hemos visto copiados en algunos bajos relieves de *terra-cotta*, exhibidos en la vidriera del Bazar de Lacoste. Padres, madres y niñeras ocupan el fondo de los palcos, que parecen mosaicos de caritas blancas y morenas, de porcelana y de cera, ó, si se quiere, estos ramilletes de flores recién abiertas, esas cestas de flores sueltas, y aquellos montones de flores arrancadas de los tallos. ¡Qué variedad de gorros y de sombreros! El algodón, la lana, la seda y el terciopelo de los vestidos reproducen todos los colores del prisma. Las mujercitas, muy serias, agitan el aire con sus abanicos, y los hombres, muy bulliciosos, simulan fumar, cuando en realidad chupan cigarrillos de chocolate. Los diálogos rápidos, los chillidos agudos, los ruidos formados simultáneamente con los pies y las manos de los impacientes espectadores, se suceden sin llevar miras de acabar. Por fin aparecen en la arena Madama Emilia, que ejecuta en el tambor, *crescendo* y *smorzando*, un admirable redoble; Carlo, el Hércules de la

alfombra, sosteniendo en equilibrio, cabeza con cabeza, á su hermano; Federico, el afamado domador de *Pinto* y de *Maldito,* convertidos, merced á su ingenio y paciencia, en seres más inteligentes que muchos de los que los aplauden; Madama Austin, la infatigable saltadora de bandas y de aros de papel. Llama don Federico al payaso y Brown salva la barrera dando saltos mortales. El aplauso ensordecedor de la turba infantil, apenas deja percibir el conocido saludo: *¡Buenas tardes!*

Terminada la primera parte del espectáculo, los caballerizos sacan al picadero los *ponies,* dispuestos para que los monten caballeritos y señoritas, y los padres, más dichosos que los mismos hijos con aquel primer ejercicio de equitación, se precipitan á la arena para colocar las niñas en las cestas y encaramar los niños en las sillas. Cada dos ó tres vueltas, los caballitos cambian de jinetes. ¡Qué gritería! ¡qué confusión! todos piden á un tiempo que los monten, y todos quieren montar al mismo tiempo! La pista, mirada de arriba, parece un inmenso caleidoscopio mecánico, por la cantidad de las imágenes, la variedad de los colores y la precipitación con que todo aquello, arremolinándose, cambia de forma. No es posible describir el interés que despierta la rifa de juguetes, que sucede á la equitación de los

niños, porque todas aquellas criaturitas revelan con el semblante, las actitudes y los gritos el deseo de conseguir el premio que el billete de entrada promete á los afortunados. Inclinados unos sobre los antepechos de los palcos, en puntillas de pie otros, como los jugadores incorregibles de la lotería que presencian la extracción de las suertes, todos miran alternativamente el globo que contiene los números y el cartoncillo que estrujan con la mano. Frank Brown, que vuelve á aparecer, es el único que consigue restablecer el orden interrumpido por el vil interés. Inicia las jugarretas con una caída de espaldas, acogida con una carcajada universal; al levantarse del suelo, cubierto de polvo y de aserrín, derriba de una bofetada á uno de los japoneses, y la hilaridad arrecia con tal carácter de unanimidad, que obliga á pensar en la posibilidad de que aquella sociedad futura abrigara un solo pensamiento.

Pero un momento después semejante cálculo se evapora, porque la anarquía del gusto asoma la cabeza. Quién pide á Brown que toque el pito, quién que narre alguna de sus chistosas anécdotas, quién que represente á lo vivo la manera de tratar á los pasajeros de los ferrocarriles según la categoría del asiento, quién que ejecute alguna de sus ingeniosas escenas, por ejemplo, la operación de vestirse de frac,

careciendo hasta de camisa, y sin otro equipaje que una chaqueta, una bolsa y un pañuelo. El payaso amado de los niños y admirado del pueblo, ama al pueblo y á los niños y los complace. Ahora va á reproducir por la centésima vez la pendencia con Carlo, ocasionada por su maldita afición á tocar el pito en el picadero. Mientras esto ocurre, un rayo de sol penetra francamente por una de las grandes ventanas del Politeama. Al contemplarlo, como un efecto calculado para realzar la alegría de la infancia, que no ha probado tristezas é ignora penas, recordamos la entrada maravillosa de Polichinela en los Campos Elíseos de París, referida á los niños por Octavio Feuillet, en un día de fiesta y de primavera, en que los pájaros cantaban alegremente en los árboles y los vendedores de golosinas y juguetes atronaban los aires con sus gritos tentadores. La vista de aquel sitio encantador, decidió al extraño viajero á instalarse allí como actor cómico de un teatrito popular. «¿Qué cosa mejor, dijo, puedo hacer que emplear el entendimiento que me sobra en divertir á los hombres trabajadores y necesitados y á los niños sencillos y bondadosos? Pues no dispongo de otra cosa, partiré con ellos la limosna que Dios me ha dado, la risa!»

Con la cabeza pasada por el centro de un aro cubierto de papel blanco, imitando el llanto de

un niño terrible, sublevado contra la criada en uno de los palcos, Frank Brown divide con todo el mundo, en este momento, el tesoro de su risa, inagotable para la ruda exigencia del deber y la dulce solicitud de la voluntad!

DON PEPE EL DE LA CAZUELA

Acababan de pasar los desventurados tiempos de la tiranía. El maestro Hermenegildo, barbero de S. E., había clausurado ya su tienda, situada en la acera opuesta á la que ocupa la iglesia del Colegio, sin otro adorno que un retrato del Restaurador, ni más mobiliario que un espejo turbio, una mesa de pino y media docena de sillas con asientos de paja. Cortaba el pelo á la raíz del cuero cabelludo á los niños, y á los adultos poco más ó menos por detrás, dejándoselo largo por delante. Tenía el pardo unos ojos de carozo, que al parecer pugnaban por escapársele de las órbitas. Discípulo de don Hermenegildo era el maestro Jordán, establecido frente á la portería de Santo Domingo. Rapabarbas más dichero y zumbón, no se encontraba enton-

ces ni con candil. Adornaban su taller, como él llamaba á la barbería, tres cuadros representando pasajes de *Atala*, una escena de *Gil Blas*, y el retrato del emperador Solouque, de quien decía el travieso mestizo: «Este getón ha llegado hasta Emperador. ¡Cómo asciende la clase!» Entre las personas de los estados civil y eclesiástico que frecuentaban la tienda de Jordán, se encontraba el héroe de estos renglones, Don Pepe el de la Cazuela, á la sazón mozo del Café de don José Colodro, sito en uno de los ángulos formados por las calles de la Defensa y Belgrano, y conocido con el nombre de *Santo Domingo*, que todavía conserva.

El principal de Don Pepe tuvo la malhadada idea de ensanchar su negocio, y estableció una Confitería en el local ocupado ahora por la Sombrerería de Bazile, y sacó á nuestro hombre del Café, para colocarlo detrás del mostrador. Después puso por obra la veleidad de ser empresario de teatros, trajo á Buenos Aires dos compañías dramáticas, se fundió, y volvió á su antiguo negocio en Córdoba, donde murió inesperadamente.

Fuera porque al patrón lo llevara consigo al Teatro de la Victoria, ó porque Don Pepe quisiera mejorar de condición, el caso es que se encargó de la Confitería de la Cazuela del nombrado Coliseo. Conviene advertir, que en ese recinto se congregaba entonces cuánto Buenos

Aires tenía de distinguido, entre la gente que está pasando ó ha pasado el Rubicón, y que con dificultad se renovarán para el teatro argentino, días de esplendor como aquellos, en que un público delirante de entusiasmo, forzaba la Boletería, consiguiendo por asalto los puestos que no podía obtener de buen grado.

¡García Delgado, Torres, Fragoso, Gómez, Ortiz, la Duclos, Jover García! ¡Cuántos recuerdos traen á la memoria esos nombres! De los que los llevaron, unos están debajo de tierra, y otros arrastran penosamente la vida. Entre los primeros se cuenta el grotesco personaje encargado de proveer de dulces á las ocupantes de la Cazuela, popularizado en Buenos Aires por las travesuras de los Varela.

Don Pepe el de la Cazuela, genovés de nacionalidad, había pasado su juventud en España, y adquirido cierto dejo andaluz que, asociado al acento de su dialecto, constituía una deformidad lingüística. Ni blanco ni negro el cabello, ni flaco ni grueso, más bien alto que mediano, mal entrazado, poco limpio y bisojo por añadidura, tenía un setenta por ciento de vividor y el resto de tonto de capirote. Difícil era echarle años, y lo mismo habría podido aquella cara, al parecer usada antes por otro cuerpo, pasar por nueva que por vieja.

Descubierta por *La Tribuna* la manía poética de Don Pepe, las niñas de la Cazuela, al mismo

tiempo que le compraban caramelos revenidos, le pedían versos, que él improvisaba y escribía con lápiz en los intermedios.

Consistía la provisión del despacho de Don Pepe, en una tinaja de agua del río, dos botellas de horchata, dos libras de yemas empedernidas y una bándeja de masitas.

Don Pepe vivía en el mismo local del Teatro de la Victoria, en el patiecillo lateral, y en un cuarto vecino á otro, que conocimos llevando sobre la puerta, que no daba paso á olor de rosas, esta inscripción: *Jardín.* Terminado el espectáculo, cogía su bandeja, y mientras dormía, la dejaba debajo de la cama. Cuando se alzaba, la bandeja ocupaba su sitio, cubriéndola con las sábanas para ocultarla á las miradas de los golosos.

La caña del Brasil era para Don Pepe lo que el aire fresco para el abochornado, lo que el abrigo para el friolento, lo que el alimento para el necesitado. Bajo el imperio de los sutiles vapores que se escapaban de las horchatas que bebía á pasto, concertó todos sus versos, y dió á luz la descripción de su visita al General Urquiza. Conservamos de esa pieza, entre muchos despojos almacenados en la memoria, los siguientes renglones:

Una mañana al espontar
Laurora, con el canto del ruiseñor

Y otros pájaros cantando.
Á poco á poco me fuí despertando.
Pensativo me he quedado sobre
La circostancia de este país,
Como podría hacer para no tener más que sufrir...
Una imaginación se me vino á la cabeza;
Y en este momento para ver mejor
¡Quite á la vela la paveza!!

Desatinos originales de este jacz, ó versos ajenos enderezados contra los adversarios políticos del papel que los publicaba, llevaban al pie, en los diarios de todos los matices de la opinión pública, el nombre del confitero de la Cazuela del Teatro de la Victoria, cómplice en los primeros, inocente en los segundos, pues él no se atrevió jamás á molestar á nadie.

Mientras el bueno de Don Pepe se consagraba á la tarea extraordinaria de llevar á los beneficiados flores, versos y recados de sus admiradores, á la ordinaria de soplarles el polvo á los trenzados, pastelillos, amargos y almendrados sobrantes de la venta de la última función, su nombre, del cual se usaba y abusaba, servía en las polémicas literarias de apodo á los poetas sordos y ramplones.

Los estrenos de *Flor de un día* y *Espinas de una flor*, rodeados de todas las circunstancias necesarias para constituir verdaderos acontecimientos teatrales, desde enriquecer al empresario, hasta aprender el público de memoria ambos dramas en menos de treinta días, le proporcio-

naron á nuestro héroe ocasiones de darse á conocer como crítico. Llamado una noche en la Cazuela á dirimir una contienda sobre la conducta de Lola, dijo magistralmente: «¡Hizo mal doña Dolores en dejar á don Diego; por eso le salió *la espina de una flor,* y picada murió de inorisma!»

Puestas de moda por el actor Torres, tan abundante en recursos artísticos, como exagerado en la expresión, las obras llamadas de fuerza, Don Pepe se propuso imitarlo en *La Carcajada,* y la daba con tal violencia, que muchas veces temimos que reventara. Comenzaba por una especie de relincho estridente, y poco á poco se le inyectaban las pupilas, hasta que estallaba la epiléptica carcajada. Recordamos como derivación de este trabajo, su célebre chupada, que consistía en estirarse hasta juntar carrillo con carrillo, escurriéndose por entre las mesas y las sillas como una culebra.

Para verle ejecutar tales proezas, que no eran caras, solíamos irle á buscar al patiecillo consabido, cuyas mejores habitaciones ocupaba don Angel Plaza Montero, en el momento en que, alejándose del Jurado de Imprenta promovido á Hay de Mendoza, se negó á entregarse á la Policía sin orden escrita de Juez competente. Mencionamos esta circunstancia, porque Don Pepe fué de parecer en aquel trance que debía echarse á la Policía los osos de Madame Labarrère,

domadora de fieras que trabajaba con gran éxito en el Teatro de la Victoria.

Muchas veces, escapados del aula franciscana, encontramos á Don Pepe durmiendo la mona. Despertado, al principio se negaba á levantarse, pero, en seguida, vencido por el amor de la gloria, pasaba de la alcoba al teatro desierto, donde, en mangas de camisa, ejecutaba sus monstruosos ejercicios, que parecían sumamente graciosos al neófito que conducíamos, y en honor de cuya curiosidad tenía lugar el espectáculo.

Informados de las facultades dramáticas de Don Pepe, algunos mozos que se llamaban de buen humor, concibieron el pensamiento de organizar un concierto de locos en el Teatro Argentino, bajo la dirección de un italiano llamado Manghi, famoso por su gracia natural y más todavía por su desvergüenza. No sabemos cómo pudieron reunir á Vacani, hijo de un criado africano del bajo del mismo nombre, á Foster, y Raimond, maníacos de diverso género, pero dominados por un suave delirio, emanado de papeles que nadie veía, á Bayoneta Calada, á quien confiaron el canto de *La Tirana,* y á Don Pepe el de la Cazuela, contratado únicamente para ejecutar la chupada. Vacani consiguió contener un momento el oleaje popular, que fué al teatro arrastrando huevos, papas, pimientos y tomates. Apenas se presentó nues-

tro héroe, cayó á sus pies una lluvia de proyectiles de cocina. En vez de retirarse, creyendo que la concurrencia no procedía justamente, y que debía verlo trabajar antes de apedrearlo, en lo que bien podía haber tenido razón en otro sitio, tratándose de otra gente y de fiesta más ajustada á las leyes de la cultura. Dominado por la indignación, «¡Público bárbaro! exclamó, dejadme trabajar!» El apóstrofe puso en movimiento mil cuerpos extraños, sin conseguir atemorizar el ánimo esforzado de Don Pepe, hasta que un huevo, que rompió los cristales de los anteojos de Foster, vino á herir de rebote una de las revueltas pupilas del actor. Sacáronle y lo llevaron al vecino almacén, donde rechazó el agua que para abluciones le brindaron gratuitamente, prefiriendo, por su dinero, humedecerse los intestinos con el único espíritu que le faltaba en el cuerpo, pues en previsión de que huyendo de la chamusquina, tomara las de Villadiego, lo habían tenido recluso todo el día en la trastienda de una sastrería vecina al teatro, que acababa de presenciar tantos desaguisados. Desde entonces, recordando las palabras de Don Pepe, cuando alguno se empeña en hacer algo que no sabe ó que fastidia, solemos decir los porteños: «déjenlo trabajar!» El bárbaro poeta de la Cazuela, conservó rencor, hasta la muerte, á los directores del concierto Manghi, y cuando acertaba á encontrar á alguno de los partiqui-

nes italianos, soltaba el trapo, y se quejaba amargamente de la silbatina de un público, que por el órgano de su prensa diaria, le había dado en mil ocasiones el título de Apolo del Plata.

Mal comido y bien bebido, hallándose en esa zona peligrosa de la vida, en que es menester pensar en lo que se come y en lo que se bebe, Don Pepe empezó á declinar. Los despojos de la primitiva Compañía Española, con su cuartillo de canto y su peso de baile, reunidos por el actor Reina, fusilado más tarde por el tirano López en el Paraguay, volvieron á perturbar á las arañas del Teatro de la Victoria, sumergido en olímpico reposo. Don Pepe fué llamado á la Cazuela, pero aquel correveidile del año 1852, ya no era sino la sombra de lo que fué. La tisis había debilitado la inspiración del poeta y la actividad del confitero. Como el sufrimiento acedara la vida de Don Pepe, en vez de cantar gruñía, y en vez de declamar *La Carcajada*, se echaba en la cama. No podemos fijar el tiempo, pero sí asegurar que supimos con disgusto que el popular cantor de la Cazuela, estaba en el Hospital General de Hombres. La cama desocupada por el enfermo que murió en la mañana, fué ocupada por el poeta, á quien aguardaba la mesa del anfiteatro, último escalón que lo condujo á la fosa común, donde empiezan y terminan los dominios del olvido. Don Pepe, y los demás que ahí yacen, como las semillas espar-

cidas en el surco, que nadie puede decir donde cayeron, han pasado desapercibidos de los mismos que les enterraron. La sociedad no ha compensado sus bufonadas con una lágrima. Aun cuando el ingenio de Yorik promoviese, después de algún tiempo, la compasión del melancólico Príncipe de Dinamarca, bueno es que el hombre sepa que no le es lícito despreciar la dignidad, ni derrochar el tiempo, divirtiendo á los niños, que no reflexionan, á los necios que no aciertan á discenir el cómico del juglar, á los desocupados y á los pilletes, que gozan con el mal ajeno, burlándose de las aberraciones morales é intelectuales del prójimo descabalado. Abrigamos la esperanza de que el cielo habrá compadecido las miserias del insensato y burlado Don Pepe el de la Cazuela.

EL DULCE SUEÑO

Acabo de ver un cuadro comprado por Miguel Cané por encargo de Julián Martínez. Exceptuado de pasar por el jurado que admite ó rechaza las obras que solicitan un puesto en el «Salón», el nombre de Renard le franqueó la entrada y le atrajo la admiración de todos. Salido el sujeto del corazón del autor, antes que en el «Salón» penetró, aplaudido, en los dominios del sentimiento y del buen gusto. Pertenece el lienzo cuya memoria, á pesar de llamarse el dulce sueño, me desvela, á la escuela de la verdad, que se inspira en la naturaleza, reproduciendo, por decirlo así, lo real de lo ideal.

Representa el cuadro de Renard dos niñas delicadas como las primeras vislumbres de la

mañana. Ambas duermen, apoyada la cabecita de la una en la sien de la otra, en un lecho de la blancura de la nieve andina, pero al mismo tiempo sonrosado á la manera de las postreras nubes de la tarde. Es que la cubierta recamada y transparente, tiene un viso de seda, al parecer formado de hojas de rosa de los jardines del Cairo ó de los pensiles de Granada. La carnación aterciopelada de las niñas, el color de los paños, y sobre todo la exuberancia de la vida sonriente de esas criaturas, forman de aquel cuadro del dulce sueño, la imagen placentera de una dulce aurora, velada todavía por los últimos diáfanos vapores de la noche.

Confieso que Renard es un artista eximio, pero con la misma franqueza declaro que le tengo en la cuenta de un mal padre. Vendiendo este lienzo, ha vendido su propia carne, porque ha vendido sus hijas. Esas niñas dormidas no son una ficción artística, son una realidad tangible, son dos hijas de Renard. Para rechazar la acusación, él tendría que pasarles la brocha por encima. Eso no es pintar, es engendrar en el seno fecundo de la belleza.

Ni la brevedad de la vida comparada con la rapidez del sueño por el selvático Segismundo, ni el sueño que perturba la inacción de los sentidos, imagen de la existencia y de la responsabilidad futuras, que atormenta la mente del escéptico Hamlet, pueden asaltar á quien con-

temple los ángeles dormidos. El mancebo de los griegos, hijo de la noche, que aletargaba con las alas á los hombres, esparciendo beleño en torno suyo, no ha inspirado ese dulce sueño. Tampoco conviene con el estado fisiológico brutal que se apodera hasta del condenado á muerte, haciéndole olvidar, momentáneamente, la capilla y el cadalso. Las hijas de Renard disfrutan del reposo de los botones de rosa dormidos por el influjo de la noche, pero entreabiertos por la solicitud inquieta de la vida. Aspírase con el aliento tenue, que apenas levanta la batista que las cubre, el hálito de la primavera.

¡Cuántas reflexiones suscita el sueño tranquilo de los niños! Renace ante nuestros ojos la infancia y las ternuras maternales, vemos nuestros hermanos menores en la cuna, leemos en el rostro de las criaturas algo de lo que les dicen los espíritus alados, pierde su dureza el ceño, se regenera la naturaleza maleada, torna la paz doméstica errante, se ablanda el pecho empedernido, se retira la agitación interior como la marea de la tempestad.

¡Ah! si pudiéramos conceder una hora de ese sueño reparador al niño despierto por la necesidad, al enfermo desvelado, al pobre estrechado por la miseria, al rico que no puede comprar la felicidad, al amante desdeñado, al viajero extraviado, al náufrago arrojado á playas inhos-

pitalarias, al perseguido sin causa, al encarcelado por amar la patria, á todos los que llevan la amargura en el alma y en la frente el sello del dolor...

¡Niñas, á quienes puedo llamar queridas, porque me parecéis hermanitas de Augusta, de Luis, de Cecilia, de Mercedes, de María, de Eduardo y de Manuel, no despertéis de vuestro angélico sueño. ¡La aspereza del aya, el deber de la escuela, la enfermedad dolorosa, pueden arrancaros lágrimas. Dormid así, tranquilas, confiadas, sonrientes, esperando días de sol como el primero del año, como el de Navidad, como el de la primera Comunión. Sois la mejor promesa y la mejor esperanza de los que por vosotras surcan la tierra y la riegan con el sudor de la frente cada día. Alejad con vuestro amor las penurias de la existencia, las agitaciones del alma, las disensiones del hogar. ¡Conseguid del cielo, cuyas puertas traspasáis todas las noches, por la escala de oro de Jacob, el reposo de Renard para los párpados y el espíritu fatigado de los que velan vuestro dulce sueño!

ÍNDICE

	Págs.
Introducción.—Carta á Lilí.	
El telégrafo trasandino.	7
El conventillo.	21
Los cuadros de Ballerini.	31
La Ambulancia del Salvador.	47
Pasando por Montevideo.	71
El baile de máscara.	91
Los toros.	103
La casa de Guerrico.	115
Exploración de la Tierra del Fuego.	127
Un retrato de Raimundo Madrazo.	137
El primer sepulcro argentino.	145
En la vigilia de los difuntos.	153
Una velada artística.	159
Luis M. Gottschallk.	169
Rafael Calvo.	181
La Plata.	195
El teatro argentino.	221
El 25 de Mayo antiguo.	233
El último amor de Beethoven.	243
Nieblas.	251
Remembranzas.	255
La reina de la noche.	259
Reverie.	263
El primero y el último beso.	265
Plaza éuskara.	271
El chiquito de Eibar.	279
El convite de Barrientos.	287
Frank Brown.	305
Don Pepe el de la Cazuela.	319
El dulce sueño.	329